HARLEQUIN

JAZMIN



Cuando me sonríes

Cuando me sonries

Janíe no había tenido en su vida tantas razones para odiar a alguien como las que tenía para odiar a Kane Steel. Ese hombre ambicioso y sin escrúpulos había destruido el negocio de su familia y había causado la muerte de su padre. Janie estaba dispuesta a hacérselo pagar a toda costa… aunque el precio que tuviera que pagar por ello fuera que le robaran el corazón.

CAPÍTULO I

JOE? Ese hombre que está ahí, el que acaba de entrar con la mujer rubia, ¿quién es?

—¿Dónde? —al volverse Joe para seguir la dirección de la mirada de Janie, miró al hombre alto, y corpulento, que estaba de pie en el vestíbulo y a la esbelta joven rubia que colgaba de su brazo como una lapa con una sonrisa irónica—. Ah, ése es Kane Steel, cariño: el gran magnate inmobiliario que es propietario de la mitad de Londres. Probablemente está aquí para una conferencia de prensa. Ya me preguntaba qué hacían aquí tantos periodistas. Él acaba de lograr una de las más importantes fusiones de compañías que ha habido, y los periódicos sensacionalistas siempre buscan esa información. ¿Y ahora podemos concentrarnos en nuestro trabajo?

Joe volvió a concentrarse en el material de publicidad extendido sobre la mesita donde tomaban el café, pero Janie continuó mirando a través del delgado cristal que separaba el vestíbulo del salón de café. ¡Ella que ése era él! Sólo había visto su foto una vez, cuando estuvo revisando algunos papeles de su padre, una semana después de su muerte, pero cada rasgo de ese cruel y duro rostro se le había grabado en el cerebro con la fuerza de su odio. Y ahora él estaba ahí, en persona ¿Y qué podía hacer ella al respecto?

Advirtió que no podía apartar los ojos de la enorme figura que entraba en el ascensor. Cuando estaba de pie bajo la lluvia, durante el funeral de su pudre, había jurado que si alguna vez se encontraba con el famoso director de las Empresas Steel, le daría su merecido. Lo que no había imaginado era que ese encuentro ocurriría en uno de los más lujosos hoteles de Londres, durante una conferencia de prensa.

«¿Pero qué puedo perder?», se preguntó en silencio. Probablemente su empleo, el pequeño apartamento que mantenía gracias a él y la mayoría de sus amistades, se respondió con humor sombrío. Joe Flanders era un jefe único, pero eso no le gustaría nada, y nadie se oponía a la gran maquinaria de las Empresas Steel, mucho menos a la cabeza principal. ¿Excepto ella? La sola idea dio firmeza a su determinación y fuego a sus ojos. Nunca podría volver a dormir tranquilamente, si no llevaba a cabo su promesa. Se lo debía a si misma, así como al buen hombre que fue su padre.

—¿Janie? —el contacto de Joe en su brazo hizo que volviera a mirarlo, y él se asombró de la expresión del rostro de Janie—. ¿Qué sucede? ¿No te sientes bien?

—Lo siento, Joe —ella ya estaba levantándose al hablar—. Hay

algo que tengo que hacer.

—Tenemos cita con el gerente a las cinco, en su despacho —dijo Joe con ansiedad, mirando el reloj— y todavía quiero hablar sobre estas fotos con más detalle. Date prisa, por favor. El servicio de señoras está a la derecha.

—Muy bien —repuso ella, pero una vez en el vestíbulo, dejó atrás el servicio y llegó al gran mostrador de recepción, con una expresión seria y práctica—. ¿El señor Steel? —preguntó—. Tengo entendido que está en una conferencia de prensa y me temo que se me ha hecho tarde. ¿Podría indicarme dónde...?

—En el tercer piso —repuso la joven detrás del mostrador—. El salón de conferencias está a la derecha, al salir del ascensor.

—Gracias —el corazón de Janie comenzó a golpear como un tambor, pero entró en el ascensor y salió en el tercer piso antes de que le temblaran las piernas seriamente. Al abrir silenciosamente la puerta y entrar en el gran salón lujosamente alfombrado, su mirada se dirigió de inmediato al pequeño grupo que estaba sentado en el extremo opuesto, detrás de un magnífico escritorio, colocado en una plataforma elevada, frente a muchos periodistas.

—¿Puede decirnos a cuánto asciende esta transacción, señor Steel? —uno de los periodistas que se apiñaban en el salón vociferó en la oreja de Janie, mientras ella se abría paso hacia delante, entre los flashes de las cámaras. No oyó la respuesta de Steel, mientras llegaba al pequeño espacio frente a la plataforma. Cualquiera que observara la escena, habría visto a una joven no muy alta, algo propensa a la gordura, de pelo y ojos negros que eran lo más llamativo en ella y con un rostro menudo y medianamente bonito, nada más. Lo que Kane Steel vio, cuando ella se detuvo frente a él, fueron dos ojos llameantes en un pálido rostro, llenos de una hostilidad tan amarga, que le congelaron la respuesta que había preparado y le hicieron entornar los ojos.

—¿El señor Steel? ¿El señor Kane Steel? —preguntó ella claramente, y el silencio que había invadido al grupo de la plataforma se extendió al resto del salón, cuando los experimentados periodistas intuyeron que se avecinaba una situación de interés.

—¿Sí? —él la miró como atravesándola—. Lo siento; no la conozco, ¿verdad? —los periodistas contenían el aliento, estirando el cuello, con la libreta de notas listas.

—No precisamente —era tan fiera su amargura, que Janie apenas podía hablar—. Pero yo lo conozco a usted, señor Steel. Tengo muy buenas razones para conocerlo.

—¿Me haría el favor de ser más explícita? —preguntó él con un

tono helado, al ponerse de pie, rodear el escritorio y bajar el escalón, mientras les hacía un ademán a los demás de que no se movieran.

—Sí, cómo no —ella lo miró con ira, con las mejillas ardiendo—. Me llamo Janie Gordon, señor Steel. Mi padre era Paul Gordon. ¿Le resulta conocido?

—Las adivinanzas no son mi fuerte, señorita Gordon —dijo él con frialdad—. Si tiene algo que decirme, hágalo de una vez. Si no, salga de aquí.

Por un instante, la arrogancia del hombre la dejó sin aliento, pero luego la ira que la había invadido dos años antes volvió con toda su implacable ferocidad.

—Es usted un asesino, señor Steel —no advirtió la exclamación de asombro que recorrió el salón; estaba ciega y sorda a cualquier cosa que no fuera el duro rostro de piedra que estaba frente a ella—. Es una bestia despreciable y despiadada. Acosó a mi padre por ganar unos cuantos miles de libras, que deben de ser como una gota en el océano para usted, hasta que él perdió todo, inclusive el deseo de vivir. ¿Qué se siente al tener la muerte de un hombre sobre su conciencia, señor Steel, o ni siquiera había pensado en eso? —las vividas manchas encarnadas en sus mejillas hacían más llamativa la mortal palidez del resto de su rostro y nadie podía dudar de que hablaba muy en serio.

—Señorita Gordon, está usted muy equivocada —había una peligrosa suavidad en la profunda voz, que indicaba una terrible ira—. Nunca he oído hablar padre...

—¿Jessdon Labelling? —debía de sentirse intimidada, pensó vagamente, pero lo único que sentía era dolor, ira y alivio... alivio por poder sacar finalmente lo que llevaba dentro—. Llamó así a la compañía por mi madre: Jessica Gordon.

Vio una diminuta chispa de reconocimiento en los helados ojos azules y al instante siguiente su mano voló al rostro de Steel con tal fuerza, que impulsó su cabeza hacia atrás un par de centímetros. Cuando se armó el alboroto detrás de ella, mezclándose el alud de flashes con los gritos de los periodistas, Janie se hundió en el centro de la confusión, abriéndose paso por pura fuerza física, y llegó al ascensor justo cuando empezaban a cerrarse las puertas. Ya dentro, oyó el tumulto de los periodistas, pero el sonido de las voces se desvaneció cuando el ascensor la llevó rápidamente a la planta baja.

Una vez en el vestíbulo, salió rápidamente del edificio, sin mirar a los lados, con el rostro blanco como la nieve.

Él se lo merecía. Se lo merecía. Continuó caminando ciegamente, mientras la cabeza le daba vueltas y la mente le zumbaba, aturdida. Él

era menos que humano, ni siquiera un animal, y ella no se arrepentía de nada, ¡de nada! El frío aire invernal la trajo de regreso a la realidad, y de pronto se dio cuenta de que tenía que salirse de la avenida principal en donde estaba situado el hotel a una callecita lateral lo más rápidamente posible. Los sabuesos estarían detrás de ella en unos minutos, y en ese momento, no podía enfrentarse a nadie. De hecho, temblaba tanto, que apenas podía sostenerse en pie.

El pequeño bar que estaba a media manzana de la avenida principal estaba casi desierto, y al ver Janie la mirada sorprendida del joven camarero, se dio cuenta de que su abrigo y su bolso se habían quedado con Joe en el hotel, siendo su delgado vestido de lana obviamente impropio para usar en la calle.

«¡Maldita sea...!» Una vez en el servicio de señoras, se apoyó sobre la fría pared de mosaicos, mientras la cabeza le daba vueltas. Tendría que pedirle al camarero que le permitiera usar su teléfono para llamar al hotel y pedirle a Joe que le trajera sus cosas. Cerró los ojos, Joe estaría furioso, pero no podía hacer otra cosa. Hasta la llave de su apartamento estaba en su bolso.

La llamada telefónica fue peor de lo que había previsto, y la voz de Joe sonó tensa y extraña, pero le prometió que estaría allí en unos minutos y eso era lo único que le importaba a Janie. Se sentó temblando, más de nervios que de frío, en una mesa cerca de la puerta, mientras la invadía la plena conciencia de lo que había hecho. Su padre estaría horrorizado ante el escándalo que había provocado su única hija. Movió la cabeza con dolor, al imaginarse el tierno y amable rostro de su padre. Él era confiado, bondadoso, la víctima perfecta para alguien tan desalmado como Kane Steel.

—¿Señorita Gordon? —Janie se quedó paralizada un momento antes de volver la cabeza, con una sensación de fatalidad, al oír la odiosa voz desde la entrada—. No crea que va a actuar impunemente.

Ella nunca había visto un rostro que reflejara una ira tan terrible como el de aquel hombre. La violencia de sus sentimientos parecía desfigurar sus facciones.

—¿Que...? —él la obligó a ponerse de pie y la sacó con rapidez por la puerta. En la calle, un chofer impávido estaba sentado al volante de un magnífico Bentley gris plateado, con el inmaculado uniforme del mismo tono del coche y la mirada fija al frente, mientras Kane Steel gesticulaba iracundo hacia el vehículo.

—Entre.

—Debe de estar bromeando —ella luchó ligeramente contra las manos que la aferraban con firmeza, lista para echar a correr a la primera oportunidad.

—He dicho que entre, señorita Gordon —el tono era extremadamente severo.

—Ya lo he oído —ella trató de dominar el miedo que hacía que su corazón golpeara como un tambor para no revelarlo en la voz o en el rostro, pero advirtió, con humillante mortificación, que él probablemente podía sentir el temblor que la consumía a través de la rígida mano que sostenía su brazo. No había ni un alma en la calle. Ella miró a un lado y al otro de la desierta calle, mientras sentía helados estremecimientos en la espina dorsal y las palmas de sus manos se humedecían por el pánico. ¿Dónde estaba Joe? ¿Por qué no había nadie? Podía ver las brillantes luces y el flujo del tráfico en la gran avenida, pero ahí, en ese apartado lugar, todo estaba siniestramente tranquilo.

—Si espera que Joe Flanders venga en su rescate, olvídelo —le dio la vuelta, de modo que se vio obligada a mirarlo a la cara—. Mire dentro del coche.

Ella miró por la puerta abierta del Bentley y vio su abrigo y su bolso en el asiento.

—Ah, qué fabuloso —exclamó ella con amargura—. ¿Cómo ha logrado esto? ¿Ha usado un poco del poder y la influencia que hace que se crea un ser superior a los demás? —preguntó, sin poder creer que Joe la hubiera decepcionado así.

—Exacto —dijo él mordazmente—. He tratado con el señor Flanders en más de una ocasión, y él fue tan amable que se presentó cuando mi ayudante pidió en recepción que lo avisaran, después de que usted telefoneó. Él me conoce...

—Yo lo conozco —le interrumpió ella, temblorosa—, y precisamente por eso no voy a entrar en el coche con usted.

—Piénselo bien —la sonrisa de Steel era despectiva, y enseñaba unos dientes blancos y fuertes con gesto amenazador—. Estoy a punto de levantarle cargos por difamación, agresión, escándalo público... ¿Quiere que continúe? —los azules ojos eran implacables—. Una cárcel para mujeres no es el mejor sitio para pasar la Navidad, señorita Gordon, pero puedo arreglarlo, si insiste.

—No sería capaz... —al levantar la vista hacia el duro rostro, los oscuros ojos de Janie se abrieron más de horror, al ver la frialdad de la mirada azul—. Sí lo haría... ¿Realmente lo haría?

—Desde luego —la soltó con brusquedad y se deslizó en la profundidad del coche, dejándola temblorosa sobre la acera—. Tiene dos opciones, señorita Gordon, y tendrá que decidirlo en los próximos diez segundos. Puede entrar en el coche para que discutamos su atroz comportamiento en privado o podemos dejar todo este asunto en

manos de los funcionarios públicos. ¿Qué decide? —la profunda voz era despiadada.

Ella se mordió el labio inferior un segundo, mientras tiritaba a causa del aire helado.

—¿A dónde me va a llevar?

—Eso es asunto mío — se inclinó hacia adelante y la miró fijamente—. Se acabó el tiempo, señorita Gordon; a partir de ahora, no seré tan suave.

—No me deja otra opción —dijo ella, encogiéndose al oír la áspera risa.

—Exactamente —él se deslizó al extremo opuesto, al entrar ella de mala gana. Cuando se hundió en el asiento, la envolvió de inmediato el olor de fina piel, el aroma de una cara loción para después del afeitado y el efluvio de fabulosa riqueza—. Ahora, señorita Gordon— en el reducido recinto del coche, él le pareció de pronto extremadamente grande, y por primera vez advirtió sus anchos hombros y su desarrollado torso—, ¿me quiere dar su dirección?

—No —ella se obligó a mirarlo a la cara—; no se la voy a dar.

—Muy bien —se volvió hacia adelante y le dio al chófer una dirección que ella nunca había oído, antes de cerrar de golpe la división de cristal—. Que conste que le pregunté primero —dijo sardónicamente.

—Un momento —el temor que había tratado de ocultar salió a flote—. No puede secuestrarme.

—¿Secuestrarla, señorita Gordon? —los firmes labios esbozaron un sonrisa despectiva—. ¿Por qué diantres querría yo secuestrar a una persona tan desagradable y tan inestable como usted? Tengo suficientes problemas en mi vida, como para buscarme más.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —ella ignoró los insultos por el momento; había cosas más importantes que atender.

—Pronto lo averiguará —él se reclinó en el lujoso asiento y cerró los ojos—. He soportado más que suficiente por esta noche, así que le sugiero que tenga esa desagradable boquita cerrada hasta que lleguemos a nuestro destino. No sé por qué me molesto en averiguar de qué se trata todo esto. Debo de estar loco.

—¿Sabe…?

—Cállese, señorita Gordon —él no abrió los ojos, pero el tono de su voz fue suficiente para que ella cerrara la boca.

Él era temible. El corazón le latía con tanta fuerza a Janie que estaba segura de que él lo oiría. Era peligroso y poderoso, y la súbita sensación de que había agarrado a un tigre por la cola le borró todo pensamiento lúcido de la mente y el pánico la hizo mirar

desesperadamente por la ventanilla. ¿Podría saltar fuera del coche en el próximo semáforo? Él no podría perseguirla por las calles de Londres.

—Baines ha cerrado con seguro las puertas automáticamente, siguiendo mis instrucciones —la grave voz la hizo saltar, y, al mirarlo, vio que él seguía con los ojos cerrados—. Reclínese y disfrute del paseo, señorita Gordon. Está en mis garras ahora, le guste o no.

—¡No me gusta!

—Bien —él se movió levemente al hablar—. Considérelo como parte de su castigo.

—¿Mi castigo? —gritó ella con incredulidad—. Oiga, no sé que tiene usted en mente, pero...

—Probablemente así sea mejor —él estaba impasible, reclinado como un peligroso y enorme gato negro—. Nadie me ataca impunemente, señorita Gordon. Tenga eso presente.

Ella lo miró en silencio, aunque sólo vio los ojos cerrados. Era un hombre muy masculino. Su mirada recorrió sus rudas facciones y su pelo negro, con toques plateados sobre las sienes. Fuerte, vigoroso, probablemente muy viril...

Se enderezó con horror al advertir el camino que seguían sus pensamientos. ¿Qué demonios estaba pensando? No le importaba en lo más mínimo que fuera el hombre más viril de la tierra... Ése era Kane Steel, un ser deleznable. ¿Qué importaba que fuera atractivo? Ella lo odiaba, lo aborrecía... Y realmente no era atractivo... Se encontró examinando el relajado rostro nuevamente. No, no lo era en absoluto; sin embargo, había algo en él, un magnetismo, una fuerza poderosa, que era más atrayente que la simple belleza. Sacudió la cabeza ante su propia traición. No había nada bueno en ese hombre, ni interior ni exteriormente.

A medida que avanzaba el gran coche, ella empezó a sentirse cada vez más preocupada. Esto era realmente ridículo. Si no se detenían pronto, ella empezaría a gritar y a golpear la división de cristal, hasta que el conductor se detuviera. Era una mujer adulta de veinticuatro años, no una tímida colegiala.

—¿Ya ha comido usted?

—¿Qué? —ella se sobresaltó tan violentamente al oír la profunda voz, que no entendió lo que él decía.

Los ojos de él se abrieron y la miraron fijamente.

—Le he preguntado que si había comido... antes de su maravillosa representación frente a lo mejor de la prensa.

—No era una representación, era... —no pudo seguir, al no poder encontrar una comparación adecuada, y se puso tensa de ira cuando

vio que él sonreía fríamente, con una expresión de desprecio.

—No me sorprende que sus acciones la hayan dejado sin habla —dijo él con mordaz humor—. Le aseguro que a mí me hicieron el mismo efecto.

—¿Ah, sí? —ella lo miró amenazadoramente—. Pues...

—Le he dicho que si ha comido usted —había cierto tono en su voz que sugería que más le valía responder rápidamente.

—No, de hecho no —dijo ella con una mirada de hostilidad—. Aunque no sé qué tiene que ver eso con usted, porque...

—Perdóneme —la interrumpió con un ademán brusco de la mano, mirando por la ventanilla—. Ya llegamos.

—¿A dónde? —preguntó ella cautelosamente, abriendo más los ojos, mientras el coche entraba entre dos portones en un alto muro de ladrillos y avanzaba por un ancho camino particular hacia una gran casa que se veía a lo lejos.

—Mi casa —respondió él, mirándola—. El lugar donde mi palabra es ley y me obedecen tácitamente. ¿Entendido? —su mirada se burlaba del temor de Janie.

—¿Su casa? —ella levantó la voz a causa del miedo—. Mire, no sé a qué está usted jugando, pero...

—Yo no estoy jugando a nada, señorita Gordon —replicó con aspereza—. Lo último que hay en mi mente son juegos. He sido atacado sin previo aviso, acusado de toda clase de crímenes, obligando a abandonar una conferencia de prensa en las peores circunstancias posibles, sabiendo que mi foto estará en las primeras páginas de todos los periódicos mañana, para deleite de mis competidores; todo porque usted tuvo una idea genial. Ahora, si esto le parece a usted un juego, está más loca de lo que me imaginaba.

—No estoy loca... —se detuvo bruscamente mientras el chófer abría la puerta y él salía del coche. En cuanto estuvo fuera, la sacó casi a tirones.

—Ahora, va a entrar a la casa conmigo y me explicará de qué se trata todo esto —dijo el con frialdad—, y más vale que rece usted porque pueda convencerme de que tiene una justificación.

—Es usted un maldito fanfarrón —dijo ella débilmente cuando estuvo parada junto a él, frente a la enorme mansión. No sabía qué la intimidaba más, si la enorme y bella casa o la enorme figura que estaba junto a ella. En el hotel, ella había estado demasiado enfurecida y ciega de ira para advertir su gran estatura, pero ahora se daba cuenta de que le sacaba por lo menos medio metro.

—Pues no sabe ni la mitad de lo que soy —dijo él al conducirla por los escalones de piedra hacia la puerta principal— Esta noche me ha

hecho perder la paciencia, señorita Gordon, y eso es algo que no me ha sucedido en años. No le gustaría verlo una segunda vez.

—¿No? —lo miró con desafío, aunque le temblaban las piernas.

—No —dijo él lentamente—; pero tengo la impresión de que es una posibilidad, así que manténgase ecuánime, ¿eh?

—¿Ecuánime? —zafó su brazo de la mano de él y lo miró con todo el rencor que pudo reunir—. ¡Ecuánime! Realmente tiene usted un descaro…

—Podríamos empezar a discutir, pero no me parece el sitio más adecuado. Usted entrará, se sentará y me explicará de qué se trata todo esto. ¿Entendido?

Cuando él abrió la puerta, Janie tuvo la impresión de que entraba en el decorado de una película. Si una famosa estrella hubiera bajado por la enorme escalera curva que dominaba el extremo opuesto del enorme vestíbulo, ella no se habría sorprendido. Observó la gruesa alfombra de color crema, la oscura madera, las valiosas antigüedades y las relucientes lámparas. ¡Y ella lo había abofeteado! Nunca había tenido ataques de histeria, pero empezaba a sentir algo similar a eso.

—Por aquí —él la guió por el gran espacio hasta una puerta abierta, antes de que ella se diera cuenta de lo que sucedía, y se encontró en una lujosa habitación—Siéntese —ella se hundió, agradecida, en un gran sillón que la empequeñecía más, porque las piernas ya no la sostenían—, ¿Desea algo de beber? —preguntó él sin ninguna expresión.

—¿Perdón? —ella apartó la mirada de la bien amueblada habitación y lo miró con cierta dificultad.

—¿Una bebida? —preguntó él con irritación.

Ella asintió, con una expresión recelosa.

—Jerez, por favor, pero no me quedaré aquí mucho tiempo. Tomaré un taxi para irme.

Él sirvió whisky en una gruesa copa de cristal y jerez en un vaso grande, pasándole a ella la bebida antes de sentarse en un gran sillón frente a ella.

Toda esa riqueza, todo ese lujo, ¿cuánto de eso había sido obtenido arruinando las vidas de la gente como había arruinado la de ellos?, se preguntó ella de pronto, con una oleada de ira. Empujando a comerciantes desesperados hasta el límite, reteniendo préstamos, negando prórrogas de plazos… la lista era interminable y, sin duda, él sabía todas las triquiñuelas.

—Muy bien, la chispa está de nuevo en esos ojos oscuros —dijo él suavemente—. Dígamelo todo y desde un principio, por favor.

—¿Qué sentido tiene? —ella tomó un trago del jerez y trató de

contener el sentimiento que la embargaba. Todo este dinero... La pequeña compañía de su padre había sido una gota en el océano para él.

—El sentido es que usted me ha hecho unas acusaciones muy serias esta noche —dijo él, furioso—, planeadas para provocarme al máximo. Eso me huele muy mal. ¿Qué es lo que persigue?

—¡Perseguir! — exclamó ella, dejando su vaso de jerez de golpe en la mesita que había cerca y levantándose violentamente, para acercarse al fuego de la chimenea. Tenía mucho frío, como si nunca pudiera volver a tener calor. Se estremeció con fuerza. ¡Cómo odiaba a ese hombre!

—Tome esto —él se puso de pie al notar el movimiento convulsivo de Janie—. No le he dado su abrigo, ¿verdad? Todavía está en el coche.

Al sentir ella la gruesa tela de la chaqueta sobre sus hombros, se puso rígida en señal de protesta. La tela estaba impregnada del limpio aroma masculino y ella no lo quería tener cerca.

—No lo quiero —se quitó la chaqueta y se la devolvió bruscamente.

Él entornó los ojos al recibir la chaqueta y ella comprendió que había notado su repugnancia por cualquier contacto con él. Se notó en lo rígido de su mandíbula y la firmeza de su boca. La fascinación que emanaba de él había vuelto con plena fuerza, advirtió ella desesperadamente, observando los anchos hombros acentuados bajo la camisa de seda azul, el duro cuerpo masculino tenso al mirarla sin hablar durante un buen rato.

—Me está empujando hasta el límite de mi paciencia —dijo él con palabras duras y medidas—. Yo no hago amenazas vanas, señorita Gordon, no quiero hacerle daño, pero...

—¿Hacerme daño? —«Tendría gracia si no fuera tan doloroso», pensó ella al mirarlo con los ojos nublados por cálidas lágrimas—. ¿Hacerme daño? No puede usted hacerme más de lo que ya me ha hecho, señor Steel —dijo con voz temblorosa—. Su despiadada codicia hizo que mi padre perdiera su negocio, su casa y finalmente su vida. Todo se perdió, todo. Ha borrado usted efectivamente los primeros veintidós años de mi vida. ¿Cómo podría superar eso? —echó para atrás la pesada melena negra con una mano temblorosa—. Y lo peor de todo es que ni siquiera recuerda su nombre…

Las lágrimas que habían amenazado con desbordarse toda la noche no aguantaron más, y, al agachar ella la cabeza, con las mejillas húmedas, advirtió, con horror, que iba a hacer un ridículo peor del que ya había hecho. Y no había nada que pudiera hacer al respecto,


absolutamente nada.

CAPÍTULO 2

CÓMO llegó a encontrarse cobijada en los fuertes y duros brazos, Janie no lo supo, pero el gran torso masculino era increíblemente confortante y la ayudó a desahogarse, a pesar de que pertenecía al causante de todo su dolor.

Cuando cesó la tempestad y su llanto se redujo a algún que otro sollozo, él se apartó con firmeza.

—Así que su aflicción es sincera —declaró él sin ninguna expresión. Ella alzó la vista rápidamente, notando que los duros ojos azules eran cautelosos y que había un sutil cambio en él que ella no podía discernir. La boca seguía siendo cruel y cínica. Las profundas líneas a ambos lados de la nariz seguían siendo fieramente prominentes, y la impresión general era de despiadada ferocidad; sin embargo... había algo—. Puedo reconocer la verdadera desdicha cuando la veo, señorita Gordon —dijo él lentamente—, pero sus acciones siguen siendo imperdonables. Pudo concertar una cita conmigo para aclarar ese malentendido...

—¡Malentendido! —replicó ella con furia—. No hay ningún malentendido, créame: y no puede engañarme con eso. No soy estúpida.

—No voy a hacer la réplica obvia a esa declaración —dijo él con frialdad—. Sus acciones hablan más claramente que mis palabras. ¿Cuánto hace que murió su padre? —terminó con brusquedad.

—Dos años —ella lo miró fijamente.

—¿Lloró usted cuando él murió? —ignoró la tensión del cuerpo de Janie.

—Desde luego... —su voz se desvaneció al quedarse pensando—. No, realmente no.

—Eso es muy malo para su espíritu —ella se lo quedó mirando con sorpresa. Eso era lo que menos esperaría de un empresario duro y cruel como él—. Eso crea una oscuridad, como una telaraña, que lo envuelve todo.

—Mire, yo estoy bien —ella se enderezó y levantó la barbilla agresivamente—. No es a mí a quien le ocurre algo malo —estas palabras estaban llenas de significado y él asintió, con la mirada más dura.

—Veo que estamos de nuevo con las acusaciones.

—Ah, usted sabe lo que quiero decir. No puede haber olvidado todo tan completamente. Advertí en el hotel que sí recordaba algo.

—El nombre de la compañía de su padre, eso es todo —mientras hablaban, Janie era consciente, en un pequeño rincón de su mente, de

que su cuerpo todavía registraba la sensación y el aroma de él, de cuando la tuvo en sus brazos. Ese pensamiento era doloroso, traicionero y mal recibido, pero ahí estaba. Ella nunca había conocido a nadie como él. No le gustaba cómo la hacía sentirse, pero eso no podía remediarlo. Todo su cuerpo parecía determinado a reaccionar a la cosquilleante electricidad que su figura masculina producía—. Mire, empiece por el principio: hágame el favor.

Cuando él atravesó la habitación hacia su sillón, ella observó cierto cuidado en su modo de caminar, casi un titubeo, que era incongruente en un gigante como él, pero cuando él se sentó, ella desechó ese pensamiento con irritación.

—Realmente no hay mucho que decir —suspiró desconsoladamente y lo miró—. ¿Tiene un pañuelo?

—Sí, tengo un pañuelo —le respondió él en el mismo tono monótono que ella había usado, y una oleada de rabia le coloreó las mejillas a Janie, al ofrecerle él un gran pañuelo blanco. ¿Así había sonado su voz? Tendría que tener más cuidado… No quería que él pensara que llevaba ventaja. ¿Y cómo se atrevía a burlarse de ella?

—Mi padre fundó la compañía con mi madre el mismo año en que yo nací —dijo ella, después de haberse sonado la nariz y haberse acomodado en el sillón—, y les iba bastante bien. Teníamos una bonita casa y los pequeños lujos usuales. No como esto, desde luego —lo miró con profundo sarcasmo—, pero éramos felices.

—¿Sí? —la instó él, al detenerse ella, con los ojos borrosos por los recuerdos.

—Entonces mi madre se puso enferma, con un problema del corazón, cuando yo era una adolescente. Mi padre pasaba cada vez más tiempo con ella. Creo que ella no sabía que mi padre había hipotecado la casa para mantener viva a la compañía… Yo no lo sabía. Mi madre murió cuando entré en la universidad.

—Lo siento —la profunda voz no tenía ninguna expresión y los penetrantes ojos azules no se apartaban del rostro de Janie.

—Mi padre quedó desolado; pero luego se dedicó por completo al negocio, tratando de recuperar el tiempo perdido, y le iba bastante bien. Teníamos trabajadores muy leales y él podía pasar allí todas las horas que quisiera, puesto que ya no estaba mi madre, lo cual le ayudó bastante, al tener la mente ocupada en el negocio. Acababa de conseguir un contrato importante que le puso muy contento; podría recuperar la casa, que él quería para mí, pero entonces… —se detuvo y lo miró a la cara—. Entonces intervinieron las Empresas Steel.

—¿Cómo? —preguntó él sombríamente.

—¿Es que no lo recuerda? —lo miró con enojo—. Fue hace sólo

dos años; no puede haberlo olvidado tan pronto.

—¿Tiene usted una idea de lo extensa que es mi compañía? —preguntó él con tirantez—. Y tengo otros intereses comerciales en el extranjero, que ocupan mucho de mi tiempo y mi atención. No puedo dedicarme personalmente a todo.

—No, supongo que no —eso no se le había ocurrido a Janie, y por un instante, abrió más los ojos—. Bueno, pues usted... su compañía —corrigió rápidamente— había comprado el resto de la manzana en donde estaba nuestra pequeña fábrica con la oficina, y ustedes querían nuestro espacio. La cantidad que ustedes ofrecían era ridícula y no teníamos dónde irnos de inmediato. Todos sabían que el negocio de mi padre tenía problemas, y cuando mi padre se negó a vender, ustedes le apretaron las clavijas.

—Ya veo —él no tenía ninguna expresión, como si no le interesara.

—Los bancos de pronto hicieron juicio hipotecario, los contratos se anularon, todo se desplomó —lo miró con irá—. Es un bonito modo de hacer negocios, ¿verdad, señor Steel? Pero supongo que todo vale en la guerra y en el amor. Ése es obviamente el principio que usted promueve. Aunque usted personalmente no hay haya supervisado ese asunto, no va a decirme que sus empleados irían contra las reglas, su procedimiento normal de operación.

—No sabía que yo tuviera que decir algo —dijo él glacialmente, y ella se encogió por su tono helado. Él hablaba con ella, la escuchaba, pero parte de su mente parecía estar en otra parte. Ella lo miró con fijeza. ¿En qué estaba pensando?—. Por favor, continúe —él se inclinó hacia adelante y el corazón de Janie aceleró su ritmo al estirarse la camisa de él sobre el amplio pecho. «Deja ya de hacerlo», se regañó, furiosa, «estás tan nerviosa como una colegiala».

—Y adiós al negocio —se obligó a hablar con calma—, adiós a la casa. Mi padre consiguió un trabajo por horas con un sueldo mísero y se alojó con unos amigos, y a los cuatro meses, murió. El médico dijo que era pulmonía complicada con una gripe, pero él simplemente renunció al deseo de vivir; eso fue lo que lo mató —lo miró dolorosamente—. Él quería morir; me lo dijo.

—¿Y me culpa a mí de eso?

—Totalmente —ella se puso de pie—. Mi padre tenía un dicho... «La responsabilidad se detiene aquí». Bien, pues la responsabilidad se detuvo frente a su puerta, señor Steel, aunque no sea lo bastante hombre para recogerla. La política de su compañía apesta, sus empleados apestan... y usted apesta.

—Dicho gráficamente —replicó él con tono burlón.

—¿Y eso es todo? —dos manchas rojas aparecieron en sus mejillas

al mirarlo; la espesa melena negra brillaba bajo la luz artificial y los ojos marrones eran enormes—. ¿Un toque de sarcasmo, mientras mantiene su dignidad? ¿Nada de disculpas, nada de remordimientos, nada de culpa?

—No tengo nada de qué sentirme culpable —él también se puso de pie para dirigirse hacia un largo cordón de campana, del que tiró dos veces. Casi de inmediato, se abrió la puerta para dar paso a una bonita doncella, con delantal almidonado y cofia—. ¿Le puede pedir a la señora Langton que entre un momento, por favor, June? —preguntó suavemente—. Quisiera hablar con ella.

—Sí, señor —los grandes ojos azules de la sirvienta se abrieron más al ver a Janie—. Lo siento, señor, no sabíamos que estaba usted aquí. Creíamos que iba a cenar fuera...

—Cambié de planes —las palabras eran de despedida y la joven inmediatamente salió de la habitación con una rápida inclinación de la cabeza—. Voy a pedir que preparen la cena para nosotros —al fijar la mirada azul en Janie, ella lo miró con horror.

—No para mí, señor Steel —dijo rápidamente—. Ya he dicho lo que tenía que decir y quiero irme a mi casa.

—De ninguna manera —dijo él con voz cortante—. No he terminado con usted todavía. Además, tengo que verificar su historia.

—¿Ahora? —miró su pequeño reloj de pulsera—. Ya son más de las seis, en viernes por la noche. No va a encontrar a nadie.

—Habrá alguien cuando yo lo necesite —dijo él con frialdad—, y los simples hechos deben estar registrados en alguna parte. El fondo más detallado tendrá que esperar hasta que averigüe quién estuvo a cargo de esa operación.

—Mire, yo me voy —ella dio un paso, pero la rígida inmovilidad del gran cuerpo frente a ella paralizó su siguiente paso—. Hablo en serio, quiero irme a casa.

—No sea tan infantil —el impacto de sus palabras hizo que el furioso color encarnado regresara a las mejillas de Janie—. Sólo le estoy ofreciendo una cena mientras se hace la investigación; eso es todo. Tiene suerte de que no levante cargos contra usted en la comisaría de policía.

—Pero, ¿y su velada? —una imagen de la rubia alta y esbelta apareció en la mente de Janie—. Obviamente, usted pensaba salir esta noche, y...

—Es un poco tarde para que empiece a preocuparse por mi situación, ¿no cree? Puede tomar otro jerez mientras yo hago unas cuantas llamadas telefónicas, y luego cenaremos.

Cuando Janie iba a replicar, se abrió la puerta.

—Señora Langton —Kane Steel le sonrió a la robusta mujer de edad madura que entró, con el pelo gris recogido hacia atrás en un severo moño y el vestido negro tan tieso que parecía que conservaría su forma aunque no hubiera un cuerpo dentro—. Mis planes han cambiado y ahora necesito una cena para dos. ¿Es posible eso?

—Desde luego, señor Steel —la señora Langton sonrió formalmente —. ¿En media hora?

—Perfecto.

Al salir la mujer con una sonrisa y una inclinación de cabeza en dirección a Janie, ella lo miró con enojo.

—¿Qué tengo que hacer para convencerlo de que no quiero cenar?

—Nada; eso ya lo sé —dijo él, imperturbable.

—Entonces, ¿por qué insiste?

—Porque usted va a hacer lo que yo le diga.

—Es usted un hombre increíble —dijo ella con profundo disgusto, y su furia aumentó al sonreír él burlonamente, aunque todavía seguía enojado, muy enojado.

—No es usted la primera mujer que me dice eso —replicó él en tono burlón—, aunque tengo que reconocer que las circunstancias sí son diferentes. Generalmente lo dicen con más... entusiasmo.

—¿De verdad? —ella trató de imprimirle a su voz todo el desdén y el escarnio que pudo—. Yo tenía la impresión de que un verdadero hombre no tenía necesidad de jactarse de su comportamiento en la cama.

—¿Acaso hablaba yo de la cama? —preguntó él con suavidad, pero ella notó que su insulto le había hecho entornar los ojos y apretar los labios—. Sabe, además de este asunto de su padre, usted es realmente una fierecilla. ¿No le gustan los hombres, señorita Janie Gordon?

Él se acordaba de su nombre de pila. Aquello le pareció a Janie un detalle sumamente revelador. A pesar del caos y de la irritación, él lo había recordado, y de pronto, ella supo que eso era una indicación del tipo de hombre que era. Su mente era aguda y dura; él nunca olvidaría nada. Entonces, ¿por qué no recordaba el asunto de su padre? ¿Debía creerlo? ¿Había estado implicado en eso? No parecía ser el tipo de hombre que pasara nada por alto, y menos la adquisición de toda una manzana de edificios. Tenía que saber algo de la situación, sobre todo, en vista de las dificultades que hubo, ¿no? Y sí había reconocido el nombre de la compañía.

—¿Y bien? —la voz de él le hizo regresar al presente.

—¿Qué? —ella había perdido el hilo de la conversación completamente.

—Los hombres, ¿le gustan los hombres? —él dio un paso hacia

ella, mientras ella trataba de concentrarse en lo que él decía—. Hay una manera de averiguarlo… —la manera en que él la envolvió en sus brazos demostraba una pericia que Janie captó mucho después; en ese preciso momento estaba demasiado ocupada luchando contra su fuerza superior. Advirtió, con ira, que estaba indefensa en su abrazo. El gran cuerpo era pura potencia musculosa y carne firme y dura, y ella estaba atrapada como un pececito en una red. ¿Sería eso parte del castigo?

Al cerrarse la boca de él sobre la de ella, Janie se obligó a permanecer quieta. Sus movimientos sólo la ponían en contacto más íntimo con ese duro cuerpo masculino, además de que la resistencia era inútil y ambos lo sabían. El beso fue firme, tibio y sensual, y ella odió el excitante temblor que provocó en diferentes partes de su cuerpo… Era una traición a su padre y a ella misma, pero no podía evitarlo. El pensamiento la debilitó más aún. ¿Qué tenía ese hombre? Nunca la había afectado un beso en esa forma.

Él la acercó más, deslizando una mano a lo largo de su espalda, con un ritmo hipnótico, sedante, que hizo que la temperatura de su cuerpo aumentara. Ella debía sentirse asustada, amenazada… estaba a merced de ese hombre, después de haberle dicho todo… pero todo su ser tenía que enfrentarse a las sensaciones de placer que fluían por su cuerpo, al explorar él el contorno de su boca con unos labios suaves y eróticos al mismo tiempo. Su boca era un tormento dulce que le recorría los párpados cerrados, el cuello, los oídos, creando estragos en su sistema nervioso y un cálido dolor en la parte inferior de su estómago.

Entonces, él la soltó, pasando sus labios ligeramente sobre los de ella una vez más, antes de retroceder para examinarla con los ojos entornados y los brazos cruzados.

—Muy agradable —dijo con voz suave y profunda, pero ella no pudo pronunciar ni una palabra al mirarlo a la cara—. Realmente muy agradable… y ahora se tomará usted otra copa y yo voy a hacer unas llamadas.

Ella se quedó paralizada de asombro cuando él salió de la habitación, después de haber llenado su copa, dejándola en la mesita que había junto al sillón. ¡El muy canalla! Las piernas empezaron a temblarle y casi se desplomó en su asiento, con la mente hecha un torbellino, cuando el sonido de la puerta al cerrarse la liberó de ese ofuscamiento. No tenía la menor duda de que ese beso había tenido la intención de castigarla. Soltó un fuerte gemido en la vacía habitación. Debió gritar cuando él la soltó, debió decirle lo que pensaba de él, debió abofetearlo… Pero eso ya lo había hecho una vez esa noche.

Cerró los ojos con fuerza por un instante. Eso era un sueño… Tenía que serlo. Ninguna otra cosa podía explicar el aturdido estupor que los labios de Steel habían provocado.

Tomó un buen trago de jerez y miró a su alrededor en la magnífica habitación, advirtiendo una fotografía de dos hombres, a un lado de la chimenea. Se puso de pie para examinarla de cerca. Tenía que ser Kane Steel y un hermano o un primo… el parecido era obvio, aunque el hombre más bajo era más delgado y con el pelo más claro. Sin embargo, los dos rostro denotaban un evidente lazo sanguíneo. La foto debió de haber sido tomada años atrás, pensó Janie, al ver a un Kane mucho más joven, sonriéndole. No tenía las profundas arrugas que acanalaban su rostro ahora, ni los toques canosos en el pelo, ni la tensión que era una constante en él.

Ahora parecía más viejo, pensó ella de pronto; por eso fue por lo que durante un instante no estuvo segura de que fuera él en el hotel. La foto que había entre los papeles de su padre era de un hombre mucho más joven, aunque era una pose estudiada de una foto publicitaria, sin vida. Tendría que revisar nuevamente esos papeles. Después de la llorosa clasificación inicial, ella había juntado todo en una gran caja y la había metido en un armario; desde entonces, había sido muy doloroso volver a revivirlo.

Cuando él regresó, diez minutos más tarde, ella estaba bastante serena, por lo menos aparentemente. Por dentro, había una hirviente masa de emoción, como un volcán antes de hace erupción.

—¿Cocktail de camarones, filete y ensalada están bien? —preguntó él al entrar a la habitación—. ¿Con melocotones frescos en coñac como postre? —la miró fijamente, con el rostro serio.

—Está bien —asintió ella bruscamente. «Pasa el siguiente par de horas lo mejor que puedas y luego estarás libre», pensó, «y jamás tendrás que volver a verlo». A menos que fuera en un tribunal, desde luego. Sin duda, la malvada adquisición del negocio de su padre, la despiadada pero legal destrucción de todo lo que su padre había construido durante años, serían explicadas calmada y lógicamente, terminando por salir las Empresas Steel oliendo a rosas. Ella no sabía por qué él quería pasar por toda esa farsa, pero era indudable que era así. Las corporaciones gigantes eran inhumanas y nunca reconocían haber actuado mal. Ésa era la regla número uno. Y sí había sido legal, tuvo que recordar. Cruel, malvado, infame, pero… legal.

Al sentarse él en su sillón, después de haberse servido otro whisky, ella señaló la foto, sin sonreír.

—¿Su hermano?

—Sí —él siguió su mirada—. Es Keith.

—¿Es más joven que usted?

—Sí, cuatro años más joven —él dio un buen trago a su bebida y se reclinó en su sillón—. Esa foto fue tomada hace tres años, cuando estábamos de vacaciones en Grecia.

—¿Tres años? —ella lo miró con sorpresa. Ella pensaba que serían por lo menos diez. Él adivinó su pensamiento.

—Yo tengo treinta y cuatro años, señorita Gordon —dijo él con tensión— y mi hermano murió el año pasado. ¿Podemos cambiar de tema?

—Claro —asintió ella rápidamente, con las mejillas ardiendo. ¿Cómo iba ella a saber que su hermano había muerto? Y estaba casi segura de que Kane Steel era por lo menos ocho o nueve años mayor, aunque ese cuerpo delgado y duro no tenía edad. Fue ese rostro devastadoramente atrayente lo que la había engañado. ¿Qué había sucedido para ponerle esas arrugas alrededor de la boca y de los ojos? Debió de ser algo catastrófico para hacerle cambiar tanto en tres años. ¿Tal vez la muerte de su hermano? ¿O había algo más?

La cena estuvo excelente, pero el enorme comedor en el que se sirvió era amilanador. Cuando Kane la condujo a él, ella aspiró profundamente y esperó tener aplomo; la maciza mesa de madera oscura, la gruesa alfombra blanca y las paredes empapeladas de color crema, combinados con las pesadas cortinas de terciopelo color vino, era realmente amedrantadoras.

—¿Siempre come aquí? —le preguntó, al llevarse June los platos de la mesa para traer el postre. Toda la comida se había desarrollado en tenso y doloroso silencio.

—Cuando tengo invitados —la miró con atención—. ¿No le gusta esta habitación?

—¿Dónde come cuando no tiene invitados? —preguntó ella rápidamente.

—En mi estudio —repuso él—. De hecho, paso la mayor parte del tiempo allí, cuando estoy en casa. ¿Quiere tomar el postre en el estudio?

—Sí, por favor —dijo ella al instante.

Él parpadeó y miró a su alrededor, desconcertado.

—¿Qué tiene de malo esta habitación?

—Nada, es preciosa —replicó ella de inmediato—; pero es tan grande... Vaya, es gigantesca.

—¿Lo es? —él miró otra vez a su alrededor—. Si, supongo que sí. Nunca había pensado en eso.

«Cómo vive la otra mitad», pensó ella irónicamente, al seguirlo por el amplio vestíbulo hacia una habitación mucho menor que las demás,

pero que de todos modos podía tragarse su pequeño apartamento. Sin embargo, era acogedora. Ardía un fuego vivo en la chimenea, una pared estaba cubierta de libros, iluminados por el brillo tenue de las lámparas de pared, y las pesadas cortinas doradas de las ventanas estaban corridas contra el frío de la noche, dándole a la habitación un aire acogedor, acentuado por un gran gato atigrado, que estaba acurrucado en un sofá de cuero, frente a la chimenea.

—¿Tiene usted un gato? —no se lo podía imaginar como amante de los animales.

—Gatos. Éste es Juniper y hay otro, Cosmos, que debe de andar por ahí —dijo él vagamente. Mientras la señora Langton y June arreglaban la mesita que estaba en un rincón, Janie acarició el suave pelo del gran gato y observó a Kane Steel con los ojos entornados. A pesar de todos sus esfuerzos, no podía evitar recordar lo que sintió al estar abrazada junto a ese magnífico torso. Él realmente tenía un cuerpo espléndido. La idea la hizo ruborizarse tanto como si la hubiera expresado en voz alta, y bajó la vista rápidamente. Cuanto antes se fuera de allí, mejor, y más le valía recordar que ese beso había sido un castigo masculino, una ofrenda a su ego lastimado, después de la escena en la conferencia de prensa. Típico de la clase de hombre que era él. Debió de haberle afectado mucho el que sacaron sus trapos sucios en público.

Los melocotones con coñac, cubiertos con una copa de nata, estaban deliciosos, pero la sensación de irrealidad que se iba adueñando todo el tiempo de Janie se intensificó al terminar el postre.

—¿Café? —él parecía muy grande y moreno en esa habitación más pequeña, y el penetrante azul de sus ojos contrastaba con la piel bronceada. Nuevamente, la enigmática atracción del hombre la alcanzó con fuerza, haciendo que su corazón palpitara locamente.

—No —Janie se puso de pie bruscamente y se acercó al fuego de la chimenea—. No, gracias. Realmente debo irme.

—¿Por qué? Creí que lo estábamos pasando muy bien —dijo él con sarcasmo.

—No veo por qué está usted tan animado —dijo ella, furiosa—. Ahora Joe Flanders sabe lo que he hecho y probablemente habré perdido mi empleo y mi apartamento, por no hablar de mi credibilidad. Usted está con su reputación intacta, ¿no? Yo seré el chivo expiatorio.

—¿El chivo expiatorio? —repitió él incrédulamente, mirando su encendido rostro—. ¡No puedo creer lo que oigo! ¿Tiene usted una idea de lo que ha hecho esta noche, señorita? En medio de una conferencia de prensa, una conferencia de prensa —repitió él, furioso

—, me acusó de ser un asesino y un estafador y no sé cuántas cosas más. No hay ni un periodista en Londres que deje pasar una primicia sensacional como ésa, y estoy seguro de que varios de ellos hicieron una espectacular foto de su mano sobre mi cara. Cualquier cosa que reciba de Joe Flanders se la merece. Haber planeado algo así...

—¡No lo planeé! —replicó ella, indignada, con los ojos echando chispas—. Yo estaba con él en el salón de café... teníamos una cita con el gerente para tratar sobre un trabajo de publicidad... cuando lo vi entrar. Fue una cosa impulsiva.

Él soltó una exclamación y cerró los ojos un instante.

—No sé si eso lo hace peor o mejor. ¿No se detuvo ni un instante a pensar en las consecuencias de su acción?

—No —lo miró directamente a los ojos—; pero si lo hubiera pensado, habría actuado exactamente igual.

—¿De verdad? —él estaba rojo de furia—. Realmente, necesita una paliza, jovencita.

—Vuelva a tocarme y seré yo la que lo demande por agresión —dijo ella, furiosa—¿Entendido?

Él movió la cabeza lentamente.

—Está usted corroída con este asunto.

—¿Y qué esperaba? —dijo ella fieramente, cerrando los puños a los lados—. Él era mi padre, no un conocido cualquiera. ¿Cómo se sentiría usted si alguien tratara a su padre de ese modo?

—Como para matar a alguien —dijo él sin trazas de diversión—; pero por el momento, todo son suposiciones, ¿no? Yo todavía no tengo nada confirmado y me parece que usted da su propia interpretación de los hechos. No sabe exactamente lo que sucedía en el terreno de los negocios y, repito, su conducta es imperdonable.

—Sé bastante —lo miró con rigidez—, más que suficiente, y quiero irme.

—Está bien —él se puso de pie lentamente, casi cuidadosamente—. Espero una llamada dentro de media hora. ¿No quiere quedarse a oír el resultado?

—No, no quiero —dijo ella con frialdad—. Sé que mis datos son exactos, señor Steel, y también sé lo que sus investigaciones revelarán.

—Entonces me lleva la delantera —la miró, con el rostro tenso y cáustico—. Honestamente, ya he disfrutado bastante de su peculiar encanto por esta noche.

—¿Por qué romper el hábito de toda una vida, siendo honesto ahora? —preguntó ella mordazmente.

—Supongo que eso me lo he buscado —los duros surcos de su rostro se hicieron más profundos, al apartarse de ella—. No pierde ni

una oportunidad, ¿verdad? Tendré que recordar eso para el futuro.

—¿Futuro? —preguntó ella con helado desprecio—. Dudo mucho de que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Su estilo de vida y el mío no están al mismo nivel, ¿verdad?

—Ah, usted no se librará de mí tan fácilmente —dijo él con frialdad—. Está equivocada, señorita Gordon, y se lo demostraré, y cuando esté confirmado que cometió usted un grave error...

—No se confirmará —dijo ella con firmeza—. Le he dicho lo que sucedió en el pasado y todavía no estoy segura de que usted no esté enterado del asunto. No necesito que me confirmen lo que ya le he dicho. Sé lo que sucedió y quiero irme.

—Como guste —él pulsó un pequeño botón dorado a un lado de la chimenea y en unos segundos apareció la joven doncella en la puerta.

¿Es que él nunca hacía nada por sí mismo?, pensó Janie cínicamente, al verlo dándole órdenes a la joven. Botones para esto, órdenes aquí y allá, todo el mundo en posición de firmes. Ella tenía una expresión de ira cuando él se volvió a mirarla, y la penetrante mirada examinó sus facciones antes de que ella pudiera presentar una expresión más aceptable.

—Tanto odio en un cuerpo tan pequeño —dijo él con una voz suave y profunda y, sin saber por qué, ella sintió un cálido cosquilleo en su espina dorsal, al acercarse él y tomar entre sus dedos un mechón del sedoso pelo negro, mientras la miraba a los ojos— Eso es muy malo para usted, ¿sabe? —dijo burlonamente.

—Eso ha dicho usted antes —ella apartó la cabeza bruscamente—. ¿He oído que ha pedido usted que su coche me lleve a mi casa? Soy perfectamente capaz de pedir un taxi.

—Creo que es usted bastante capaz de cualquier cosa —su voz tenía un tono que ella no pudo discernir, pero le provocó un estremecimiento en todo el cuerpo—. Sin embargo, prefiero llevarla personalmente a su casa, ya que la traje aquí desde un principio.

—¿Usted también vendrá? —la voz de Janie mostraba franca consternación y un esbozo de sonrisa apareció en el frío rostro por un segundo.

—El otro día le decía a un colega que sería un cambio agradable conocer a una chica que no se impresionara al oír el nombre de Steel —dijo él sardónicamente, volviendo a su posición frente a la chimenea —. Olvidé esa pequeña ley que dice que debemos cuidarnos con lo que pedimos, porque puede concedérsenos.

Ella lo miró en silencio. No había nada que decir, después de todo, y en un minuto, regresó June anunciando que el coche esperaba frente a la entrada principal.

Cuando salieron de la cálida casa a la fría noche, el viento sopló contra el rostro de Janie, y, una vez dentro del coche, tomó su abrigo del asiento donde estaba y se envolvió en él, agradecida.

—¿Tiene frío? —él se había sentado frente a ella, observándola.

—Un poco —miró con la ventana y buscó algo impersonal que decir—. ¿Dónde estamos?

—En Middlesex —dijo él con frialdad—, la madre de Londres, bastante cerca como para trasladarse hasta allí, conservando al mismo tiempo los senderos campestres, con sus granjas y sus cabañas con techumbre de paja, que podrían estar en cualquier pueblo de Yorkshire.

—¿Es que es usted en el fondo un muchacho del campo? —preguntó ella cínicamente, mientras se cerraba más el abrigo.

—¿Le parece difícil de creer? ¿Me tiene ubicado en la zona norte de la ciudad, con sus miles de edificios y estaciones de metro? ¿O tal vez en el corazón de Londres, el West End o Chelsea?

—Yo diría que esto último le iría mejor —ella no hizo ningún intento por suavizar sus palabras—. Yo creo que su único interés en los pueblos y sus alrededores sería su valor comercial.

—Eso es lo que usted diría, ¿eh? —los ojos azules estaban duros como el diamante—. Es una lástima que tanto atractivo vaya unido a tanta ignorancia.

—¿Cómo se atreve? —replicó ella, furiosa.

—¿Que cómo me atrevo? —la voz era engañosamente suave, comparada con la dura mandíbula apretada—. Me parece que se confunde, señorita Gordon. Soy yo el que debería preguntarle eso. Usted no sabe nada acerca de mí, nada en absoluto, aparte de la vaga noción de que yo fui responsable de haberle causado a su padre cierto pesar…

—¿Vaga? —repitió ella con una voz tan aguda, que él se encogió antes de continuar como si ella no hubiera hablado.

—Y sigue usted siendo detestable a cada momento, negándose a hacer caso del sentido común y comportándose como una niña en vez de una mujer adulta de… —ella sostuvo su mirada, con la boca tercamente cerrada—. ¿Veintitrés, veinticuatro? —persistió él tenazmente.

—Veinticuatro; aunque no sea de su incumbencia — replicó ella con aspereza—. ¿Y qué me dice de su comportamiento?

—¡Mi comportamiento! —él alzó las cejas con tanta arrogancia que ella sintió deseos de abofetearlo de nuevo—. Que yo recuerde, sólo la llevé en mi coche cuando estaba sin abrigo y sin sombrero, ofreciéndole una comida adecuada. ¿Constituye eso un delito grave

para usted?

—No me refería a eso —dijo ella, indignada—. Me refiero a cuando usted… usted me maltrató.

—¿Yo la maltraté a usted? —la asombrada indignación era sincera —. La cabeza todavía me resuena por el contacto de su mano, jovencita. ¿Cuándo diablos la maltraté yo?

—En su salón —dijo ella categóricamente—, cuando me besó.

—Ah… —la palabra estaba llena de significado y ella alzó la cabeza para observar el moreno rostro que la examinaba con burlona atención—. ¿Ahora va a decirme que no le gustó?

—¡No, no me gustó! —lo miró, furioso—. Fue repugnante, absolutamente repugnante. Nunca me habían tratado así en toda mi vida.

—¿De verdad? —él se hundió más en su asiento, cruzando los brazos, con los ojos entornados, y ella de pronto se dio cuenta de que él estaba jugando con ella, como un gato con un ratoncito—. ¿La población masculina es lo bastante sensata como para no tener nada que ver con usted? Entonces, todavía hay esperanzas en el universo.

—No quiero decir que nunca me hayan besado —dijo ella, furiosa —, y usted lo sabe. Quiero decir… —se interrumpió. ¿Qué era lo que quería decir?—. Ser forzada a…

—Vamos, vamos —él tuvo el descaro de sonreír—. Tal vez el primer instante, ¿pero después? —su rostro estaba calmado—. Yo estaba ahí, ¿recuerda?

—Es usted un canalla —dijo ella débilmente—, y no quiero discutir eso con usted. De hecho, no voy a discutir nada con usted —cerró los ojos con determinación, apretándose más el abrigo.

—Me alegro de haber estado ahí —dijo él después de un minuto de silencio—. Yo, por lo menos, encontré esa experiencia muy… gratificante —ella no abrió los ojos, y después de recorrer varios kilómetros, él volvió a hablar—: Apreciaría alguna indicación de a dónde vamos.

—Ah, puede usted dejarme donde sea —ella abrió los ojos rápidamente y miró por la ventanilla del coche el fuerte aguacero que caía fuera. Protegida en el interior del Bentley, el mundo exterior le pareció estar a un millón de kilómetros de distancia.

—Por lo menos, es usted consecuente —dijo él con frialdad—. Ese comentario concuerda con el resto de disparates que ha dicho durante toda la noche. ¿Se ha dado cuenta de que fuera está cayendo un diluvio? ¿Y usted, con un delgado vestido de lana y un abrigo, no duraría ni un minuto? Ahora, dígame la dirección, por favor.

—Aberdeen Gardens —dijo ella después de una larga pausa.

—¿Y el número?

—Sesenta y dos —Aberdeen Gardens estaba a dos manzanas de su apartamento, pero ella no quería que él supiera dónde vivía. No sabía por qué, pero estaba convencida de que cuanto menos supiera él de ella, mejor.

Él era una amenaza para su tranquilidad, y no sólo por la historia pasada. Ella estaba acostumbrada a tratar con toda clase de hombres, como secretaria personal de Joe Flanders, y podía mantener a raya a los individuos más turbulentos, con unas cuantas palabras escogidas, unos comentarios aplastantes o una diplomacia cuidadosa, pero ese hombre... Lo miró nuevamente bajo la media luz de los postes de alumbrado de la calle, contemplando la dura mandíbula cuadrada y el músculo cuerpo. Ese hombre era una cosa completamente diferente.

Después de que él le dio la dirección a Baines, cerró la división de cristal firmemente, dejándolos nuevamente encerrados en el ambiente perturbadoramente íntimo.

—¿Vive sola?

La pregunta la desconcertó por un instante y esperó que él no lo notara.

—Sí.

—¿En un apartamento? —él era pertinaz, reconoció Janie.

—Sí —ella miraba por la ventanilla mientras hablaba. Los ojos de él eran hipnóticos—. Es en un edificio propiedad de Joe; me lo alquila como parte del sueldo de mi empleo.

—Ya veo —asintió él lentamente—. De ahí que, si pierde el empleo, pierde el apartamento. ¿Lleva mucho tiempo trabajando para él?

—Desde que salí de la universidad, un poco más de dos años —lo miró a la cara—Mi padre murió dos semanas después de que me licencié.

—Ya veo.

No, él no podía verlo, pensó ella con amargura. Ella había contado los días hasta licenciarse, para poder alquilar un pequeño apartamento para los dos, cuidar a su padre adecuadamente, mimarlo un poco. Y luego...

—Aquí estamos, Aberdeen Gardens —al entrar el coche en la apartada plaza de bonitos dúplex, Janie soltó un suspiro de alivio—¿Sesenta y dos?

—Sí —ella sonrió con frialdad—. Ahora ya puede deshacerse de mí, ¿verdad?

—Por un momento, señorita Gordon, por el momento —mientras el coche daba la vuelta a la plaza, ella estaba sentada en el borde del

asiento, esperando el momento de poder escapar.

—Lo siento, señor —Baines había parado el coche y abierto la división de cristal— La numeración sólo llega hasta el sesenta.

—No puede ser —dijo Kane con irritación, antes de ver el rostro de Janie—. Por otro lado... En un momento, vuelvo con usted, Baines —se volvió hacia ella, con la mirada glacial—. Muy graciosa, y ahora déme la dirección correcta. Estoy demasiado viejo para jugar a estos juegos infantiles, señorita Gordon. Otra equivocación como ésta y sabrá lo que es recibir una buena zurra. ¿Entendido?

—No se atrevería —lo miró, furiosa.

—¿Quiere apostar? —no había humor en el sombrío rostro, sólo pura ira—. Está pidiendo una tunda. Ahora, la dirección.

—Puedo caminar desde aquí —dijo ella con obstinación, y luego saltó violentamente al golpear él con el puño el asiento, rezongando al mismo tiempo.

—¡Denme paciencia! No pienso entrar con usted para arroparla en la cama, señorita Gordon. Sólo quiero dejarla frente a la puerta de entrada, y cuanto antes, mejor, por lo que a mí respecta. Es usted la mujer más latosa que conozco, y no tengo ningún deseo de prolongar este doloroso encuentro más de lo necesario. Ahora... ¡la condenada dirección!

Ella estaba consciente de Baines sentado rígidamente delante, obviamente escuchando cada palabra, y al abrir la boca para replicar, Janie se dio cuenta de la inutilidad de hacerlo. Él insistiría hasta conseguir la dirección y tenía la impresión de que la voluntad de él era más fuerte que la de ella, aunque no le gustara reconocerlo.

—Está a dos manzanas de aquí... Meldon Court, sesenta y dos —dijo, con las mejillas ardiendo.

—¿Está segura? —su sarcasmo era mordaz.

—Sí. Por lo menos, el número era el correcto.

Él le lanzó una severa mirada, antes de volverse hacia Baines.

—¿Has oído eso, Baines?

—Sí, señor.

—Entonces, dése prisa; cuanto antes dejemos este desagradable paquete, mejor —cerró la división con tanta fuerza, que ella pensó que se haría añicos.

Un minuto después, se detuvieron frente al alto edificio en el que Janie tenía su apartamento, y, al abrirle Baines la puerta del coche, ella salió precipitadamente.

—Adiós —ella le tendió la mano cuando Kane la siguió a la calle—. No puedo decir que haya sido un gusto conocerlo.

—Igualmente —él tomó su pequeña mano en los grandes dedos

morenos—. Espero, por su bien, que los titulares de mañana no sean tan malos como supongo —dijo amenazadoramente.

Ella esperaba que él sólo estrechara su mano, pero la llevó a sus labios, dándole la vuelta con la palma para arriba, y ella se obligó a permanecer inmóvil, aunque sentía cosquilleos en todo su sistema nervioso. Al tocar los tibios y firmes labios el suave interior de la palma de su mano, el aliento se detuvo en su garganta y luego bajó golpeando a su pecho, en una oleada de emoción que la mareó. Los brillantes ojos azules estaban al mismo nivel de los asustados ojos oscuros de ella, cuando él alzó la cabeza, después de un largo rato, y al incorporarse, ella vio que él no sonreía.

—Buenas noches, Janie —dijo él sin ninguna expresión.

—Adiós, señor Steel —repuso ella con una voz no tan fría como hubiera deseado, y el notarlo le resultó humillante. Abrió con dificultad la puerta y entró en el vestíbulo. Cerró la puerta, sin mirar hacia atrás, y se apoyó un momento en la fría pared, antes de subir corriendo los dos pisos hasta su apartamento, dejando caer la llave dos veces antes de insertarla en la cerradura. Sólo se sintió segura al entrar tambaleante en su diminuto hogar y cerrar la puerta de golpe.

CAPÍTULO 3

LA sensación de desengaño, cuando Janie despertó tarde el sábado por la mañana, era tan mal recibida como inquietante. Estuvo despierta la mitad de la noche, con la fatigada mente repitiendo cada palabra, cada gesto que habían interpretado, hasta que sintió que se volvía loca. Sí, se alegraba de haberse enfrentado a él, se dijo furiosamente una y otra vez durante la larga noche. Lo único que necesitaba ahora era olvidarse de todo, pero no podía. Aporreó su almohada con frustración, antes de dormirse al amanecer.

El agudo sonido del teléfono, cuando estaba sentada tomando una taza de café caliente, hizo que el corazón le saltara a la boca. «No seas tonta», musitó, furiosa, mientras alcanzaba el teléfono que estaba en la pared. No podía ser él. Claro que no sería él. Y no lo era.

—¿Janie? —la voz de Joe Flanders sonaba tan iracunda como nunca la había oído ella antes—. ¿Ya has visto los periódicos? ¿Qué locura te dio?

—¿Los periódicos? —preguntó ella débilmente, con el alma en los pies—. ¿Están muy mal?

—¡De lo peor! —vociferó su jefe—. ¿Vas a explicármelo?

—Desde luego —Janie aspiró hondo—. Es una historia muy larga.

—Debe de serlo —dijo Joe con ironía—. Estoy asombrado de que todavía vivas para contarlo.

—La expresión «circunstancias atenuantes» se puede aplicar aquí, Joe. Y realmente, lamento mucho haberte abandonado así.

—Estaba preocupado por ti —dijo Joe con más calma—. Muy preocupado. No estaba seguro de haber hecho lo correcto, dándole a él tus cosas, pero fue muy insistente.

—Me lo imagino —dijo ella con sequedad—. Mira, ¿te lo puedo explicar con más calma el lunes cuando te vea? Y lo lamento mucho, Joe. Todavía no me borres de tu nómina, por favor.

—No lo haré. Te veré en la oficina, entonces, pero si me necesitas antes, ya tienes mi número.

—Lo sé, gracias.

El fin de semana pasó lentamente, a pesar de una invitación a una fiesta excéntrica el sábado por la noche y una comida el domingo con una antigua compañera de colegio. Cuando Janie llegó el lunes a la oficina, se alegró de estar de nuevo en el alboroto de la turbulenta agencia de publicidad de Joe, a pesar del agotador ritmo.

Le resumió a Joe brevemente los hechos, antes de empezar el trabajo, y se sintió agradecida de que él se limitara a alzar las cejas y a mover la canosa cabeza. El día pasó con la intensa actividad de

siempre, pero incluso en los momentos más caóticos, una pequeña parte de su mente pensaba en un hombre moreno, muy alto, y la exasperaba tener esa falta de control. ¿Se pondría en contacto con ella nuevamente? Le dio rienda suelta a ese pensamiento en el trayecto del autobús de regreso a casa. Esperaba que no fuera así. Una punzada de sinceridad la obligó a cuestionarse esa afirmación durante unos instantes. Realmente esperaba que no fuera así. No quería volver a verlo en toda su vida. Pero él sí se pondría en contacto con ella. Recordó los titulares y las fotografías de los periódicos y se estremeció.

Una fuerte llamada en la puerta, cuando Janie empezaba a preparar su cena esa noche, le causó un pánico momentáneo, antes de criticarse con severidad. «Cálmate. No puedes actuar así indefinidamente». Probablemente fuera Annie, su vecina de al lado, para pedirle su llave de repuesto que guardaba en el apartamento de Janie. Siempre se le olvidaba su llave dentro.

Al abrir la puerta y alzar la vista para encontrarse con la fría y sardónica mirada de Kane Steel, advirtió que no estaba sorprendida; sabía que él no dejaría pasar las cosas mucho tiempo... no era ese tipo de hombre. Tenía que poner los puntos sobre las íes.

—Lo estaba esperando —dijo cuidadosamente, a pesar del golpeteo de su corazón—. Yo también he visto los periódicos. ¿Está solo? —medio esperaba que apareciera un abogado detrás de él.

—¿Puedo entrar? —interrumpió él.

—Supongo que sí.

¿Qué pensaría él de su diminuto apartamento?, pensó ella con desaliento al hacer un ademán para que entrara en la salita. Él casi llenaba la pequeña habitación, y ella reunió todo su valor para mirarlo a la cara, mientras sus sentidos registraban el olor de su loción para después del afeitado y los dedos de los pies se le encogían ante la indudable atracción de ese hombre. Estaba tan atractivo, pensó con desesperación al observar el tosco rostro, y no quería pensar así, de ninguna manera lo quería. Ese hombre estaba ahí probablemente para exigirle una compensación.

—Estoy aquí para decirle que tenía usted razón... en parte —dijo él inmediatamente— y estoy dispuesto a admitir que hubo ciertos errores en la forma en que Empresas Steel se apropió del negocio de su padre.

—Ah —eso era lo que menos esperaba ella y le borró todo pensamiento lúcido de la mente.

—Eso no justifica su vergonzoso comportamiento del viernes —continuó él con tensión—, cuyas repercusiones tendré que afrontar durante mucho tiempo.

—Ah, perdóneme —dijo ella con cálido sarcasmo—, pero comprenderá que ese pequeño detalle no me importa mucho, en vista del hecho de que por lo menos usted está presente para afrontarlo, a diferencia de mi padre —lo miró, furiosa.

—¿Comprende usted que todo fue absolutamente legal? —preguntó él con frialdad—. ¿Dentro de la ley?

—¿Legal? —repitió ella, como si le repugnara la palabra—. ¿Y supongo que eso hace que todo lo demás haya estado bien?

—Claro que no —repuso él—. Sólo quiero aclararlo para futuras referencias.

—Eso está muy bien para usted —Janie se sentó en el sofá, porque las piernas empezaron a temblarle—; pero no está en una junta directiva. ¿Puede hablar en lenguaje normal?

El se la quedó mirando un buen rato y luego soltó el aire entre los dientes con un lento silbido.

—Estoy nervioso —dijo con devastadora sinceridad—. Este es un terreno nuevo para mí... No estoy acostumbrado a reconocer que hemos hecho algo mal.

—Eso sí puedo creerlo —dijo ella con menos aspereza de la que hubiera querido. La rara franqueza era totalmente apaciguadora. ¿Pero quizá eso era lo que él esperaba lograr? Era un multimillonario acostumbrado a manipular a cientos de personas a su voluntad. ¿Qué oportunidad tenía ella contra una mente como ésa? La misma que su padre, pensó.

—No va a ceder ni un centímetro, ¿verdad? —de pronto, él le alzó la barbilla con una mano firme, mirándola fijamente a los ojos, moviendo la cabeza lentamente—Tiene los ojos grandes y sombríos, llenos de un odio cauteloso. Yo creía que las mujeres eran el sexo débil.

Ella tenía la boca seca y no pudo emitir las palabras que deseaba pronunciar. Humedeció sus labios con la lengua, consciente de que la aguda mirada seguía su ademán con los ojos entornados.

—¿Y qué es lo que va usted a hacer? —preguntó por fin, al soltarse de su mano—. Sé que está furioso conmigo. Lo publicado en los periódicos es tan malo como usted predijo; entonces, ¿qué viene ahora? —retrocedió un paso, sintiéndose un poco más segura con más espacio entre ellos—. Prefiero saberlo ahora, así no le molesta. No me gustan los juegos del gato y el ratón que a usted parecen divertirlo.

—¿De verdad? —las palabras brotaron de forma brusca y feroz, pero entonces pareció hacer un esfuerzo por controlarse, adoptando un gesto inexpresivo—. La cuestión es que, por las investigaciones que he hecho hasta ahora, es obvio que hubo ciertos errores en el

desarrollo de ese asunto, de naturaleza moral, ¿me entiende?

—Ah, lo entiendo perfectamente.

—Para su información, ésa no es la forma normal en que nosotros realizamos negociaciones, pero alguien fue demasiado entusiasta.

—¿Demasiado entusiasta? —repitió ella glacialmente—. Bueno, si usted le llama «entusiasta» a ejercer fuerte presión para que los bancos nieguen una extensión del préstamo y obliguen a cancelar contratos a medio firmar, está en un estado peor de deterioro moral de lo que yo creía. Su compañía echó a mi padre de su negocio, dentro de la ley, desde luego —agregó con sarcasmo—, y se quedó con el local por unos peniques. La Mafia no pudo haberlo hecho mejor.

—Una ligera exageración —dijo él con tensión.

—¿Y sabe usted quién estaba a cargo del asunto? —preguntó ella de pronto.

—Posiblemente —dijo él con un vago movimiento de la mano.

—Posiblemente —repitió ella, furiosa—. ¿Y qué va a hacer al respecto?

—Creo que eso puede dejármelo a mí —miró su rostro acalorado —. ¿Le gustaría discutirlo durante la cena? —preguntó sin ninguna expresión.

—¿Qué? —lo miró, atónita—. ¿Yo cenar con usted?

—¿Qué tiene eso de atroz? —preguntó él suavemente.

—Señor Steel, yo no volvería a cenar con usted, aunque fuera el último hombre del mundo —replicó ella—. Para empezar, no estoy muy segura de que no haya sido usted el que encabezó esa operación, y aunque no lo fuera, no creo que no tuviera ningún conocimiento del asunto por aquel entonces.

—¿Me está llamando mentiroso? —la profunda voz era aún más suave, pero con una frialdad que le congeló la sangre a Janie.

—Creo que eso es exactamente lo que he dicho, sí —la voz de ella era cortante—. Aprecio mucho que haya venido hasta aquí...

—Bueno, eso es algo, por lo menos —se acercó a ella de una zancada; su estatura se acentuaba más con el pesado abrigo que llevaba puesto—. ¿Qué tengo que hacer para que esa cerrada mente suya se abra aunque sólo sea un poco? —los ojos azules recorrieron su rostro indolentemente y ella aspiró hondo, al llegarle el sutil magnetismo que emanaba de él. Su rostro era perturbador, con una sensualidad cínica esculpida en sus duras líneas que era salvajemente atrayente, pero había algo más en su atracción que el aspecto físico. Era todo él en conjunto, pensó ella débilmente: el amilanador dominio de sí mismo, la feroz autoridad en cada mirada, en cada acción, que implicaba un completo dominio de cuanto lo rodeaba. Aquel hombre

era peligroso y ella no sabía cómo enfrentarse a él.

—¿Por qué molestarse, señor Steel? —dijo con toda la acidez que pudo—. Yo tan sólo soy una chica trabajadora común y corriente; no hay nada especial en mi persona.

—Está equivocada —la fría arrogancia era increíblemente exasperante.

Ella se encogió de hombros con toda la indiferencia que pudo.

—La mayor parte de las personas no estarían de acuerdo con usted.

—Entonces, la mayor parte de las personas es tonta.

Su expresión era imposible de adivinar y ella se lo quedó mirando un instante, tratando de evaluar los ocultos pensamientos de esa fría y analítica mente. Esto debía de ser alguna especie de trampa, pero ella no podía adivinar cuál.

Durante la hora de la comida, tomando un sandwich en la oficina, le preguntó casualmente a Joe qué clase de hombre creía el que era Kane Steel, y recordó la aguda expresión de preocupación que mostró el rostro de Joe.

—No es de tu clase —replicó inmediatamente—, aunque sí me sorprendería que él estuviera metido en ese asunto que me mencionaste. Esa no es la forma en que él trabaja. Es muy rudo, muy despiadado, sin pizca de remordimientos, pero es recto... por lo menos, creí que lo era —su jefe entornó los ojos con alarma—. No te intereses por él, Janie; está totalmente fuera de tu círculo. Además de su riqueza y de su poder, ese hombre es insaciable. ¿Sabes a lo que me refiero?

—¿Te refieres a mujeres?

—Definitivamente en plural —dijo Joe con sequedad—. Y ellas lo adoran. Todavía no lo he visto con la misma mujer dos veces.

—Ah —Janie bajó la vista a los papeles sobre su escritorio y apartó el sandwich, que de pronto no le supo a nada—. Tan sólo tenía curiosidad.

—Pues no la tengas —la voz de Joe era una dura advertencia.

La conversación se le había grabado profundamente y ahora, al mirar las rudas facciones, se preguntó por qué. Ella no lo conocía, no quería conocerlo. No le importaba si él tenía cinco o cincuenta mujeres tras él.

—Bien, pues aprecio que haya venido, señor Steel... —empezó a decir de nuevo, pero se interrumpió al ponerle él un dedo sobre los labios.

—Eso ya lo ha dicho —la profunda voz parecía de seda—. Se da cuenta, desde luego, de que tenemos mucho que discutir, ¿verdad? Además de su castigo.

—No, que yo sepa —lo miró agresivamente, retrocediendo un par de pasos—. Realmente no se me ocurre nada.

—Bien, para empezar, está la cantidad por la que fue comprado el negocio de su padre —él la observaba atentamente—. ¿Está enterada de las cifras?

—Realmente no —reconoció ella lentamente—. Desde luego, tengo los papeles en algún sitio, pero no los he examinado desde que él murió. Tan sólo observé que fue un regalo, pero creo que él llegó a un punto en que estaba agradecido de no tener que ir a la quiebra. Las cosas estuvieron muy feas en ese tiempo —lo miró acusadoramente.

—Pues tengo a gente trabajando en cifras más concretas —dijo él con calma—, y, desde luego, como hija suya, usted recibiría el pago.

—¡No quiero su dinero! —al advertir hacia dónde iba esa conversación, Janie se ruborizó y sus ojos horrorizados encontraron los fríos ojos azules—. Aquí no se trata de dinero... ¿Es eso lo que usted creía? Yo sólo quería decirle lo que pensaba de usted, eso es todo; pero no recibiría ni un centavo de su dinero.

—Si es un precio justo por la propiedad, realmente no es mi dinero, ¿no? —dijo él razonablemente—. Estamos hablando de lo que se le debía a su padre...

—Pero no puede darle a él lo que se le debía —dijo ella, acalorada —. Es demasiado tarde para eso. No quiero dinero. Quisiera a mi padre vivo y bien; pero eso es imposible.

—Sé que éste es un tema emocional, ¿pero no puede ser un poco más razonable?—dijo él con tirantez, al mirarlo ella con los ojos fulgurantes—. ¡Fue usted la que me ridiculizó a mí!

—Eso no fue nada comparado con lo que me habría gustado hacer. Y no quiero su dinero. ¿No puede entrarle eso en la cabeza? No puede comprarme para librarse de una conciencia culpable. Tendrá que vivir con eso —dijo ella con amargura.

—¡Por amor de Dios! —se apretó la cabeza con una mano y se dio la vuelta, furioso, caminando hacia la pequeña ventana que daba a la oscura calle—. Yo no hice nada; ya se lo dije.

—Sí, ya me lo dijo —ella no sabía qué era lo que la impulsaba a actuar así, pero sabía que era algo más que el viejo dolor por su padre. Más allá de eso, su mente se negaba a pensar—. Ahora, quisiera que se fuera usted, señor Steel.

—Desde luego —él se dio la vuelta, pero al hacerlo, tropezó ligeramente, como si el movimiento le hubiera hecho perder el equilibrio, y, nuevamente, ella registró cierta inestabilidad en su porte, que recuperó al instante, al cruzar la habitación, con el rostro congestionado de ira—. Es usted una joven muy exasperante, señorita

Janie Gordon —dijo él.

—No le diré lo que pienso de usted —replicó ella burlonamente, con una expresión de desprecio—; pero no es nada bueno.

Por un instante, él recorrió con la mirada el largo y sedoso pelo negro, la furiosa boca roja y los ardientes ojos oscuros y aterciopelados.

—No necesita hacerlo —dijo burlonamente, con una mirada sombría—, y como de todos modos me considera el más vil de los hombres, obraré como lo espera de mí.

Al aprisionar él sus delgadas muñecas con una gran mano bronceada, ella sintió la controlada fuerza del enorme cuerpo y advirtió que él no se había enojado, que eso sólo era un frío castigo a su desafío. Hizo un simulacro de resistencia, pero como ya había sentido el duro poder de esos brazos antes, sabía que era inútil.

—Usted es su peor enemiga. ¿No se lo había dicho nadie antes? —dijo él suavemente, al descender su boca sobre la de ella, en franca exploración.

Aunque su cuerpo se llenó de indignación ante las libertades que él se tomaba, otra emoción más insidiosa, aterradora, la sustituyó. El contacto de él era tan sensual, tan fascinador, que aunque ella luchaba por conservar sus defensas, él las barrió todas. «Es demasiado bueno en esto», pensó ella con desesperación. Él no usó ni un ápice más de fuerza de la que necesitaba para someterla, con los labios posesivos y eróticos, más que violentos; pero cuando ella sintió una electrizante explosión de calor a lo largo de sus extremidades, advirtió que él había anticipado su reacción. Era un hombre que conocía muy bien a las mujeres, pensó ella ciegamente, sabía cómo moldearlas a su voluntad.

Su mano libre había acercado su cuerpo al de él, con su brazo de hierro alrededor de su cintura, y la potencia de ese gran cuerpo apretado contra el blando de ella la hizo temblar de excitación y de miedo. ¿Cómo podía luchar contra él?, se preguntó desesperadamente, cuando todo su cuerpo y su mente estaban comprometidos en la lucha por no sucumbir completamente al placer que invadía todos sus nervios, todos los rincones de su cuerpo, con tembloroso ardor?

El beso debió de durar un par de minutos, pero cuando él la soltó, se sintió rara, casi drogada, y pasó un segundo o dos antes de que se recobrara lo suficiente para apartarse.

—Lo odio —dijo con una voz gruesa y temblorosa.

—Tal vez sí —al alzar ella la vista hacia él, esperó encontrar burla, tal vez desprecio, por la facilidad con que él había derribado sus defensas, pero el duro rostro era impenetrable—. Tal vez no.

—Pues sí —el alivio de las lágrimas era un lujo que no se podía permitir, no ahora, no delante de él, y se mordió el labio con tanta fuerza, que sintió el sabor de la sangre en su boca—. No quiero volver a verlo en toda mi vida.

—No puedo prometerle eso —dijo él suavemente, abriendo la puerta con fría arrogancia—. Tendrá que vivir con la esperanza, ¿no?

Al cerrarse la puerta detrás de él, ella cruzó el vestíbulo y echó violentamente el cerrojo, con manos temblorosas. Él era un ser despreciable, peor de lo que ella se había imaginado, un canalla insensible, sin un ápice de calor húmedo... Caminó de un lado a otro de su apartamento, con las manos sobre su ardiente rostro, antes de dejarse caer sobre la gastada alfombra, con un tembloroso grito. Lo odiaba; realmente lo odiaba. Él era todo lo que ella despreciaba en un hombre...

Los siguientes días le trajeron un poco de consuelo, con su misma rutina y normalidad, y al acercarse el fin de semana, Janie empezó a respirar con más libertad. Él ya no trataría de verla nuevamente, se dijo una y otra vez, cuando estaba sentada escribiendo tarjetas de Navidad, frente al cálido fulgor de su pequeña estufa de gas, mientras el viento lanzaba aguanieve contra la ventana, una helada tarde de domingo. Todo había pasado, terminado: un difícil y humillante episodio de su vida, en el que, analizándolo serenamente, ella había actuado con más ira que sabiduría, pero era algo que tenía que hacer. Asintió al cerrar el último sobre. Entonces, ¿por qué se sentía tan... rara?

Caminó de un lado a otro de la pequeña cocina y se preparó una taza de café bien cargado. No iba a dejar que ese asunto la afectara más. Regresó a la salita y encendió su televisión portátil. De inmediato, se llenó la habitación con las notas de Noche de paz, mientras un círculo de niños con ojos brillantes la miraba desde la pantalla.

Faltaban dos semanas para la Navidad. Miró la pila de tarjetas pensativamente. Desde que murió su padre, había pasado las dos últimas Navidades con la familia de su tía, la hermana de su madre, llegando allí la Nochebuena y quedándose hasta el primer día laborable después de Navidad. Realmente disfrutaba del cambio y el descanso con sus tíos y primos. Este año la habían invitado nuevamente, y lo esperaba con interés... Una de sus primas acababa de tener gemelos y estaba ansiosa por ver a los bebés. Y de regreso a la ciudad, tenía varias invitaciones para fiestas y para reunirse con sus

amistades. Era muy afortunada. Sí lo era. Y desde ese instante, iba a expulsar de su mente todo pensamiento acerca de cierto hombre y a continuar con su vida de siempre.

Una epidemia de gripe invadió la oficina a la semana siguiente, y en unos cuantos días, el personal quedó reducido a la mitad.

—Justo antes de Navidad —murmuró Joe, desesperado, al regresar el viernes por la tarde de una sesión de fotografías que le había salido muy mal y encontrarse con que faltaba otro empleado—. Supongo que no podrás trabajar este fin de semana, Janie, ¿eh? —agregó, esperanzado.

—Claro que puedo —dijo ella alegremente, sintiéndose un poco culpable ante el efusivo agradecimiento de Joe. Para ser sincera, el apartamento vacío la había deprimido los últimos días, sin que supiera por qué. El trabajo extra mantendría su mente ocupada y, además, le gustaba su trabajo. Trabajar con Joe siempre era interesante y con frecuencia divertido, y él era un buen amigo, además de ser su jefe.

El viernes siguiente, ella había trabajado doce días desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche, sin descanso, y empezaba a sentir la fatiga. El ritmo era aún más agitado que de costumbre, y, aunque algunos de los empleados originales habían regresado al trabajo, otros ocuparon su lugar en la lista de enfermos. El sábado hubo un caso especial en el que urgía que Janie se quedara en la oficina hasta medianoche y regresara al día siguiente a las siete de la mañana, así que cuando despertó el lunes con los ojos hinchados y un sordo dolor de cabeza, lo achacó al puro agotamiento, arrastrándose al trabajo con las piernas temblorosas.

El miércoles, día de Nochebuena, le parecía como un oasis en el desierto, y, aunque ella trató de convencerse de que podía aguantar otras cuarenta y ocho horas, el lunes a mediodía tuvo que reconocer que sus síntomas eran de gripe y regresó a casa en el coche deportivo de Joe, sintiéndose morir.

—¿Estarás bien? —Joe estaba parado en el pequeño vestíbulo, obviamente ansioso por regresar al caos de su oficina, y ella le hizo un ademán de despedida con la cabeza.

—Me tomaré unas aspirinas y me meteré a la cama —dijo débilmente.

—Bien, y quédate ahí hasta que te sientas mejor —dijo él, retrocediendo hacia la puerta—. No espero verte antes de que pase la Navidad. Tu aguinaldo está dentro de la tarjeta —puso un sobre grande sobre la mesita y se fue.

Janie se sintió peor al día siguiente. Se levantó de la cama a rastras para tomarse un té caliente y una aspirina, y se desplomó al volver a

la tibia cama, mareada.

La víspera de Navidad amaneció con el sonido de la helada lluvia contra los cristales de la ventana y la certeza de que de ninguna manera podía imponer su compañía a la familia de su tía, especialmente con los dos bebés recién nacidos. Le telefoneó a su tía para disculparse y pasó el resto del día semidormida, sintiendo una tremenda lástima por sí misma cada vez que emergía de su pesado letargo.

—¡Qué Navidad! —musitó al anochecer, cuando se arrastró de su cama a un sillón frente a la estufa, para sentarse envuelta en un enorme edredón, con una gran caja de pañuelos de papel y un sandwich de queso, que no tenía ánimos para comer.

Cuando sonó el timbre, le pareció que eso era el colmo. Lo ignoró dos veces, pero a la tercera, fue obvio que quienquiera que estuviera fuera podía oír su televisor y no tenía intenciones de irse.

—¡Maldición! ¡Maldición!… —murmuró, y se puso de pie, tambaleante, envuelta en el edredón y con un pañuelo de papel en cada mano. Vio su imagen en el estrecho espejo de cuerpo entero del vestíbulo, antes de abrir la puerta. ¡Qué facha! El pelo enredado, el rostro blanco, la nariz roja; no precisamente el espíritu navideño, pensó, haciendo una mueca a la pálida imagen que la miraba con los ojos enrojecidos. A menos que fuera una caricatura de uno de los enanos de Santa Claus. Y ella se sentía tan mareada, tan aturdida…

—Tengo aquí unos documentos que han redactado… —al abrirse la puerta, la conocida voz profunda sonó por encima de la cabeza de Janie, al mismo tiempo que su aturdida mente registraba el enorme cuerpo con un abrigo negro y un portafolio, parado en el vano de la puerta—. ¿Janie…?

Nada en el mundo pudo impedir que ella cayera en la terrible oscuridad que envolvió todo su cuerpo, y, al desplomarse en el suelo, una pequeña parte de su cerebro que todavía parecía funcionar normalmente advirtió que el rostro de Kane Steel era una imagen de horrorizada sorpresa y alarma, lo cual le produjo un instante de profunda y grata satisfacción a Janie, al saber que esta vez lo había dejado completamente desconcertado.

CAPÍTULO 4

JANIE recobró el conocimiento y se encontró sentada en el sillón, hundida en las profundidades del edredón, con el moreno rostro de Kane Steel a escasos centímetros de ella.

—Todo está bien. No tenga miedo —al hablarle suavemente la profunda y sonora voz en su oído, se le ocurrió a Janie que la única persona de quien tenía motivos para tener miedo era él, y la idea le causó una diversión casi histérica, mientras luchaba por controlarse—. ¿Cómo se siente? —preguntó él suavemente, mientras ella continuaba mirándolo, aturdida.

—Como si estuviera volviendo a la vida —susurró ella con sinceridad. Una carcajada de la televisión invadió la habitación y él indicó el aparato con una mano.

—¿Puedo apagarla?

—Sí, por favor —ella lo observó cuando apagó el televisor, observando el pelo negro reluciente, cubierto de diminutas gotas de aguanieve, el gran cuerpo y el duro y atrayente rostro. Su vitalidad y fuerza llenaban la habitación de energía y fuerza, y ella sintió un pánico instantáneo por su propia fragilidad. Se sentía vulnerable, débil y desdichada, y tenía que ser fuerte siempre frente a ese hombre. Él se aprovecharía de cualquier debilidad suya, iría directamente a su yugular, ella lo sabía. La compasión era algo que él no conocía. Tan sólo lo que Joe le había contado, lo que él le había hecho a su padre, todo...

Él interrumpió sus febriles pensamientos al regresar junto a ella y tomar su pequeña mano en la de él.

—¿Cuánto tiempo ha estado así? —preguntó suavemente.

Ella había olvidado la fijeza de su mirada azul, pensó mientras trataba de sacar una respuesta del caos que había en su mente. Debían de ser los ojos más asombrosamente hermosos que ella había visto: de un azul de hielo y casi sin fondo.

—¿Janie? —él le dio un leve apretón a su mano—. ¿Cuánto tiempo ha estado enferma?

—Desde el lunes —ella hizo un tremendo esfuerzo por despejar lo denso de su mente—. Sólo es una gripe. Todos la han tenido en la oficina.

—Ya veo —él se incorporó y se la quedó mirando un momento, antes de dirigirse a la diminuta cocina—. ¿Quiere té o café?

—No hay necesidad... —se detuvo bruscamente cuando él reapareció en el vano de la puerta, con las cejas alzadas sobre los ojos decididos—. Té, por favor —terminó débilmente.

—¿La ha visto un médico? —él había vuelto con dos tazas de té caliente, con una increíble rapidez, y al beber ella, agradecida, el líquido caliente, sintió el escozor de unas lágrimas en el fondo de los ojos, sin ningún motivo aparente. Era muy molesto estar tan débil cuando necesitaba ser fuerte.

—Claro que no —se echó los enredados rizos para atrás con una mano temblorosa—. Ya se lo he dicho, sólo es una gripe.

—No existe eso de «sólo es una gripe» —dijo él vivamente—. Puede tener muchas complicaciones. ¿Le duele el pecho? ¿Tiene dolor de oídos?

—Ah, por amor de Dios... —lo miró con disgusto—. ¿Arma tanto alboroto cuando usted se pone enfermo? En un par de días estaré como nueva. Ya me siento mejor, de hecho —mintió sin convencimiento.

—Pues está espantosa.

—Qué encantador —unas manchas rojas más profundas se unieron al febril rubor de sus pómulos—. Eso es justo lo que necesitaba oír.

—¿Quién la atiende? —él miró a su alrededor, como si esperara que alguien saliera de las paredes—. Su frigorífico está vacío... He puesto su última gota de leche en su té.

—Yo me estoy atendiendo —dijo ella—, y ahora ya puede irse. Realmente no puedo ver ningún documento ahora —agregó al ver su portafolio—. ¿Son hostiles o amistosos?

—¿Quiere decir que no hay nadie que la cuide, que le haga los recados y demás?—preguntó él, ignorando la última parte de sus palabras—. ¿Va a pasar la Navidad con algunos familiares?

—Iba a hacerlo —jugueteó con el borde del edredón sin alzar la vista—; pero entonces me dio la gripe y mi prima acaba de tener gemelos. No podía correr el riesgo de contagiarlos.

—Ya veo —él se puso de pie lentamente—. Así que en realidad está completamente sola, sin nada de comida en la casa y son las seis de la tarde, en la víspera de Navidad. ¿Y quién esperaba que la alimentara los siguientes días... Santa Claus?

—No hay ninguna necesidad de sus sarcasmos —dijo ella, al surgir en su interior la ira que él parecía despertar siempre—. De todos modos, no tengo nada de apetito.

Él movió la cabeza lentamente, mientras la miraba con una expresión en los ojos que ella no pudo interpretar.

—No creo que haya conocido a nadie como usted en toda mi vida —dijo él en voz baja—. ¿Nació así de difícil e independiente o tomó lecciones?

—Mire, yo no le pedí que viniera esta noche —dijo ella con rigidez

—, y cómo manejo mi vida es cuestión mía y de nadie más. No diría yo que usted esté en una posición de criticar los defectos de los demás, por lo menos no desde mi punto de vista.

—Sentada —dijo él, sin conmoverse por su arranque.

—¿Qué? —ella lo miró desconcertada.

—Tiene que quedarse sentada —dijo él brevemente—, y de ninguna manera voy a irme de aquí, dejándola sola en el estado en que está.

—No estoy en ningún estado —repuso ella, indignada—, o no lo estaba hasta que usted llegó —lo cual era una mentira descarada, pero en ese momento eso no le importaba a Janie—. Estaré perfectamente bien. Estoy caliente; tengo la televisión...

—Y nada de comida y nadie que la cuide —él la miró, impasible—. Ésta será ciertamente una Navidad memorable, ¿verdad?

Ella cerró los ojos por un instante, al invadirla una oleada de vértigo. Era por tener que alzar la vista para mirarlo, pensó con irritación. Él era verdaderamente el hombre más exasperante que ella había conocido... y el más atrayente. Abrió los ojos al llegarle ese pensamiento y se lo quedó mirando un instante con horror.

—Mire, hágame el favor de irse, ¿quiere? —dijo débilmente.

—Lo siento —él sonrió, imperturbable—. No puedo hacer eso. Ahora bien, ¿dónde está su cepillo de dientes?

—¿Mi cepillo de dientes? —debía de estar delirando, pensó con desesperación, pero le había parecido que él le preguntaba por su cepillo de dientes.

—Sí, su cepillo de dientes —dijo él con obvia paciencia—. De hecho, todos sus artículos de tocador y supongo que un camisón de repuesto. Debe de haber una maleta en algún sitio en su alcoba, ¿no?

Al buscar él con la mirada la puerta apropiada, ella soltó un chillido de pánico.

—¡Un momento! ¿Qué es lo que está sugiriendo? —preguntó débilmente.

—No estoy sugiriendo nada, Janie —dijo él con sequedad—. La voy a llevar a mi casa, desde luego.

—Ah, no lo hará —dijo ella con un destello de su antiguo espíritu combativo—. ¡Tengo gripe, no conmoción cerebral! No voy a ningún lado con usted.

—Me parece recordar que ya hemos tenido esta conversación antes —dijo él lentamente, señalando una de las puertas que salían de la sala—. ¿Es ésa la alcoba?

—¿Me va a escuchar? —ella se puso de pie con suma dificultad, dado que estaba envuelta en ropa que le impedía moverse, y se puso

frente al hombre, alzando su pequeño rostro hacia el de él—. Yo me las puedo arreglar perfectamente aquí y no tengo ninguna intención de volver a ir a su casa, especialmente en Navidad, cuando ya ha de haber hecho todos sus planes. Si quiere hacer algo aquí, será suficiente con que vaya rápidamente a la tienda de la esquina a por leche y algo más. ¿De acuerdo?

—Ya la he escuchado —dijo él con una expresión levemente aburrida—. Ahora, ¿dónde está su maleta? ¿O tal vez prefiera venir tal como está? y siéntese. Ya la he levantado una vez del suelo y es usted un peso muerto —terminó sin nada de galantería.

—Ah, es usted... un...

—Lo sé, lo sé —él sonrió burlonamente—. Usted odia el suelo que piso... sin embargo, se irá de aquí conmigo dentro de los próximos sesenta segundos... con o sin su permiso.

—Será sin —dijo ella con brusquedad, y él asintió lentamente, con los ojos azules fulgurando.

—Bien —él la alzó en sus brazos antes de que ella tuviera tiempo de protestar y, por un instante, la sorpresa combinada con su aturdida cabeza hicieron imposible que dijera nada—. ¿Están sus llaves en su bolso? —tomó el bolso de una mesita con un dedo, de camino hacia la puerta.

—Sí, pero...

—No más peros —la miró con seriedad y de pronto ella se dio cuenta de que su corazón latía aceleradamente, y no de ira, al advertir la fuerza arrolladora de ese hombre. Los fuertes y competentes brazos que la sostenían tan firmemente agotaban su voluntad de resistencia. Le sentaba bien que la cuidaran y, al cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra el duro pecho masculino, no percibió la tensión de la boca sensual, cuando él bajó la mirada sobre la cabeza de Janie. Era ridículo, era una locura y se arrepentiría amargamente cuando recobrara el juicio, pensó débilmente, pero en ese momento, la tentación de dejarlo a él tener el control era demasiado fuerte para resistirla. Ella se sentía agotada y confundida, y la idea de poder apoyarse en otra persona, aunque fuera un instante, era sumamente atractiva.

Él no dijo ni una palabra hasta que la instaló en el asiento posterior del Bentley, aunque ella captó el incrédulo rostro de Baines por un segundo, antes de que Kane la depositara muy delicadamente en el cálido interior del coche.

—Necesitaré las llaves para apagar las luces —dijo él con toda calma, al colocar el bolso en el regazo de Janie—. ¿Hay algún vecino a quien quiera que deje algún recado, para asegurarle de que no soy

un tratante de blancas o algo por el estilo?

—Todos están de vacaciones —dijo ella sin pensar, y él movió lentamente la cabeza, recorriendo con la mirada el rostro de Janie.

—¿Y usted iba a estar ahí totalmente sola durante los días de Navidad? —preguntó él con tono condenatorio.

—Bueno, no planeaba estar sola —dijo ella rápidamente—. Ya le he hablado... de los gemelos y todo lo demás —se enderezó bajo el pesado edredón—. De cualquier manera, puedo cuidarme sola.

—Sí, eso me pareció cuando la levanté de la alfombra —tomó las llaves de la mano de Janie y se volvió, cerrando la puerta del coche.

—¡Kane! —ella golpeó el cristal para llamar su atención y él volvió a abrir la puerta—. Mi cepillo de dientes y lo demás están en la ventana del baño —dijo en voz muy baja—, hay algo de ropa y una maleta en el armario de la alcoba.

—Bien —la voz de él no tenía expresión, pero el moreno rostro se mostraba satisfecho ante su rendición—. ¿Podemos dejarlo así ya? —preguntó suavemente, mientras seguía mirando al interior del coche.

—¿Qué? —ella lo miró, desconcertada.

—Kane —él la miró con picardía—. No vamos a volver a «señor Steel» cuando se recupere, ¿verdad?

Ella se lo quedó mirando un buen rato, antes de esbozar una leve sonrisa.

—No —reconoció de mala gana—. Ahora es Kane.

—Y yo que pensaba que estaba demasiado viejo para escribirle a Santa Claus —dijo él burlonamente—, pero el buen hombre se ha acordado de mí, de todos modos —él cerró la puerta antes de que ella pudiera replicar.

Se sobresaltó cuando Baines descorrió la división de cristal unos segundos después, y el hombre le pidió disculpas.

—Lo lamento, señorita, no era mi intención sobresaltarla. ¿No se siente bien?

—La gripe —ella le dirigió una débil sonrisa—. He estado bien todo el año y ahora, justo en Navidad...

—Siempre sucede eso, señorita, siempre —miró su pálido rostro con consideración—. Debería reclinarse y cerrar los ojos, señorita. Tiene usted muy mal aspecto.

Ella hizo lo que él sugirió, arrellanándose en el caliente edredón, con la fatigada mente suspendida temporalmente, y limitando su percepción a las sensaciones físicas: el calor, la comodidad y la relajación total.

Debió de dormirse unos minutos antes de que Kane regresara con su vieja maleta, porque se despertó con una sensación de

desorientación al entrar él al coche, con heladas gotas de lluvia pegadas a su abrigo y a su pelo.

—¡Qué noche! —se acomodó junto a ella y le indicó a Baines que arrancara—. Y mire lo que el viento nos ha traído —había algo profundo y suave en su voz, mientras sus penetrantes ojos recorrían el rostro de Janie y ella lo miraba con calma.

—Esto es muy amable de su parte —dijo ella después de un largo minuto, con las mejillas encarnadas.

—¿Lo cree usted? —preguntó él suavemente—. Realmente no lo es. No podía dejarla en estas condiciones y regresar a mi casa a comer una buena cena de Navidad, ¿verdad? —una sonrisa apareció en el vigoroso rostro, haciendo que el corazón de Janie se detuviera por un instante, para volver luego a latir aceleradamente. ¿Era éste el rostro que les mostraba él a sus mujeres?, se preguntó ella un momento después, cuando su corazón estuvo bajo control nuevamente. Si era así, ella no dudaba de la verdad de las palabras de Joe... Ellas lo amarían. La combinación de feroz masculinidad y tierna calidez era aterradoramente seductora, pero ella conocía el otro lado. Cerró los ojos, dejando que su mente siguiera, implacable. Su padre había experimentado de primera mano la despiadada dureza de ese hombre, directamente de él o a través de alguno de sus secuaces, que sin duda habían sido alentados a actuar como el gran hombre lo haría.

No debía olvidar el pasado. Ese pensamiento golpeaba en su mente, mientras el gran coche devoraba los kilómetros con facilidad. Todo el cuidado y la atención que él le prodigaba revelaban una conciencia culpable; eso en sí era una denuncia, y si ella olvidaba todo lo que le habían dicho y, más importante, todo lo que ella sabía, las consecuencias caerían sobre su propia cabeza. Sin embargo, ¿era él realmente tan despiadado como ella había creído? Durante los dos últimos años, sólo pensar en ese hombre era suficiente para hacerle hervir la sangre, pero ¿ahora? Le lanzó una mirada bajo sus gruesas y sedosas pestañas. Si la sangre le hervía ahora era por motivos muy diferentes. Y eso no era nada bueno. Nunca debió permitir que la convenciera de venir con él, pensó, con un súbito pánico. Estaba jugando con fuego.

—Está frunciendo el ceño de nuevo.

—¿Qué? —al abrir ella los ojos vio la burla en el rostro de él.

—Estaba pensando en mí, ¿no? —dijo él con sequedad—. Removiendo los fuegos de la ira y la recriminación, ¿verdad? ¿No puede simplemente recostarse y estar enferma y dejarme a mí hacerme cargo de todo? Le estoy ofreciendo la hospitalidad de mi casa por un par de días, hasta que pueda sostenerse en pie por sí misma;

eso es todo, se lo prometo. Haría lo mismo por cualquier persona.

—¿Lo haría? —preguntó ella, dudosa, y luego se ruborizó violentamente cuando él estalló en una feliz carcajada.

—Es usted única, ¿lo sabía? Tiene el rostro femenino más expresivo que conozco. ¿Es siempre tan cándida?

—Sí —ahora lo miró de frente, con los ojos de par en par en la penumbra—; siempre. Mi padre abogaba siempre por la honestidad, ya fuera en los negocios o en lo privado. Decía que, aunque a veces podía costarle a uno actuar de modo diferente a la larga costaba más al quitarle a uno la esencia del espíritu —el rostro de él se volvió severo, al ver la amargura en los ojos de Janie—. Pero, desde luego, usted no comprendería eso.

—Desde luego —dijo él con una voz cortante.

Ella esperaba que él se defendiera, que reiterara su inocencia, pero tras fijar los ojos azules, duros como una piedra, en el rostro de Janie, él se acomodó nuevamente en su asiento, con un profundo suspiro.

—Relájese, Janie —dijo, sin ninguna expresión en el rostro—. Sé exactamente lo que piensa de mí y me gusta que mis mujeres sean receptivas, si no dispuestas. Está usted absolutamente a salvo.

No volvieron a hablar hasta que el coche llegó al pie de los anchos escalones que conducían a la enorme puerta de la casa, y para entonces, Janie se sentía demasiado enferma para protestar cuando Kane la alzó en los brazos para sacarla del coche. La cabeza le latía con violencia y se sentía increíblemente fatigada. La breve actividad la había agotado más de lo que ella creía posible.

—La llevaré directamente al piso superior y la señora Langton la cuidará —dijo él en voz baja, al abrir Baines la puerta de entrada frente a ellos—. ¿Está bien?

Ella asintió, exhausta, y luego soltó una exclamación de asombro, al entrar Kane a la cálida casa. Un enorme árbol de Navidad dominaba el amplio vestíbulo, con las verdes ramas cargadas de esferas de cristal, espumillón y pequeños paquetes envueltos en papel dorado y rojo.

—¿Es natural? —él iba a la mitad del vestíbulo cuando ella habló y se detuvo para mirarla, sin ninguna expresión en el rostro.

—Ah, sí, complemente natural —dijo suavemente—. ¿Le gusta?

—Es precioso —por primera vez, Janie registró el hecho de que era realmente Navidad. El frenético ritmo de la oficina durante las dos últimas semanas y luego el ataque de gripe habían borrado la serena magia que ella sentía normalmente en esas fechas—. Absolutamente precioso —alzó la vista y vio que la severa boca sonreía levemente ante su franco deleite.

—Generalmente echamos la casa por la ventana en Navidad —dijo él sin ningún remordimiento—; pero ésta es una ocasión especial del año, ¿no? —los ojos de él se ablandaron al sostener la mirada de Janie —. Es tiempo de regocijo, de felicidad... ¿de perdón? —esta última pregunta ella no podía responderla, y al mirarlo en silencio, sintió que podría sumergirse en el azul de sus ojos. Su rostro estaba muy cerca y el aroma de su loción la acercó aún más—. Feliz Navidad, Janie —al rozar él ligeramente sus labios, ella sintió ese contacto como si la hubiera quemado, y la sacudida de su cabeza fue más por la sorpresa que de retirada, pero de todos modos fue violenta.

El apretó los labios ante esa reacción, pero en ese instante aparecieron la señora Langton y June, con exclamaciones preocupadas y pidiendo una explicación al ver que Kane llevaba a Janie hacia las escaleras.

—¿Están arregladas las habitaciones de huéspedes, señora Langton? —preguntó él sobre su hombro, mientras empezaba a subir la grandiosa escalera.

—Sí, señor, hay dos —replicó el ama de llaves detrás de él—. Le sugiero que ponga a la señorita Gordon en la suite de color malva. Como da al jardín, es más tranquila que otras.

—Sí, eso me parece ideal —llegaron a un amplio rellano, para seguir subiendo más escaleras. En el piso siguiente, Kane dio la vuelta hacia la derecha y esperó a que la señora Langton abriera una gran puerta tallada de roble, que reveló una lujosa sala, decorada en varios tonos de malva, con una enorme televisión, sillones suavemente tapizados y varias mesitas. Él atravesó esa habitación y entró en la siguiente, que mostraba dos anchas camas matrimoniales, un armario que ocupaba toda una pared y pesadas cortinas de terciopelo, que la señora Langton corrió rápidamente, contra la lluvia de fuera. Había una sensación general de confort y lujo que iba más allá de lo que Janie podía imaginar.

—La señora Langton la acomodará y luego veremos lo de la comida —dijo Kane brevemente al colocar a Janie con cuidado en un gran sillón de mimbre, mientras el ama de llaves y la doncella hacían rápidamente la cama, encendiendo la manta eléctrica. Luego, le ayudaron a Janie a quitarse el edredón, una vez que Kane salió de la habitación.

—Qué lástima, señorita, siendo la víspera de Navidad —dijo June, al deslizarse Janie bajo las mantas.

Una definitiva sensación de irrealidad hacía que la cabeza le diera vueltas a Janie, abrumada por el súbito cambio en sus circunstancias. La amplia habitación era la última palabra en comodidades y ella

estaba aturdida ante la idea de que tanta opulencia fuera algo común y corriente para él.

¿Por qué se le había ocurrido abordarlo aquella fatal tarde?, pensó, aturdida, mientras se sentía invadida por oleadas de fatiga. ¿Por que no se había conformado con odiarlo de lejos? Sería mucho mejor, mucho mejor... No se dio cuenta de que se había dormido, cuando la señora Langton le preguntó algo sobre la comida, ni se dio cuenta de cuando las dos mujeres salieron de la habitación; no se daba cuenta de nada...

—¿Señorita Gordon? —Janie emergió del fondo del sueño, sintiendo las extremidades como de plomo y una sensación confusa en la cabeza que le impedía pensar—. Debe tratar de comer algo y luego la dejaremos en paz —la señora Langton y June estaba de pie a un lado de la cama y la doncella llevaba una bandeja con un tazón de sopa caliente y dos panecillos, junto con un pequeño vaso de zumo de naranja fresco.

—¿Qué hora es? —Jane luchó por sentarse y miró a su alrededor, mareada y con la cabeza a punto de estallar.

—Son las nueve —replicó el ama de llaves—. Ha dormido usted como una hora, pero el señor Steel quiere que trate de comer algo ates de que se prepare a dormir toda la noche.

Janie nunca había tenido menos ganas de comer que entonces, pero bajo el ojo avizor de la señora Langton logró tragar unas cuantas cucharadas de sopa y medio pan y terminarse el vaso de jugo de naranja.

—Muy bien —al retirar la señora Langton la bandeja y ayudarla a volver bajo las mantas, Janie se sintió como una niña nuevamente; el ama de llaves era realmente formidable.

Cuando la mujer salió, Kane entró en la habitación. Se había cambiado y ahora llevaba ropa informal; estaba increíblemente alto y atractivo con un grueso jersey claro y unos pantalones color crema, que hacían que su piel pareciera aún más bronceada. Ella se sentía pegajosa, mareada y aturdida y no le ayudaba ver ka vitalidad y salud de Kane.

—¿Ha logrado comer algo? —dijo él con aprobación —Pensé que si le enviaba yo a la señora Langton para el primer ataque, podría resulta. Poca gente puede negarse cuando ella está decidida.

—Me lo imagino — convino Janie con debilidad

—Pero tiene un corazón de oro —continuó él, acercando una silla junto a la cama y sentándose con las piernas cruzadas — Crió a seis hijos ella sola, cuando murió su marido, dejándola viuda a la edad de treinta y dos años, y ahora todos ellos están muy bien y son

independientes.

—Ah – su cercanía le producía cambios en la temperatura de su cuerpo que la preocupaban; de estar temblorosa había pasado a sentir un calor que estaba segura se reflejaba en su nariz y en las mejillas encarnadas.

—Está muy pequeña y muy vulnerable ahí —dijo él de pronto, al posar la vista sobre el acalorado rostro—, y muy hermosa.

—¿Hermosa? —su rostro expresó su incredulidad—. Estoy toda desaliñada.

—Una hermosa desaliñada —la voz de él era profunda, suave y seductoramente cálida, y ella sintió un estremecimiento desde la espina dorsal hasta los dedos de los pies—. ¿Quién iba a pensar que pasaría yo la Nochebuena sentado en una silla al lado de su cama? —dijo él perversamente.

—Nadie, realmente —dijo ella con sarcasmo, tratando de dominarse—. Supongo que en la cama sería lo más usual para usted.

—¿Eso cree? —él se enderezó en la silla y la miró con frialdad—. ¿Ha estado oyendo historias acerca del lobo feroz? —su sonrisa no llegaba a sus ojos—. ¿Cómo me tiene catalogado? ¿Como un secuestrador de doncellas?

—No sea ridículo —la conversación estaba escapándose del control de Janie y ella buscó rápidamente una salida—. No tiene por qué quedarse aquí. No quiero echarle a perder su Navidad —agregó débilmente.

—Me gusta estar aquí —él le tocó una ardiente mejilla con su fresca mano—. Pero no estoy seguro de que no debería llamar a un médico.

—¡De ninguna manera! —ella apartó la mano de él con irritación —. Esto normalmente sólo dura cuarenta y ocho horas, pero yo estaba bastante fatigada cuando me dio. Estaré perfectamente bien mañana.

—Lo dudo —él alcanzó una pequeña estantería que había cerca de la cama y sacó una novela antes de sentarse nuevamente—. Entonces, duérmase como una buena chica —dijo tranquilamente, abriendo el libro.

—No puedo dormir con usted sentado ahí —dijo ella, estupefacta, mientras el estómago se le contraía ante esa idea.

—¿Por qué no? —él la miró con los ojos entornados.

—Porque no es... no puedo —se detuvo bruscamente—. Simplemente no puedo, eso es todo.

—No sea tan mojigata —dijo él, mirándola fijamente—. ¿Qué cree que voy a hacer? ¿Saltar sobre usted en cuanto esté dormida?

—Claro que no —ella no habría creído que su rostro podía

acalorarse más, pero así fue—. Simplemente no creo que sea necesario.

—Pues yo pienso que sí —dijo él, imperturbable—. Ya se ha desmayado una vez, está muy caliente y febril y no me iré de aquí hasta que esté seguro de que está bien. Ahora, duérmase.

—¿Siempre es tan testarudo? —preguntó ella, furiosa, al bajar él la vista nuevamente al libro.

—Siempre —dijo él sin levantar la cabeza. Ella se lo quedó mirando, sin saber qué más decir. El grueso pelo negro era realmente negro, pensó inconsecuentemente, al notar un fulgor azulado bajo la luz artificial. Eso era poco usual, con unos ojos tan azules y tan serenos.

—¿Son sus padres irlandeses? —preguntó ella de pronto.

—¿Mis padres? —ella lo había sorprendido, pensó Janie, jubilosa, al alzar él la vista—. No comprendo.

—Por su colorido —explicó ella—. No es común encontrar un pelo tan negro con unos ojos tan azules.

—Mi madre es irlandesa —dijo él después de un rato—. Cúlpele a ella de eso. Mi padre es tan inglés como el que más.

—¿Y todavía viven? —preguntó ella con curiosidad.

—Vivitos y coleando —la dulce sonrisa que ella había visto antes apareció brevemente—. Pero ahora viven en Francia. Mi padre sufre de artritis y le sienta mejor el clima suave de Provenza. Probablemente los conozca mañana —terminó él—. Van a quedarse aquí unos cuantos días.

—Entonces, ¿usted no heredó todo esto? —si ella hubiera estado completamente despierta, probablemente no habría hecho esas preguntas tan impertinentes, pero el soporífero calor, combinado con la irrealidad de la situación, parecían colocarlos en un plano diferente.

—En parte —él no parecía perturbado por su curiosidad—. Mis abuelos maternos eran muy ricos y dejaron todas sus posesiones divididas en partes iguales entre mi hermano y yo. Cuando ellos murieron, descubrí que tenía aptitudes para los negocios, a pesar de una muy adecuada educación universitaria, que decidí ignorar. El resto es historia.

Ella asintió. Sentía los párpados muy pesados... los cerraría unos instantes. Al hacerlo, él se puso de pie, apagó la luz principal y encendió una pequeña lamparita de noche, girándola de modo que le diera la luz a su silla.

—Buenas noches, Janie.

Ella sintió que él rozaba sus labios pero fingió que estaba dormida, mientras sentía los fuertes latidos de su corazón en su garganta, y

hubo un largo rato de silencio antes de que lo oyera sentarse de nuevo en su silla. Entonces se durmió.

CAPÍTULO 5

CUANDO Janie despertó a la mañana siguiente, encontró la habitación vacía y notó que se sentía mucho mejor. Se estiró con cuidado en la gran cama tibia, sintiendo alivio al descubrir que los dolores que había tenido en todo el cuerpo los últimos días, eran sólo un recuerdo desagradable.

El cortés toquecito en la puerta y la entrada de June fueron simultáneos, y al ver la joven doncella que Janie luchaba por sentarse en las lanudas profundidades de la cama, sonrió jubilosamente.

—Qué bien, ya está despierta, señorita —dijo con entusiasmo, dejando una taza de té sobre la mesilla junto a la cama, para ir a descorrer las pesadas cortinas—. El señor Steel dijo que le bajó la fiebre anoche, cuando él salió de su habitación, y que estaba usted durmiendo como un bebé. Mi madre siempre dice que el sueño es la mejor medicina que ella conoce.

—¿Eso dice? —Janie sonrió a la joven cuando ésta regresó junto a la cama—. Yo creía que usted se iría a su casa para la Navidad, ¿pero tal vez el señor Steel la necesitaba?

—Ah, no, señorita; él dijo que podía tomarme una semana, si quería —dijo June rápidamente—, pero somos diez de familia en la casa, en un apartamento de tres habitaciones, y es la muerte. Prefiero mil veces estar aquí. Allí tengo que compartir una alcoba con tres hermanas pequeñas y usted sabe lo que son los niños. Aquí, tengo mi propia habitación, con televisión y cuarto de baño... Me encanta —sonrió con aire culpable—. Suena terrible, ¿no? Pero quiero mucho a mis padres.

—Estoy segura de que así es —la consoló Janie.

—Una vez que termina la cena de Navidad, cada cual de la familia está libre de hacer lo que le plazca —continuó charlando June, colocándole los cojines a Janie y pasándole la taza de té—. Mi novio vive a medio camino del siguiente pueblo. Iré para allá más tarde.

—Obviamente, a usted le gusta trabajar aquí —dijo Janie calmadamente.

—Ah, sí, me encanta —dijo June con entusiasmo—. El señor Steel es un patrón fabuloso y es una casa feliz. No como algunas de las casas donde trabajan mis amigas. Las cosas que podría yo contarle... —alzó unos ojos expresivos al techo.

Janie estaba desconcertada por sentirse molesta ante las efusivas alabanzas. Nunca se consideró de mentalidad estrecha, y era irritante reconocer que sería más feliz si le dijeran que Kane era una especie de

ogro en su hogar. «¿Qué diablos me sucede?», pensó, al salir June rápidamente para traerle el desayuno. Ella no solía ser grosera ni quejumbrosa. Desde luego, ese hombre debía de tener sus cosas buenas; hasta los peores villanos de la historia tenían algo bueno.

Era como si la atemorizara aceptar que él tenía un lado emotivo, siguió trabajando su mente mientras sorbía el té caliente y dulce, porque eso podría abrir puertas que ella prefería mantener cerradas. ¡Claro que no era eso! Repudiaba la sola idea, y si no dejaba de hacerse esos interrogatorios rigurosos cuando pensaba en él, se volvería loca. Al parecer, se quedaría allí por lo menos ese día, debido a circunstancias completamente ajenas a su voluntad, así que lo lógico era tomar cada minuto, cada hora, como viniera, y tratar de salir ilesa de la guarida del león.

—Buenos días —era el rey de la selva en persona y el rostro de Janie se ruborizó furiosamente al verlo de pie, indolente y atractivo, en el vano de la puerta—. Me asomé antes, pero todavía dormía —continuó él, entrando lentamente a la habitación—. Hace un día precioso; se ha acabado la tormenta.

—¿De verdad? —«no la tormenta que ruge dentro de mí», pensó ella sin aliento, al acercarse él a la cama—. ¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Ahora son las diez, así que calculo unas trece horas —dijo él ligeramente—. Tiene mucho mejor aspecto hoy. ¿Cómo se siente?

—Muy bien —ella sonrió tímidamente—. Todavía no puedo creer que estoy aquí, realmente.

—Tampoco yo —la voz de él era profunda y serena, sin señas de diversión en el semblante—. ¿Lo lamenta?

Ella se lo quedó mirando, mientras pensaba en cómo responderle. Sí, lo lamentaba, con cada fibra de su ser. Estaba en una situación que parecía escaparse de su control, y saberlo era aterrador. Se sentía atraída hacia él físicamente de un modo que nunca había experimentado antes, y cada latido excitado de su corazón, cada temblor de su estómago, eran una brutal traición a su padre, la peor clase de deslealtad que podía existir.

—Kane...

—No, no lo diga —él alzó una mano y una expresión de seco cinismo reemplazó la extraña mirada de espera que fulguraba en sus ojos—. No quiero que me mienta, y la verdad sería demasiado desagradable. De todos modos, su rostro lo revela todo y ya estoy apropiadamente castigado —ella no entendía la lacónica burla y se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos, mientras él se sentaba en el sillón que había ocupado la noche anterior—. Y no ponga ese gesto

tan trágico, cariño; es un cambio refrescante ser el cazador en vez del cazado.

—¿Cómo? —ella debía de haber perdido el hilo de la conversación en algún punto, pensó, escuchando a medias la lenta voz, mientras luchaba por dominar lo que su cercanía le hacía a su cuerpo.

—Tómese su té —señaló con la cabeza la taza medio llena en las manos de Janie—. June le traerá un desayuno ligero en un momento y la comida es a la una. ¿Cree que podrá bajar para comer?

—Claro que sí —el inmaculado aspecto de Kane la hacía sentirse aún más desaliñada, y alzó una mano hacia su despeinado pelo—. Trataré de estar un poco más presentable.

—Está perfecta tal como está —se inclinó hacia adelante y acarició la sedosa curva del rostro de Janie con un dedo—, mi pequeña prisionera —al acercarse él más, ella comprendió de pronto, avergonzada, que había estado esperando que él la besara desde el momento en que entró en la habitación y, cuando sus labios tocaron los de ella, lo que iba a ser una suave caricia se volvió rápidamente algo apasionado y feroz. Ella oyó un profundo gemido de Kane al rodearla con sus brazos y acercarla más a él. Luego, él se sentó en la cama, con el cuerpo de ella moldeado contra el suyo, y la boca de él devorando la de ella. Lo peor de todo era que ella no quería que él se detuviera, pensó con horror. Sabía que era su reacción lo que encendía ese fuego en él, pero no podía ocultar el efecto que él le hacía.

Fue el sonido de alguien que llamaba a Kane desde abajo lo que detuvo esa locura e hizo que el cuerpo de él se pusiera rígido por un instante, antes de que se parara bruscamente y saliera de la habitación sin decir una palabra. Ella se quedó mirando la puerta, con todos los sentidos agitados y el cuerpo encendido de vergüenza y humillación. ¿Cómo había podido? ¿Cómo había podido hacer algo así?, se preguntó, atónita. Ella no solía caer en los brazos de un hombre con tanta facilidad, aunque él nunca creería eso ahora, pensó. Tres años en el ambiente de libertad de la universidad habían hecho que ella evaluara su código moral personal a muy temprana edad. Algunas de sus amigas sí solían entrar y salir de la cama con sus novios, pero Janie sabía que eso no era para ella. Ella no podría entregarse y luego irse con una sonrisa, sin nada de remordimiento... Ella no era así. Y una vez que estuvo de acuerdo con sus sentimientos, había sido fácil vivir su vida consecuentemente. Pero por otro lado, nunca había conocido a nadie como él; nunca había conocido a un hombre que poseyera tal poder sensual.

—Aquí estamos, señorita —June entró alegremente en la habitación, con el lindo rostro radiante, y Janie forzó una rápida

sonrisa, mientras tomaba la bandeja con pan tostado, huevos revueltos y zumo de naranja fresco.

—Tiene buen aspecto, gracias —dijo Janie.

—La señora Langton no ha querido echarle a perder el apetito para la cena, así que esto no es mucho. ¿Desea usted que llene la bañera mientras come o prefiere una ducha?

—Creo que prefiero darme un baño, gracias —dijo Janie. La idea de dejar en el agua tibia y perfumada los efectos de los últimos días era irresistible.

—Y tiene mucha razón —al salir la joven al cuarto de baño adjunto, Janie le dio un mordisco al pan tostado y reflexionó que había algo bueno en esa vida confortable, especialmente cuando estaba uno recuperándose de una gripe. Tendría que estar en guardia, pensó irónicamente. Toda esa situación era una tentación muy grande para una trabajadora común y corriente como ella. Porque eso era todo lo que era ella. Fuera lo que fuera lo que había impulsado a Kane Steel a visitarla la otra noche, un deseo de venganza o tal vez esa extraña atracción física que era demasiado real para negarla, de ninguna manera podía funcionar una relación amorosa o sexual entre ellos. Ni siquiera una relación de amistad. El pasado era demasiado doloroso y él no era el hombre adecuado para una chica como ella, eso lo sabía. En su mente apareció la vivida imagen de la etérea rubia con quien lo había visto aquella primera noche. Ella no tenía ni el físico deslumbrante, ni la riqueza, ni el aplomo para competir con esa clase de bellezas. ¡Ni deseaba hacerlo! Él podía ser el hombre más atrayente que ella había conocido, pero su lado más sombrío eclipsaba por completo ese hechizo fatal, y en eso era en lo que ella tenía que concentrarse.

Ella probablemente había herido el poderoso orgullo que era parte esencial de un hombre como aquél, pensó más tarde, sumergida en el agua tibia, entre una nube de costosas burbujas perfumadas. Había sido una guerra declarada entre ellos desde el momento en que se conocieron, y quizá ese interés que él parecía tener en ella era un intento de someterla a su voluntad, de forjar un vínculo que él pudiera utilizar para someterla y domarla. Sí, eso era. De pronto, se incorporó en el agua. Claro que era eso.

—Pues no funcionará, señor Steel —dijo en voz alta—. No soy ninguna tonta y no me trago esos modos tan suaves de abordarme.

Al salir de la bañera, se miró en el gran espejo que cubría toda una pared. «No está mal», pensó con analítica imparcialidad, «pero no hay nada que enloquezca a un hombre apasionado, ¿o sí?» Especialmente, no a un duro y despiadado multimillonario, con gusto para las mujeres

y un estilo de vida que podía figurar en las revistas más lujosas.

Se vistió lentamente, descubriendo que estaba más temblorosa de lo que pensaba, y se secó el pelo, sentada ante el enorme tocador, dejándolo caer en suaves y sedosos rizos sobre los hombros. El vestido que Kane le había traído era uno de lana ligera en un tono suave de dorado, que ella había comprado hacía poco, y el elegante corte la hacía parecer más alta y más delgada.

—Me costaste una fortuna —le dijo a la dorada imagen del espejo —, pero valió la pena —cerró los ojos un instante, porque la cabeza le daba vueltas, y luego se despejó. Cuando llegara a casa esa noche, se quedaría descansando un par de días, hasta que estuviera completamente repuesta. Con tal de que pudiera pasar las siguientes horas, sin exponerse a un desastre...

—Janie... —a ella le pareció eterna la bajada de la escalera y trataba con toda su fuerza de voluntad de dominar el miedo a ser intimidada. Ésa era sólo una casa, él era sólo un hombre, su familia eran sólo personas de carne y hueso... Kane se acercó a ella de inmediato, al entrar ella titubeando en la sala—. Me alegro de que nos acompañes, pero estás muy pálida; ven y siéntate junto al fuego de la chimenea y te presentaré a todos.

Al primer vistazo, le pareció a Janie que el enorme salón estaba lleno de gente, pero una vez que estuvo sentada con una copa de jerez en la mano y Kane se sentó en el brazo del sillón, junto a ella, advirtió que, además de Kane, sólo había otros tres adultos y dos niños pequeños.

—Mis padres —Kane señaló a la agradable pareja mayor que estaba sentada en un sofá para dos personas, frente a ella—, y los dos angelitos que están en el rincón, no son tan angelicales cuando los conoces bien —les sonrió a los niños y ellos le correspondieron de inmediato con otra sonrisa—, Christopher y Charlotte, y su madre, Tina, la familia de mi hermano —Tina asintió con la cabeza, sin sonreír, mostrando en su indiferente rostro la adecuada cantidad de reserva para recordarle a Janie que era una extraña allí.

Los padres de Kane fueron amables y amistosos, incluyéndola en la conversación general, como si los conociera desde hacía mucho tiempo. Charlaron sobre variados temas y jugaron con los niños, que estaban muy bien educados, para ser tan pequeños.

—¿Hace mucho que conoce a Kane? —preguntó de pronto Tina, mirando a Janie directamente por primera vez, con los maquillados ojos azules tan penetrantes como acero afilado. La pregunta tomó a Janie por sorpresa y, al mirar de frente el impecable y aristocrático rostro, enmarcado por un halo de brillante pelo rubio, con un

exquisito y costoso corte, se dio cuenta bruscamente de que la mujer de Keith le había tomado una aversión instantánea.

—No, no mucho —replicó con calma, sosteniéndole la mirada sin acobardarse, hasta que la otra mujer bajó la vista a la copa de vino que tenía en la pálida y cuidada mano.

—¿Dónde se conocieron? —Tina volvió a alzar la cabeza, tomando un sorbo de vino, haciendo que los pendientes de diamantes de sus orejas fulguraran a la luz del sol que entraba por las ventanas—. Kane se mueve en toda clase de ambientes, ¿no es así, querido? —su mirada no se suavizó al posarse en el sombrío rostro de su cuñado.

¿Qué estaba pasando allí?, pensó Janie con curiosidad, al sentir que Kane se ponía rígido a su lado. Cuando abrió la boca para responder, Kane se le adelantó y su rica y profunda voz se oyó imperturbable y serena, con una levísima irritación, al mirar directamente el bello rostro de Tina.

—Nos conocimos en una conferencia —dijo con toda calma—, hace como tres semanas, ¿no es así, querida? —al bajar la vista hacia Janie, ella lo miró un buen rato con asombro. ¿Querida? ¡Querida!—. Y luego, cuando Janie se puso enferma, me pareció lógico que pasara unos días aquí —la dura mano de Kane le advirtió a Janie que se mantuviera callada.

—Eso me parece muy bien —dijo su madre sosegadamente—. Usted vive sola, ¿no, Janie?

—Sí —le sonrió al arrugado pero encantador rostro frente a ella, agradecida por la distracción. Más tarde hablaría con Kane acerca de ese asunto de «querida» y la impresión que él parecía querer darle a su familia de sus relaciones con ella. ¿Cómo se atrevía a actuar como si ella fuera su novia?

Al regresar la conversación a temas más inofensivos, Janie fue consciente de la dura mirada de Tina posada sobre ella, y al volverse a mirarla a los ojos, vio que éstos estaban llenos de hostilidad, mientras recorrían lenta y deliberadamente su cuerpo, como si calculara mentalmente el precio de su vestido y de su peinado. Al torcerse la fina boca a un lado en un obvio ademán despectivo, Janie sintió que se ruborizaba ante el decidido rechazo. «Qué mujer tan desagradable», pensó, furiosa, al volverse para contestar algo que le había preguntado la madre de Kane. Cuanto antes saliera de ese sitio, mejor. No se dio cuenta de que un segundo par de ojos glaciales había observado ese pequeño intercambio.

—¿Pasamos al comedor? —preguntó Kane llanamente, después de unos minutos, y Janie advirtió que, al salir los demás de la sala, Kane se inclinó y le murmuró algo al oído a Tina, que hizo que el remoto y

frío rostro de la rubia se congestionara, antes de regresar junto a Janie y tomarla del brazo para seguir a los demás.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Janie directamente, deteniéndose un segundo en el enorme vestíbulo, después de que los demás desaparecieron en el comedor—. Era algo acerca de mí, ¿verdad?

—Qué ojos tan penetrantes tienes —dijo él, indicando el comedor con una mano—. Vamos.

—¿Qué es? —persistió ella, con obstinación, sin moverse—. Quiero saberlo.

Él la miró con una mezcla de exasperación y diversión, con los ojos azules muy brillantes, y suspiró exageradamente, moviendo la cabeza.

—Qué obstinada eres, corazón —la cálida e indolente voz hizo de las palabras un cumplido en vez de un insulto—. Veo que no podré escaparme de nada —ella no respondió, sólo se lo quedó mirando hasta que él se inclinó con fingida capitulación—. Sí, fue acerca de ti —dijo lentamente—. ¿Satisfecha?

—No —ella sostuvo su mirada con desafío—. No me has dicho qué.

—Sólo le advertí a la dama que mantuviera su ácida lengua bajo control en lo que a ti se refería —dijo suavemente—. Le sugerí que podría echar a perder el ambiente festivo, si me viera forzado a mandarla de regreso a su casa; eso fue todo.

—¿Eso fue todo? —Janie recordó el frío y superior rostro de Tina y sus bellos e hirientes ojos y sintió un momentáneo respeto por el temple de Kane—. Pues es bastante. Ella es muy intimidadora, ¿no?

—¿Tina? —él pareció asombrado—. Es sólo una chica malcriada, que todavía tiene que aprender lo que es la vida, a pesar de ser una viuda con dos hijos. El mundo está lleno de gatitas aviesas como ella, Janie. Por desgracia, mi hermano se enamoró de ella y por lo tanto... —se encogió de hombros—. Pero conmigo, obedece o sufre las consecuencias.

—Ya veo —Janie no supo qué más decir.

—¿Asunto concluido? —preguntó él, y ella asintió de inmediato—. Bien. Entonces vamos; sin duda la señora Langton estará impaciente porque no estamos listos. ¡Ella sí que es una señora tremenda!

Al entrar en el comedor, con la mesa bellamente decorada en colores festivos de verde, rojo y dorado, Janie pensó en lo astuto y perspicaz que era Kane. Ella no creía que los demás hubieran notado el antagonismo de Tina, pero él sí, al instante, y al instante se había encargado del asunto. ¿Cómo podía ella creer que él no había tenido nada que ver con la desastrosa transacción de su padre o que no había tenido por lo menos conocimiento de las despiadadas negociaciones? La adquisición del negocio de su padre había permitido que toda la

manzana pasara a ser propiedad de las Empresas Steel, lo cual fue un negocio muy importante, lo bastante importante como para costarle la vida a su padre. Sin embargo, ¿cómo podía él mentirle tan impasiblemente? Lo miró furtivamente, al sentarse en la mesa. Ella no lo sabía; simplemente no lo sabía. Advirtió, al sentarse Kane, que se movía torpemente y algo como un flechazo de dolor pasó por el vigoroso rostro por un breve instante. Su madre, sentada a su derecha, le puso una mano en el brazo con una pregunta silenciosa y él le sonrió al sentarse, dándole unas palmaditas en la mano, moviendo lentamente la cabeza.

¿Otro misterio? Janie sintió una irritación momentánea. ¿Es que nadie en esa familia decía francamente lo que sentía?

—¿Janie? —ella se dio cuenta de pronto que el padre de Kane le había estado hablando y ella no había oído ni una sola palabra.

—¿Perdón? —le sonrió, disculpándose.

—Le pregunté cómo le va en el trato con este hijo mío —dijo él pausadamente—. Debe tener cuidado con él, ¿sabe?

—Sí —la firme voz de Janie mostraba más sinceridad que tacto y el señor parpadeó ante su vehemencia—; lo sé.

—Bien —él reaccionó rápidamente—; muy bien.

—Podrías decir que he encontrado al fin la horma de mi zapato —intervino Kane con un tono sardónico y divertido—. ¿No es así, cariño?

Al encontrar los ojos de Janie los de él, ella vio que aunque su semblante era risueño, el sombrío fuego que ardía en los duros ojos no tenía nada de diversión. Él había oído la charla y no le había gustado, conjeturó Janie. Mejor. Así él había recibido el mensaje. Ella se encogió de hombros levemente sin contestar y se volvió hacia su padre para preguntarle qué edad tenían los niños. Los había llevado a la parte alta la muy eficiente June mientras Tina anunciaba que «era demasiado cansado tenerlos comiendo con los adultos y de todos modos necesitaban su siesta».

La cena estuvo deliciosa, comenzando con consumé chasseur, una ligera sopa consistente en ave de caza cocida con un oporto, aderezada con pequeñas tiras de verduras, seguida por el tradicional pavo con todas sus guarniciones y terminando con un enorme pudín de ciruela, pasas y otras frutas, bañado con coñac y con montones de nata. Para cuando Janie terminó, sintió que apenas podía moverse. Era la primera comida completa que había tenido en varios días, y de pronto se sintió tan cansada, que le costó trabajo mover las piernas para ir a la sala de tomar el café.

Estaba ahogando el tercer bostezo, cuando la madre de Kane se

inclinó hacia ella y le tocó la mano con suavidad.

—¿Por qué no va a acostarse un rato, querida? —dijo suavemente —. No tiene que abusar. Las gripes deben tratarse con respeto.

—¿Les importaría si me retiro? —Janie incluyó a toda la habitación con la cabeza—. Es verdad que me siento ridículamente fatigada.

—En absoluto —respondió Kane por todos—. Subiré en un minuto a arroparte.

Ella lo miró fijamente sin responder; ese pequeño sarcasmo era una retribución por su conversación anterior con su padre. Sus padres se rieron ante lo que consideraron una broma de Kane, pero no así Tina... Le lanzó una mirada de puro veneno a Janie y, al ponerse ésta de pie, sintió que la otra mujer la observaba en cada detalle, apartando la mirada sólo cuando los niños irrumpieron en la habitación, con las caritas todavía enrojecidas por el sueño.

—¿Podrás encontrar el camino a tu habitación? —Kane la había seguido hasta el pie de la escalera, y al volverse ella para responderle, vio que él tenía en la mano un pequeño paquete rectangular, bellamente envuelto en papel dorado—. Para ti —se lo puso en la mano antes de que ella pudiera reaccionar—. Intercambiamos regalos esta mañana muy temprano... Christopher y Charlotte se encargaron de eso —sonrió, pesaroso—. A las cinco, si quieres saber todos lo detalles.

—Pero... —ella lo miró, desvalida—. ¿Cómo pudiste? No sabías que vendría. Y yo no tengo nada para nadie.

—Claro que no. Resulta que esto perteneció a mi abuela y me gustaría que tú lo tuvieras.

—¿Tu abuela? —ella miró el paquete como si estuviera vivo—. No puedo aceptar nada que haya pertenecido a tu abuela, Kane; tú sabes que no puedo. Casi no te conozco.

—¿Y eso qué importa? —preguntó él indolentemente, con una mirada resuelta.

—Claro que importa —ella negó con la cabeza ante lo absurdo de la situación—. A tus padres no les gustaría...

—Mis padres no tienen nada que ver con esto —dijo él calmadamente—. Y todavía no sabes lo que es —cuando ella quitó cuidadosamente el papel de la envoltura y abrió el largo estuche, él no dejaba de mirarla, y al alzar ella la delgada cadena de oro, de la cual colgaba una pequeña estrella de oro con un diminuto rubí en el centro, él habló de nuevo, con una voz suave y profunda—: No es muy caro. Mi abuelo materno era un pobre peón de granja cuando conoció a mi abuela, cuyos padres eran dueños de la mitad de Irlanda. Se

vieron en secreto durante un año y él ahorró la mayor parte de su sueldo para poder comprarle el colgante a ella para su cumpleaños número dieciocho. Ése fue el detalle que les reveló sus relaciones a los padres de ella y que condujo a la larga a su matrimonio... después de muchos meses de sufrimientos y dolor. Los padres de ella ya le tenían preparado a su hija un lord o un conde. Mi abuelo era un mal sustituto a sus ojos.

—¿Y a los ojos de tu abuela? —preguntó ella suavemente, fascinada por la historia.

—Los dos se amaron hasta el día en que murieron —dijo él con la misma suavidad—. Ella tenía diamantes y pieles y joyas que estaban en la familia desde hacía generaciones; pero yo nunca la vi con otra cosa, más que un sencillo anillo de oro en el dedo anular y el colgante en su cuello.

Ella se lo quedó mirando, estupefacta, con los ojos muy abiertos y preocupados.

—Pero no puedes darme esto con una historia así; es demasiado valioso —dijo ella con urgencia—. Tu madre...

—Comprenderá perfectamente cuando le explique que quise darte un regalo de Navidad —interrumpió él, con los ojos velados, dándose la vuelta y regresando a la sala.

—Pero Kane... —la voz de Janie se perdió al cerrar él la puerta de la sala, pero ella supo que él la había oído. Al bajar la mirada a la delicada estrellita, se le revolvió el estómago de pánico. No entendía nada, pero su intuición femenina le indicaba que estaba metida en algo fuera de su alcance.

¿Qué significaba todo eso? Mientras subía la escalera, le daban vueltas los pensamientos en la cabeza. ¿Significaba algo para él la historia del colgante? Seguramente sí; la forma en que la había relatado había sido tan personal, tan íntima. Pero si era así, ¿por qué se lo había dado a ella? Se detuvo delante de la puerta de su cuarto, moviendo la cabeza. O tal vez lo consideraba sólo como un objeto de joyería de poco valor intrínseco, y por lo tanto adecuado para alguien a quien apenas conocía. Pero no era eso. Ella sabía que no era eso.

Una vez en la alcoba, virtualmente se desplomó en la cama, con la fatigada mente pesada y embotada. Esto debía de ser un sueño, un extraño y loco sueño, donde la gente decía y hacía cosas insondables, que se desvanecerían a la luz del día. Miró nuevamente el inofensivo colgante y luego se sobresaltó cuando algo grande saltó a la cama junto a ella.

—¡Juniper! Me has dado un susto de muerte —el gran gato atigrado parpadeó indolentemente al acurrucarse junto a ella y Janie

le sonrió a Cosmos, una versión más pequeña del rayado felino, cuando se unió a su padre en la cama, ronroneando con fuerza.

Una regla estricta de la señora Langton era no tener animales en la planta alta. Tendría que echarlos en un momento, pensó Janie pesadamente al acurrucarse los tibios cuerpos junto a ella, suaves y peludos como ositos de juguete vivos. Pero al instante siguiente, Janie estaba profundamente dormida, abrazando por un lado a Juniper y con el otro brazo sobre su cabeza, sujetando con fuerza el colgante en la mano.

No vio la alta y oscura figura que entró en la habitación unos minutos más tarde, mirándola un largo rato. Juniper y Cosmos alzaron los ojos un momento, pero se relajaron al ver que su amo estaba más interesado en su acompañante que en ellos, y su suave ronroneo indicó que encontraban la situación sumamente satisfactoria.

Antes de salir, Kane quitó la colcha de la segunda cama y la echó sobre la figura de Janie, medio enterrando a los gatos, que se quedaron inmóviles, decididos a quedarse ahí, y cuando él se inclinó para rozar los labios de Janie ligeramente, soltó un hondo suspiro que pareció salir de lo más hondo de su ser, al observar el colgante en los relajados dedos de Janie.

CAPÍTULO 6

LA habitación estaba llena de sombras cuando despertó Janie, y los gatos se habían ido ya. Se quedó acostada un momento en la oscuridad, preguntándose qué era lo que la había despertado, hasta que repitieron la llamada en la puerta.

—¿Sí? Pase —al bajar las piernas por un lado de la cama, la cabeza de Baines asomó por la puerta entreabierta.

—Disculpe, señorita; lamento haberla despertado, pero me preguntaba si querría usted estas cosas aquí —entró en la habitación y ella vio que él traía su otra maleta y el maletín grande que ella usaba para visitas de una noche.

—¿Perdón? —ella se lo quedó mirando sin comprender.

—Sus cosas, señorita. Pensé que sería mejor dejarlas aquí. Son algo pesadas para que las cargue usted —dijo el chófer alegremente.

—¿Mis cosas? —la invadió una oleada de ira, al comprenderlo—. ¿Qué hacen aquí? ¿Quién le dijo que...?

—Yo se lo dije —la fría y profunda voz hizo que los dos se volvieran hacia la plácida figura que estaba en el vano de la puerta, y Baines dejó las maletas en el piso, antes de salir silenciosa y rápidamente, sin ninguna expresión en el semblante.

—¿Tú le dijiste que trajera mi ropa de mi apartamento? —se quedó mirando el impasible rostro de Kane, con fuego en los ojos—. ¡Tú sabes que me voy de aquí esta noche!

—Todavía no estás bien —él entró en la habitación, con pasos indolentes, sin parecer afectado por la ira de Janie.

—Yo juzgaré eso —replicó ella, furiosa—. Si yo quisiera que un hombre extraño fisgoneara entre mi ropa...

—La señora Langton sacó tus cosas y sólo del armario que tú me mencionaste en Nochebuena —dijo él brevemente—. Mis empleados no tienen el hábito de ser ligeros de dedos, si eso es lo que te preocupa.

—¡Claro que no es eso! —ella nunca había conocido a nadie que la enfureciera tan rápidamente, pensó Janie—. Estoy segura de que todos son de absoluta confianza, y, de todos modos, no tengo nada de valor que pudieran llevarse.

—Bien. Fin del problema —él sonrió sardónicamente.

—Podría abofetearte —lo miró, furiosa.

—¿Otra vez? —se tocó la mejilla con la mano, con una sonrisa en los labios, pero los ojos fríos como el hielo—. Yo no te recomendaría eso, Janie. Una vez fue un error; dos veces sería... muy desafortunado.

—No tenías ningún derecho a traer mis cosas aquí —ella casi dio una patada iracunda como un niño enojado, pero se contuvo a tiempo. ¡Él era tan arrogante!—. Estuviste de acuerdo en que me iría esta noche...

—Yo no dije eso —él se apoyó en la pared, cruzándose de brazos y entornando los ojos, observando la creciente cólera de Janie con lo que parecía un frío interés— Tal vez te mencioné que podrías irte cuando ya te sintieras bien, cosa que aún no sucede. Por si lo has olvidado, fue tan sólo ayer cuando te desmayaste delante de mí y me dijiste que no habías estado comiendo bien. Estás físicamente exhausta, agotada, y de ninguna manera voy a permitir que te vayas a un edificio vacío hasta que estés realmente bien, así que más vale que te resignes a ese hecho.

—¿Te remordería la conciencia? —preguntó ella con sarcasmo.

—Algo así —él la miró sin ninguna expresión.

—¡No creo que tengas conciencia! —ella nunca se había sentido tan impotente y tenía urgencia de atacar ferozmente—. O si la tienes, es sólo un conveniente accesorio, ¿no?, que conectas y desconectas cuando te conviene.

—No seas tediosa —al acercarse a ella y ponerla de pie, ella se puso rígida instintivamente—. No tengo intenciones de entablar una conversación tan aburrida, cuando puedo pensar en un pasatiempo mucho más interesante.

—Te advertí antes...

—Así es —él la hizo callar con el sencillo gesto de poner sus labios sobre los de ella, aprisionándola en sus brazos, empequeñeciéndola con su gran tamaño.

Esta vez tenía que oponerse a él. Se lo propuso firmemente y empezó a luchar y a retorcerse, moviendo la cabeza de un lado al otro, para evitar su boca.

—No te muevas —musitó él, con una imperdonable nota de diversión. ¿Cómo se atrevía a encontrar eso gracioso?, pensó ella con vehemencia, liberando sus manos de los lados y empezando a golpear el duro pecho con todas sus fuerzas.

—Te odio. Lo sabes, ¿no? -exclamó, furiosa, al encerrar él sin ningún esfuerzo sus muñecas en un gran puño, sujetándolas detrás de la espalda de Janie.

—Quizá —no había indicios de risa en su voz ahora; sólo un ronco anhelo que se unió a algo en el fondo de Janie, que le produjo un estremecimiento en todo el cuerpo.

—Sí te odio —dijo con voz discordante, mirando la boca que descendía sobre la de ella con una sensación de fatal impotencia.

¿Cómo podía luchar contra él y contra ella misma?, pensó con desesperación al penetrar la lengua de él en los rincones secretos de su boca con una fuerza arrogante, causándole un temblor en el cuerpo imposible de ocultar. Pero tenía que hacerlo; aunque no podía pensar en por qué cuando él estaba tan cerca. Los musculosos brazos y hombros, el amplio torso, que indicaban una dura y esbelta fuerza, la hipnótica masculinidad que fluía de cada poro de su cuerpo… era demasiado potente, demasiado apremiante…

Ahora, estaba apretada contra él, mientras sus labios devoraban la boca y el cuello de Janie y sus manos recorrían su cuerpo con una pericia que hizo que un fuego abrasador se extendiera por todo el cuerpo de la muchacha. Al acostarla él suavemente en la cama, ella no se pudo resistir; cada partícula de su ser se había derretido con él y él era lo único real en esa confusa marea de tacto, sabor y olor.

Janie exhaló un pequeño sonido de protesta cuando él le bajó la cremallera del vestido, sacándole la suave tela con un rápido movimiento que indicaba una práctica que sólo comprendió ella mucho más tarde. Pero ahora, sus manos acariciaban la aterciopelada piel cubierta sólo en parte por la ropa interior de seda de color marfil, y, nuevamente, nada importaba más que sentir el cuerpo de él contra el de ella.

—Eres deliciosa, absolutamente deliciosa, ¿lo sabes? —al acercarla más a él, moldeando su suavidad contra el poderoso contorno de su cuerpo, ella sintió el duro reborde que se hinchaba contra la ropa de Kane y evidenciaba más su excitación sexual que cualquier palabra. Janie se puso rígida, con un pánico súbito, al darse cuenta de la cruda realidad. ¿Pero qué estaba haciendo? ¿Se había vuelto loca? ¿Provocar eso… y con él?

Él percibió su retirada de inmediato y no hizo ningún intento de insistir, como ella temía, sino que se dio la vuelta, bajando los pies por un lado de la cama y pasándose los dedos por el pelo, antes de levantarse lentamente.

—¿Te quedarás un día o dos más? —preguntó con voz ronca al volverse hacia ella, y por un instante la expresión de su rostro dejó muda a Janie. Ella esperaba ver triunfo, satisfacción o tal vez disgusto por el súbito fin de su acción amorosa, pero la expresión que se reflejaba en las facciones de él no era nada de eso. Ella no podía desentrañar lo que era, pero era sumamente seductor—. Te prometo que esto no volverá a suceder. No lo había planeado, Janie. ¿Me crees?

—No lo sé —ella movió la cabeza levemente, con las mejillas ardiendo. De lo único que estaba segura en ese momento era de que

no estaba segura de nada. Eso que parecía cobrar vida entre ellos en cuanto sus cuerpos se tocaban era feroz y potente, ¿pero cómo podía ella saber si lo afectaba a él igual que a ella o si él lo tenía bajo control y lo utilizaba para sus propios fines? Él era capaz de actuar con una frialdad con respecto a los demás seres humanos que era ajena a ella. Esto bien podía ser sólo un juego para él. Era lo bastante rico y probablemente mimado para disfrutar de una pequeña distracción con alguien tan poco experimentado como ella; un cambio en su dieta usual de elegantes y serenas mujeres exquisitamente vestidas.

—Te quedarás hasta el domingo —de pronto su voz era diferente, y ella se encrespó ante el tono autoritario—. A mi familia le parecerá extraño que te vayas de repente; además, mi madre espera que estés por aquí un poco más de tiempo. No se lleva muy bien con Tina.

—No me imagino por qué —dijo Janie sarcásticamente, tapándose con la manta lo más indiferentemente que pudo, considerando que estaba medio desnuda y él estaba tan fresco como una lechuga—. Y para tu información, no estoy aquí para hacerte ningún favor respecto a tu madre ni a cualquier otra cosa. Cuando pienso en cómo trataste a mi padre...

—Entonces, considéralo como si echaras carbones encendidos sobre mi cabeza, si eso te hace sentirte mejor —dijo él con frialdad.

—¿No sería más sencillo si yo simplemente me fuera? —preguntó Janie, un poco desconcertada—. No entiendo por qué quieres que me quede. Fue muy amable de tu parte actuar como el buen samaritano, pero no hay necesidad...

—Tal vez tenías razón desde un principio... una conciencia culpable o algo similar —se dirigió hacia la puerta, con el semblante sombrío y reservado, y por un instante ella vio por qué él tenía tanto éxito en el despiadado mundo de los negocios. Era aterrador. ¿Era éste el mismo hombre que la tenía abrazada unos minutos antes, murmurándole palabras apasionadas y haciéndole sentir cosas que ella nunca se había imaginado que fueran posibles?—. La cena es a las ocho.

La puerta se había cerrado tras él antes de que ella pudiera reaccionar, y se quedó mirando el cuarto vacío tontamente, con sus emociones hechas un torbellino de furia, irritación, frustración impotente por su propia vulnerabilidad y algo más... algo que no se atrevía a analizar en ese momento, porque de algún modo, a pesar de todo lo que había sucedido, de todo lo que sabía sobre él, en el fondo de su corazón sí deseaba quedarse y eso era lo que la aterrorizaba.

—¿Janie? ¿Ya has descansado? —la madre de Kane se acercó a ella en cuanto entró esa noche en la sala, donde los demás disfrutaban de unas bebidas antes de la cena. El ambiente era relajado y agradable, el salón lujoso y bello y la gente muy elegante, y Janie nunca había deseado tan desesperadamente estar en otro sitio.

Se había vestido con mucho cuidado, bendiciendo el hecho de que en el mundo de la publicidad en el que vivía se necesitaba un vestuario variado y elegante, y, al echar un vistazo a las otras dos mujeres, supo que había hecho una buena elección de ropa para esa noche. Las sencillas líneas clásicas del bien cortado vestido negro complementaban sus curvas e intensificaban el color castaño de sus ojos, y, combinado con el peinado alto, suavizado por un rizo suelto contra su blanco cutis, hacían un efecto global de sutil sofisticación. Le sonrió a la madre de Kane, al asentir:

—Sí, gracias. Lamento parecer tan débil ahora. Generalmente, nunca me pongo enferma.

—La gripe no respeta normas —el señor Steel sonrió al acercarse a ellas—. Y ahora, ¿qué te gustaría tomar? Yo estoy haciendo los honores por el momento.

—¿Kane no está aquí? —Janie echó un vistazo a la habitación.

—Una llamada de los Estados Unidos que no pudo ignorar —dijo su madre con un toque de aspereza—. O eso dijo —los suaves ojos azules miraron de frente a los castaños de Janie—. Necesita que lo frenen, querida, enseñarle a soltar un poco las riendas. Nunca ha sido muy bueno para delegar las obligaciones y trabaja demasiado; especialmente... —se detuvo bruscamente cuando el padre de Kane tosió en señal de advertencia—. Bueno, ya sabes lo que quiero decir —terminó.

«Sí, creo que probablemente lo sé», pensó Janie, forzando una sonrisa evasiva, mientras la amargura oscurecía sus ojos. «Nunca ha sido muy bueno para delegar. Y viene de muy buena fuente», pensó. Ella lo sabía desde un principio, ¿y él realmente esperaba que ella creyera que él no había estado implicado en la adquisición del negocio de su padre?

—Y hasta el día de Navidad —continuó la señora, sin advertir el semioculto enojo de Jane—. Realmente no es nada bueno. Deberías hablar con el muchacho, George.

—Creo que Kane ya cortó el cordón umbilical hace bastantes años —replicó el señor con sequedad, con los ojos brillantes de exasperación—, y realmente no creo que Janie quiera oír tus

lamentaciones, querida. Ahora, ¿qué quieres beber? —se volvió hacia Janie con una sonrisa.

—Vino blanco, si tiene, señor Steel —dijo Janie cortésmente, y recibió una exclamación de protesta de su mujer.

—Por favor, llámenos Aileen y George, querida —dijo rápidamente —. Aquí no somos ceremoniosos.

Janie acababa de tomar un sorbo de vino, concentrándose en ignorar las miradas felinas de Tina, cuando entró Kane en la sala, y la sacudida que sintió en su sistema nervioso la desalentó. Los fríos ojos azules buscaron inmediatamente su presencia y se detuvieron en su rostro un buen rato, antes de acercarse a los demás.

—Espero que todos ustedes estén muy hambrientos. La señora Langton parece haberse superado hoy —dijo con soltura, dirigiéndose hacia Janie, y, por un instante, la imagen de sus cuerpos entrelazados relampagueó con tanta viveza en la mente de ella, que se quedó sin aliento. Ese frío y austero hombre, fabulosamente rico y poderoso, casi había... Cerró los ojos por un instante. No pensaría en eso. Había sido un error que no se repetiría.

—Estás hermosísima —la suave y profunda voz en su oído le produjo un escalofrío en todo el cuerpo.

—Gracias —dijo ella sin mirarlo a los ojos, tratando de parecer muy sofisticada.

—Podría comerte viva —el susurro fue sólo para sus oídos, y al alzar sus escandalizados ojos hacia los de él, vio que el moreno rostro parecía imperturbable, mostrando el sentido de sus palabras sólo en el fulgurante fuego que ardía en el fondo de sus ojos entornados.

Ella se dominó con un esfuerzo visible y sonrió lo más serenamente que pudo, diciendo con sarcasmo:

—Podrías intentarlo, pero te aseguro que no irías muy lejos — ¿ahora él iba a mostrar su verdadero carácter?, pensó ella con tensión, y su mente giraba locamente. ¿El terrateniente del feudo iba a imponer su derecho de poseer cualquier doncella que él deseara? ¡Pues ese terrateniente en particular iba a recibir una sorpresa! Ella no había olvidado sus amenazas y no confiaba en él en absoluto.

—Aguafiestas —él se inclinó para decirle algo más, pero la voz de Tina lo interrumpió desde el otro lado de la habitación, donde había estado sentada muy rígida, con los bellos ojos fijos en Janie con aterradora intensidad.

—Esa molesta gripe debe de haber echado a perder todos sus planes para la Navidad —dijo con frialdad con una leve mueca que Janie no comprendió—. Fue una suerte que pudiera dejar todo cuando Kane se presentó a su puerta.

—Sí, supongo que sí —convino Janie, algo desconcertada. Era obvio que la bella rubia trataba de averiguar algo, pero Janie no pudo adivinar de qué se trataba.

—¿Llegó por casualidad? —continuó Tina—. ¿Usted no sabía que él vendría?

—No, no lo sabía —Janie miró a Tina a los ojos con firmeza, pero con la sensación de que iba a enfrentarse a una adversaria a ciegas.

—Ya veo —Tina abrió la boca para decir algo más, cuando el padre de Kane intervino en la conversación, dirigiéndose a Kane.

—¿Cómo ha ido la llamada? —preguntó—. ¿Está mejor la situación?

—Realmente no —replicó Kane, lacónico.

—Pero el viejo Collins tiene que afrontar los hechos tarde o temprano —continuó su padre—. Su compañía está acabada. Todos lo saben.

—Tal vez —dijo Kane con tono sombrío.

—Su hijo podrá ser amigo tuyo, Kane, pero el imperio de Collins se derrumbará en unas semanas y no en unos meses. Más vale que seas tú y no alguno de los magnates que no juegan limpio. Por lo menos...

—No creo que las mujeres estén interesadas en los negocios, papá —interrumpió Kane con firmeza—. Cambiemos de tema.

—Ah, sí, por favor —Tina soltó un exagerado suspiro de disgusto —. Esto es demasiado aburrido. Si ese hombre ha sido lo bastante estúpido como para perder su negocio, es su propia culpa, y Kane tiene todo el derecho de intervenir. ¿No es así, querido? —sus ojos azules tenían un destello de crueldad—. No puedo soportar a la gente que no sabe cuándo darse por vencida; es tan embarazoso...

—Tina... —empezó a decir Kane, pero su madre lo interrumpió, levantándose con rapidez y hablando en voz alta, mientras lo tomaba por el brazo con firmeza.

—Son las ocho, querido. La señora Langton vendrá a por nosotros si no estamos en el comedor en diez segundos. Vamos.

Kane bajó la mirada hacia el rostro implorante de su madre y los dos se comunicaron silenciosamente, mientras ella detenía su brazo con fuerza; luego, él suspiró al hacerles un ademán a los demás para que se levantaran.

—Pasen ustedes, por favor.

Janie se lo quedó mirando sin moverse de su silla, sintiendo que la crueldad de Tina la había herido en lo más hondo. ¿Fue así como se discutió el negocio de su padre, casualmente, fríamente, como un pequeño preludio de la cena? ¿Cómo podía él permitir que esa mujer fuera tan insensible, tan desalmada, sin protestar? ¿Qué sucedía con

esa familia? ¿No se daban cuenta de que discutían las vidas cotidianas de cientos de personas normales que trabajaban porque lo necesitaban, porque tenían que conservar un techo sobre su cabeza? Pero, después de todo, ellos podían tratar esa angustia abrumadora abstractamente, porque ellos estaban seguros y a salvo en ese palacio dorado. ¡Pues para ella ya era suficiente!

—Creo que no tengo hambre —dijo con firmeza dirigiéndose a Kane, antes de volverse a mirar a Tina—. Algo parece haber arruinado mi apetito.

—Los alcanzaremos en un minuto —les dijo Kane a los demás, casi empujándolos para que salieran y cerrando la puerta tras ellos. Y al volverse para reunirse con Janie, ella vio que sus ojos estaban velados y fríos, sin ninguna emoción.

—Quiero irme ahora, Kane —lo miró directamente, con expresión furiosa—. No sé cómo puedes dejar que Tina se comporte así. Quienquiera que sea ese Collins, está obviamente desesperado para llamarte el día de Navidad. ¿Qué pedía?, ¿clemencia?

—Algo así —dijo él sin ninguna expresión.

—Pero los grandes negocios no saben el significado de esa palabra, ¿verdad? —dijo ella con amargura—. Pues yo no aguanto ser parte de conversaciones como ésa. Me hace sentirme... sucia, asqueada.

—¡Ni una palabra más! —la explosión de Kane la tomó por sorpresa. Un instante antes, él estaba quieto, observándola con una expresión insondable en el rostro, y al instante siguiente la alcanzó con toda la intención de sacudirla rudamente, con mirada iracunda. Debió de haberlo sabido, pensó ella un segundo antes del furioso ataque. La cara impasible era un arma muy valiosa en los negocios, que él había perfeccionado para beneficio suyo, pero ella había vislumbrado ese otro lado de su personalidad aquella primera noche, después de la conferencia de prensa, cuando el verdadero Kane Steel había hecho erupción con aterradora violencia—. Vas a callarte y vas a estar sentada y a escuchar cada palabra que te voy a decir —casi la arrojó al sillón que acababa de desocupar, inclinándose sobre ella amenazadoramente, con las manos en los brazos del sillón y el rostro a escasa distancia del de ella—. ¿Tú hablas de estar asqueada? ¡Pues yo lo estoy... del papel del gran villano Kane, asqueado de ver esa mirada en tus ojos cada vez que algo te recuerda a tu padre, asqueado de que nunca me escuches! —ahora ella lo escuchaba, pensó con terror. La terrible ira que torcía las facciones de Kane era cáustica, cruda, feroz —. Tú hablas de una conversación que acabas de escuchar. ¿Es que eres totalmente estúpida? —exclamó él con la voz temblando de ira—. Oíste a esa bruja con la que se casó mi hermano poner más veneno en

esta habitación, eso es lo que oíste. Tina es el tipo de mujer que habrían quemado en una pira hace muchos años. Es malvada, créemelo. Desde el momento en que se casó con mi hermano, lo humilló del peor modo posible, degradando su dignidad constantemente. Él era rico, pero no lo bastante rico. Era poderoso, pero no lo bastante poderoso. Ella quería a un tipo duro y despiadado que la azotara si se pasaba de la raya, pero se encontró con Keith. Lo único que él anhelaba era ser el tipo de hombre que ella deseaba.

—Kane...

—Déjame seguir —ella se calló—. Ella lo despreciaba y él lo sabía, pero no podía hacer nada; la amaba —la áspera voz revelaba un dolor insoportable—. Desde niño era amable, tierno, bondadoso; al verlo con sus hijos lo entendía uno. Ellos lo adoraban. Pero esas cualidades representaban debilidad para Tina, así que él se obligó a cambiar de imagen, cultivó un concepto que lo destruyó mental y físicamente.

—Tú la odias, ¿verdad? —susurró Janie.

—Como dije antes, Keith la amaba —él se encogió de hombros con fatiga, desvaneciéndose su ira al mirar al pasado—, y ahora que él ya no está, quedan sus hijos. Mi madre vive por ellos. No pudo creerlo cuando su hijo murió; quedó destrozada, pero cuidar a sus hijos cicatriza un poco las heridas. Y ella los cuida con frecuencia —había amargura en su voz—. A Tina le gusta la vida de alta sociedad y, además de ser una viuda rica, su propio padre es muy rico y muy poderoso. Si ella decidiera mudarse a otro sitio, negarles a mis padres el derecho de visitarlos, habría una larga batalla legal para conseguir lo contrario.

—Y ella lo haría —dijo Janie casi para sí misma.

—Ah, sí, ella lo haría —de pronto, él pareció muy fatigado al sentarse en el sillón opuesto—. La amarga ironía final es que yo fui el que los presentó —al mirarlo atentamente, Janie sintió la urgencia de consolarlo; hasta le dolía la garganta al ver el franco dolor en su rostro, que casi la dejó sin aliento. Al mismo tiempo, un instinto de conservación la mantuvo inmóvil y silenciosa, con las manos entrelazadas—. El caso es que creí que debías saber la verdad de las cosas, antes de juzgar a mis padres al mismo nivel que a Tina —se volvió hacia ella—. Mis padres son buenas personas.

—¿Tú los presentaste? —ella se obligó a hablar, en un esfuerzo por detener esa urgencia de tomarlo en sus brazos que aumentaba a cada segundo. No debía olvidar los meses de angustia, el daño que ese hombre y su organización habían causado a su familia; sería un absoluto suicidio, pero... todos los razonamientos se desvanecían al ver la clara agonía de Kane. Nunca pensó que sería tan franco, tan

abierto, tan vulnerable, y eso le atravesaba el corazón, causándole un dolor físico en el pecho.

Él asintió lentamente, reclinándose en el respaldo del sillón y cerrando los ojos.

—La conocí unos meses antes en un banquete al que la había llevado su padre. Una mezcla de negocios y de placer. Salimos un par de veces a tomar una copa, una vez al teatro, y se acabó.

—Ya veo —la sensación de náuseas en la boca del estómago sorprendió a Janie.

—Keith y yo cenábamos una noche, después de un largo y complicado trato comercial... Yo trataba de introducirlo en la compañía, porque su propia carrera había fracasado... y Tina se acercó a nuestra mesa. Parecieron atraerse al instante. Ella estaba seductora —él torció la boca despectivamente.

—¿Y a ti no te importó? —preguntó ella, mientras le latía el corazón aceleradamente.

—¿Qué? —él abrió los ojos, enderezándose—. ¿Importarme? ¿Por qué había de importarme? Ella era sólo una conocida eventual. Me sorprendió que ella fuera del tipo de mi hermano, una vez que la llegó a conocer mejor... Hasta entonces, nuestros gustos en mujeres eran bastante compatibles. Pensé que él la vería...

—¿La vería? —lo instó ella, al detenerse él.

—La vería como era —terminó él.

—Tal como tú la viste —de pronto, todo se aclaró en la mente de Janie al mirar el rostro de Kane. De momento, se sorprendió de que ese astuto e inteligente hombre no viera lo que había frente a su propia nariz. Tina se había enamorado de Kane desesperadamente. La hostilidad hacia otra mujer que había venido a esa casa a pasar la Navidad, cuando ella esperaba estar en una íntima reunión familiar, el obvio descontento con la vida en general y su modo de tratar a su marido cuando estaba vivo, todo se reducía al hecho de que ella se había casado con el hombre equivocado y lo sabía. ¿Qué la había instado a casarse con Keith cuando al que quería era a su hermano? Janie se sintió desconcertada ante ese oscuro comportamiento. ¿Había sido para poder estar cerca de Kane? ¿Para ocupar un puesto secundario en su vida, si no podía estar en el punto central? Y Keith... ¿Tenía él una idea de que el modelo que Tina lo había obligado a adoptar era una caricatura de su hermano mayor? ¿Dominante, poderoso, despiadado y, para Tina, fascinante?

—Bien, pues ahora lo sabes —por un instante, ella pensó que él le había adivinado el pensamiento, pero luego se dio cuenta de que él se refería a sus revelaciones acerca del matrimonio de su hermano y del

porqué su familia toleraba a Tina. ¿Tal vez Kane sabía lo que sentía Tina por él? Examinó su sombrío rostro, pero era imposible saberlo. Parecía tan imperturbable como siempre—. Nadie me convencerá de que no fue ella la que lo destrozó a la larga, pero no puedo hacer nada al respecto. No sé qué le contaría Keith a mi madre, pero dudo que haya sido mucho. El sólo confiaba en mí al final, cuando estaba desesperado.

—Pero por lo menos estabas ahí para escucharlo —dijo ella rápidamente.

—Sólo porque… —se detuvo bruscamente—. Sí, supongo que así es —ella lo observó con atención. El había estado a punto de decir algo, de eso estaba segura—. El caso es que él nunca dejó de amarla —dijo él con un tono desolado, y la miró a los ojos—. ¿Puedes comprender un amor así?

—¿Tú sí puedes? —ella sabía que ésa era una salida cobarde, pero por algún motivo no podía contestar a su pregunta. Le había causado un pánico tal, que casi había sentido que se desmayaba.

—Sí —su voz reflejaba su tensión—. Sólo Dios sabe que así es.

Estuvieron inmóviles un buen rato, mirándose fijamente, antes de que él se arrodillara frente a ella y la tomara en sus brazos con una desesperación que la asombró.

La boca de él cayó hambrienta sobre la de ella, con la respiración jadeante, y, por un instante, Janie sintió que la desgarraban las emociones conflictivas que la atravesaban. Quería considerarlo un hombre completamente cruel y despiadado, tenía que pensar así, era la única defensa que tenía, pero él siempre se lo impedía. La idea de una relación amorosa con él era un salto a lo desconocido de tal magnitud, que ella no podía afrontarlo, y, sin embargo… ¿Y si ella estaba equivocada? Entonces, tan bruscamente como él la había besado, la soltó.

—¿Cenarás con nosotros? —él estaba de pie, mirándola con esa máscara que usaba con tanta frecuencia. Janie tomó la mano que él le ofrecía, con la mente hecha un torbellino, para alcanzar a los demás en la magnífica mesa. Por un segundo, al sentarse, Janie captó la mirada de Tina. Sus ojos estaban llenos de tal malevolencia, de tan obvios celos, que confirmaron todas las sospechas de Janie; pero entonces los maquillados párpados cubrieron ese veneno, al bajar la mujer los ojos hacia su copa de vino.

La comida estaba preparada a la perfección, pero a Janie no le supo a nada. Comió, habló y sonrió mecánicamente, con los pensamientos centrados en el gran hombre moreno que estaba sentado en la cabecera. Los sentimientos que había descubierto esa noche eran

como una bomba de relojería, un volcán a punto de entrar en erupción para destruir a toda la familia. Era obvio que Kane quería mucho a su hermano. Lo miró mientras él sonreía cumplidamente ante uno de los inocentes chistes de su padre. ¿Qué sucedería si Tina confesara un día los torcidos motivos que hubo tras el trato que le daba a su marido? ¿Cómo se enfrentaría él a eso?

«Olvídalo ya, Janie», pensó, enojada, después de que la madre de Kane tuvo que repetir algo dos veces para atraer su atención. «Esto no tiene nada que ver contigo. Él no tiene nada que ver contigo. Deja de pensar en él... Nada de esto te importa». Pero sí le importaba. Ella no quería verlo herido. Comprender eso le hizo sentir un pánico repentino. Ah, tendría que abandonar ese sitio pronto, muy pronto.

—¿Te apetece tomar un poco de aire fresco? —preguntó Kane cuando regresaban a la sala detrás de los demás—. Podría hacer que te volviera el color a las mejillas.

—¿Ahora? —ella se lo quedó mirando, atónita—. Es de noche.

—Así es —él sonrió burlonamente—. Pero puedes taparte bien y los jardines están muy iluminados.

—Está bien —convino ella, dudosa. No quería caminar sola con él en las sombras, pero tampoco podía afrontar una hora o dos de conversación cortés, con el resentimiento de Tina flotando en el aire —. Pero... —se detuvo bruscamente. No sabía cómo expresarlo sin parecer torpe o provocadoramente hostil.

—¿Pero? —los helados ojos azules tenían un resplandor burlón—. Debo portarme como un buen chico. ¿No es eso?

—Algo así —lo miró con desafío—. Eso no es mucho pedir, ¿verdad?

—Eso nunca lo sabrás —su tono era pesaroso, con una profundidad en la sonora voz que la hizo temblar—. Pero... estoy seguro de que esto es bueno para mi espíritu. Ve por tu abrigo.

Cuando ella se reunió con él en el vestíbulo, unos minutos después, él ya estaba esperándola, con su gran cuerpo cubierto por un abrigo negro.

—Ponte esto —le pasó una bufanda gris—. El aire está helado.

Al ponerse la bufanda alrededor del cuello, le llegó el sutil aroma de la loción para después del afeitado de él, sacudiéndole los sentidos.

—¿Es tuya? —preguntó ella bruscamente.

—Sí —él la miró, sorprendido—. ¿Es que eso importa?

—No —ella bajó la vista, confundida. Eso la estaba volviendo loca. El la estaba volviendo loca.

Al salir ellos por la puerta del frente, el súbito choque del aire helado hizo que Janie se quedara sin aliento. Se quedaron parados un

momento en lo alto de la escalera, acostumbrándose al aire frío, después del empalagoso calor de la casa, y Janie vio que los árboles y los arbustos ya mostraban mágicos rastros blancos bajo las débiles luces que alumbraban el jardín. La noche era hermosa, el cielo era un manto de terciopelo negro, con estrellas titilantes y con una susurrante quietud.

—¿No es esto mejor que la casa? —preguntó Kane suavemente, tomando el brazo de Janie y enlazándolo con el de él, y empezaron a caminar.

—Sí —su aliento era un nube blanca en el aire helado, y ella era consciente del gran tamaño de Kane al caminar junto a él.

El terreno tenía una hermosa disposición y el estrecho sendero que serpenteaba por los prados y los árboles que rodeaban la casa conducía a un gran jardín amurallado, con un diseño intrincado de arbustos, árboles pequeños y muros cubiertos de musgo.

—Este es un sitio maravilloso para descansar en el verano —dijo Kane en voz baja, indicando un pequeño cenador en el extremo opuesto—. La mayoría de los arbustos tienen un fuerte perfume, y las abejas y las mariposas vienen desde lejos para unirse a nuestra comunidad de aves.

—¿Tú vienes aquí? —preguntó ella, sorprendida. No había pensado en él como un conocedor de la naturaleza, en lo más mínimo.

—Estás decidida a no aceptar que pueda haber algo bueno en mi persona, ¿verdad?

—Kane...

—¿Cuándo vas a bajar ese escudo aunque sea un poquito? —preguntó él con suavidad, dándole la vuelta para que quedara de frente a él—. Tendrás que hacerlo tarde o temprano, ¿sabes?

—¿Por qué? —ella se lo quedó mirando, con los ojos muy abiertos en medio de las sombras del jardín.

—Porque yo nunca me doy por vencido —dijo él—. Te deseo, Janie, eso debes saberlo, y siempre obtengo lo que deseo.

—¿Siempre? —ella no podía adivinar nada en los ojos entornados que la miraban—. Seguramente no siempre.

—Siempre —dijo él sin nada de humor.

—Con razón eres tan arrogante —forzó una nota de hostilidad en su voz, aunque sentía un súbito anhelo de apoyar su rostro en el amplio pecho—. Ya es hora de que te des cuenta de que no eres omnipotente, Kane Steel.

—¿Por eso no lo llevas puesto? —preguntó él—. ¿Otra muestra de desafío?

—¿Qué? —se lo quedó mirando antes de comprender—. Ah, ¿te

refieres al colgante?

—Sí, me refiero al colgante —afirmó con suavidad.

—Debes comprender que no puedo aceptarlo —dijo ella rápidamente—. Considerando la historia que tiene, de tu abuela y lo demás, nunca debiste habérmelo dado.

—Estoy un poco cansado de que me digas lo que debo y no debo hacer —dijo él suavemente—. Eres realmente una mujercita bastante mandona, ¿no? —las últimas palabras salieron más como una caricia que un reproche, y, a pesar de ella misma, Janie sintió un estremecimiento de excitación en la espina dorsal. Eso la hizo despreciarse aún más por la debilidad que la invadía en su presencia. ¿Reaccionaban todas las mujeres así con él? No le sorprendería en lo más mínimo, pensó ella. Con razón era tan colosal su soberbia.

—Ven aquí —dijo él con voz grave—. Sólo sé una manera de tenerte callada.

—¡No, Kane! —al querer él tomarla en sus brazos, ella saltó hacia atrás con tanta violencia que casi se cayó—. No quiero que me toques. Lo digo en serio.

—Eso no es verdad —la miró, caviloso—. Será lo que dice tu boca, pero tu cuerpo me dice algo muy diferente. Tú me deseas, Janie. Haznos un favor a ambos y reconócelo.

—Estás tan seguro de ti mismo, ¿verdad? —la arrogancia de ese hombre era asombrosa—. Supongo que todas tus mujeres se desploman en tus brazos en cuanto parpadeas, ¿no? Pues ésta no. Tú no me haces ningún efecto, más que repugnarme. Odio tu estilo de vida, tu moral, todo en ti, ¿me oyes? —ella era consciente de que se estaba obligando a decir esas crueles palabras para contrarrestar la creciente debilidad que la instaba a ceder a sus exigencias. Eran un talismán, eran su protección...

—Te oigo muy bien —él se apoyó sobre un viejo árbol torcido, observándola con los duros ojos entornados—. ¿Y quieres decirme que si te tomara en mis brazos, no te tendría dispuesta en cinco minutos?

—Estás hablando de sexo —dijo ella con sequedad—, y no dudo de que seas un experto en ese campo —«ni por un instante», pensó ella dolorosamente.

—¿Es un cumplido?

—No lo he dicho en ese sentido y tú lo sabes —replicó ella débilmente. ¿Cómo podía estar él tan sereno? Estaba hecho de hielo.

—¿Me estás diciendo en serio que esperas que haya permanecido célibe mis treinta y cuatro años de edad? —preguntó él con incredulidad.

—Claro que no —repuso ella rápidamente—; pero, por lo que he

oído, nunca ha habido peligro de que eso sucediera, y las aventuras amorosas no son mi estilo.

—¿Por lo que has oído? —él se acercó más, con los labios apretados—. ¿Y qué es exactamente lo que has oído?

—Muchas cosas —la tirantez del cuerpo de Kane la atemorizó y movió la cabeza en dirección a la casa—. Tengo frío; voy a regresar.

—De ninguna manera —dijo él sombríamente, dándole la vuelta para que quedara frente a él de nuevo—. Ahora dime, ¿qué has oído y de quién?

—Es de todos sabido que te gustan las mujeres, muchas mujeres —el fuerte apretón en su brazo le hacía daño, pero no lo reconocería jamás—. ¿Puedes negarlo? —preguntó con desesperación.

—¿Es de todos sabido? —al mostrar los dientes, por un instante pareció un enorme lobo negro listo para abalanzarse sobre su presa—. ¿Tú haces caso de los chismes, y, lo que es peor, cometes la estupidez de creerlos?

—Entonces, ¿lo estás negando? —su tono era cáustico y tenía la cabeza en alto, pero la debilidad de sus piernas le indicaba que deseaba con toda su alma que él rechazara sus palabras.

—No me rebajaría a tomar esa basura en serio —dijo él con voz cortante—. Si haces caso a la prensa sensacionalista, Janie, sólo puedes ensuciarte por el contacto.

—Pero alguien... —se detuvo—. Lo oí de buena fuente —terminó débilmente, con el corazón desbocado.

—Pues yo en tu lugar sería más exigente en mi elección de acompañantes en el futuro —dijo él con burla—. No he estado muerto del cuello para abajo en relación a las mujeres desde la pubertad, pero tampoco me han tenido como semental, como pareces sugerir. Pero ése es mi problema, ¿no? A ti no te interesa ni una cosa ni la otra, ¿no es así? Eso me lo has dejado muy claro.

Ella se lo quedó mirando un segundo, sin poder replicar, al penetrarle en el cerebro el hecho de que nunca conocería a otro hombre como él. Él llevaba la palabra «arrogante» a otra dimensión; era frío, despiadado, al parecer sin compasión por aquéllos que se le oponían... Sin embargo... El signo de interrogación se presentaba nuevamente y más fuerte que nunca. Había ocasiones en que era tan diferente, fascinadoramente sensual, cariñoso, tierno, dulce...

—Kane...

—Ya basta por esta noche, Janie. Realmente no podría recibir nada más, sin hacer algo que ambos lamentaríamos. Tienes el dudoso honor de ser la única mujer que tiene la habilidad de empujarme hasta el límite, y ahí es donde estoy precisamente ahora. A pesar del hecho de

que estamos a varios grados bajo cero, la tentación de poseerte ahora, aquí mismo, se está volviendo demasiado fuerte para resistirla, pero sería el momento equivocado en muchos aspectos para probarte algo que todavía no estás dispuesta a reconocer.

—Pero...

—Vamos —él la interrumpió, tomó su mano con fuerza y casi la arrastró a su lado de regreso a la casa, con el semblante sombrío y tenso y mirando hacia adelante.

Mientras ella trotaba a su lado, toda su energía estaba concentrada en no resbalar en el helado piso, para no encontrarse en una posición más ridícula que la actual; pero más tarde, en la seguridad de su alcoba, al arrellanarse en la cómoda cama, repasó una y otra vez su conversación con Kane, hasta que quedó completamente confundida y al borde de las lágrimas, y cuando Juniper saltó junto a ella, con su grande y tibio cuerpo vibrando por el ronroneo que llevaba dentro, fue la gota que derramó el vaso. El sorprendido gato se encontró fuertemente abrazado, mientras su pelaje se humedecía cada vez más, cuando Janie se echó a llorar como no lo había hecho desde que era una niña.

CAPÍTULO 7

LA comida del día después de Navidad fue un buffet frío, y mientras Janie se servía de la opulenta mesa, encontró a Tina a su lado, con los fríos ojos azules fijos en su rostro.

—Se siente bastante bien de nuevo, por lo que veo -dijo Tina con un tono nada placentero—. No estamos acostumbrados a esos dramas en Navidad. June me contó que parecía una escena de una película vieja, cuando Kane la trajo en brazos en Nochebuena... una pequeña huérfana rescatada por el héroe de sus sueños.

—De ninguna manera —Jane se volvió hacia Tina, mirándola de frente—. No soy ninguna huérfana, ni Kane figuró en ninguno de mis sueños, y sí, ya me siento mejor —eso era mentira. Las piernas todavía le temblaban de vez en cuando y la cabeza parecía abandonar su cuerpo en ocasiones; pero de ninguna manera iba a mostrar cualquier debilidad a esos ojos de reptil que la observaban tan estrechamente.

—Esa indiferencia con que lo trata es una buena táctica —continuó Tina, siguiendo a Janie al sofá debajo de la ventana, al otro extremo del salón, con un plato en la mano—. Ciertamente parece tenerlo interesado por el momento... Los hombres son tan crédulos.

—¿Siempre es usted tan desagradable? —preguntó Janie, cansada del juego del gato y el ratón de la otra mujer—. Es muy fastidioso.

—¿De verdad? —a pesar del tono helado, un intenso rubor tiñó los altos pómulos y Janie supo que su comentario había tocado un punto vulnerable—. Entonces pido disculpas por ser tan tediosa, pero tal vez usted no esté acostumbrada al refinamiento de las charlas sociales. Tengo entendido que es usted una modesta secretaria en algún sitio —Tina alzó una fina ceja con irónico desdén.

—Trabajo para ganarme la vida, si a eso se refiere —dijo Janie con calma—, y disfruto cada minuto de mi trabajo. ¿Acaso la vida de usted la hace sentirse realizada? —era un golpe bajo, pero Janie sintió que la otra mujer se lo merecía. Al retroceder Tina con los labios apretados y los ojos entornados, Janie vio que entrelazaba violentamente las manos en su regazo.

«Le gustaría que eso fuera mi cuello», pensó Janie con un leve estremecimiento de sombría diversión, al inclinarse Tina hacia ella, hablando en susurros.

—Se cree muy hábil, ¿no?, llamando la atención de Kane y siendo invitada para la Navidad. Pues no se haga ilusiones, pequeña sabelotodo. Él tal vez esté divirtiéndose en los barrios bajos por el momento, pero usted es sólo otro más de sus caprichos que desaparecerá como todos los demás. No tiene usted nada que lo

retenga...

—¿Y por qué está usted tan preocupada por eso? —Janie quería que la voz le saliera clara y tranquila, pero la malignidad de la otra mujer le revolvió el estómago—. La vida personal de Kane no tiene nada que ver con usted.

—¡Eso es lo que cree usted! —dijo Tina con un tono y una intensidad obsesiva que hizo que Janie se estremeciera.

En ese momento, el objeto de su conversación apareció en el vano de la puerta, entornando los ojos al mirar a las dos mujeres y ver el semblante de Janie. Él había estado encerrado en su estudio desde el desayuno, para disgusto de su madre, que expresó sus objeciones muy claramente esa mañana.

—Kane, se supone que estás de vacaciones —había dicho con desaprobación esa mañana, cuando su hijo se disculpó por no ir de paseo con los demás—. ¿Tienes que trabajar?

—Me temo que sí —él miró a Janie—. ¿Te molesta? —le preguntó.

—¿A mí? Claro que no —replicó ella, recibiendo una mirada sardónica de Kane.

—Me imaginé que no —dijo él con sequedad—. Me temo que hay asuntos que no pueden esperar.

—¿El negocio de Collins? —preguntó su padre comprensivamente, y Kane asintió.

—Así es, pero no quiero echaros a perder el día —su mirada se dirigió a las dos cabecitas de los niños, que estaban sentados tomando unos vasos de leche tibia— Divertíos con los niños; el agua de la piscina está caliente como una bañera, pero tal vez prefiráis tenerlos dentro esta tarde.

—No puedes salvarlo, Kane —dijo su padre en voz baja—. Déjalo en paz, hijo. Dale un buen precio y déjalo así. No puedes ayudar a Collins, si su hijo no está de acuerdo.

—Veremos —dijo Kane con un tono cortante, pero luego se contuvo y su mirada se ablandó al mirar a su padre—. Que disfrutéis de vuestro paseo.

El recuerdo de esa conversación había molestado a Janie toda la mañana, pero ahora, al encontrar la mirada de Kane sobre las cabezas de los demás, vio que él se dirigía directamente hacia ella.

—¿Tratando de conocerse un poco mejor? —le preguntó a Tina, con los ojos fijos en el bello rostro de la rubia, que estaba nuevamente sereno y superior.

—Sí —su cuñada se puso de pie con gracia, pero la leve sonrisa que había en su dura boca se desvaneció cuando vio la expresión de los ojos de Kane—. Voy a ayudar a Aileen con los niños.

—Yo que tú no me molestaría. Ella está acostumbrada a cuidarlos por sí sola —dijo Kane inflexiblemente, tomando el brazo de Tina cuando ella empezó a alejarse—. Por favor, continuad la conversación que he interrumpido tan bruscamente.

—No era nada importante; realmente no recuerdo... —dijo Tina con frialdad—. Charla de mujeres, ya sabes...

—En realidad no lo sé —Kane la oprimió contra el asiento al pie de la ventana con bastante fuerza para hacerle saber que hablaba muy en serio—. Pero tal vez me ilustraréis vosotras.

—Tan sólo decíamos que fue una suerte que me encontraras en Nochebuena —dijo Janie ligeramente, después de unos segundos. El rostro de Tina enrojeció, pero no fue por buenos sentimientos hacia la rubia por lo que Janie intervino. Había visto a la madre de Kane mirándolas varias veces y se veía que sospechaba que algo andaba mal ahí. Aileen sólo le había demostrado bondad y amabilidad a Janie, y ella no quería perturbarla.

—Ya veo —Kane soltó el hombro de Tina, al oír los gemidos de uno de los niños, obviamente cansado—. Bien, tal vez debas romper el hábito de toda una vida

y dedicarte a los niños, Tina —dijo mordazmente, retrocediendo para dejar que la rubia se levantara—, y tal vez tengamos tiempo después de tener una pequeña charla ¿eh? —era una afirmación, no una pregunta, y los dos pares de ojos azules sostuvieron una encarnizada batalla durante un segundo.

Al desaparecer Tina, murmurando algo desagradable y con el semblante tenso, Janie miró a Kane cautelosamente.

—¿Cómo ha ido tu mañana? —preguntó con ligereza, mientras los músculos del estómago se le contraían al asimilar lo atractivo del rostro que la observaba intensamente. La habitación había cobrado vida cuando él entró, pensó ella con desesperación. No podía arreglárselas con todas esas emociones que la confundían... simplemente no podía.

—Al diablo mi mañana —dijo él con brevedad, sentándose junto a Janie, haciéndola sentir los latidos del corazón en la garganta al notar el contacto de su duro muslo—. Te estaba molestando, ¿verdad?

—Ya soy una chica mayor —ella no podía mirarlo, por temor a que se reflejara en sus ojos el temblor de su cuerpo—. Puedo cuidarme sola.

—Quizá yo no quiera que te cuides sola —dijo él con voz ronca—. Quizá quiera encargarme de eso.

—No sigas —ella cerró los ojos un instante, con el corazón desbocado—. No digas esas cosas.

—¿Por qué no? —él tomó una de sus manos y extendió los pequeños dedos en la gran palma de su mano—. ¿Sería eso tan malo?

—Tú sabes lo que siento...

Él la interrumpió bruscamente, entrelazando sus dedos con los de él.

—No. Sé lo que tratas de sentir, pero estás luchando contra algo que es más fuerte que nosotros dos. Confía en mí un poco, Janie. Enciende una vela para disipar la oscuridad; rompe la telaraña.

—No puedo —gimió ella—. Tienes que entender que no puedo.

—Podrás —no había triunfo ni violencia en su voz; sólo una profunda certidumbre que removió lo más profundo del ser de Janie, a pesar de todo. Tuvo el súbito y loco impulso de descansar la cabeza en la amplitud del torso de Kane y dejarlo hacer lo que él quisiera, sucumbir a una voluntad más fuerte que la de ella; pero eso sería un suicidio.

Las palabras de Tina resonaron con aridez en su mente: «Tal vez él esté divirtiéndose en los barrios bajos por el momento, pero usted es sólo otro de sus caprichos que desaparecerá igual que los demás». Ella lo había dicho por maldad, pero esas palabras eran un eco de los temores de Janie. Él era un gigante en más de un sentido: rico, poderoso, atrayente. Él sólo la desearía por un corto tiempo y luego esperaría que ella desapareciera tan graciosamente como sus otras mujeres, una vez terminada la aventura amorosa.

Pero ella no estaba acostumbrada a eso. Casi lo dijo en voz alta. Si se entregaba a él, significaría para ella algo más que una mera diversión de vacaciones... La idea la hizo volver bruscamente a la realidad. ¿Por qué estaba pensando de esa forma? Su padre ni siquiera había figurado en su angustia. ¿Cómo había podido olvidar el pasado?

—Voy a traerte una copa de vino —él se puso de pie lentamente, sin advertir su confusión mental, y al cruzar la habitación, ella notó nuevamente una leve inestabilidad en su paso que él corrigió inmediatamente. Había habido muchas situaciones como ésa en los últimos días, pensó ella de pronto, ocasiones en que el gran cuerpo parecía perder el equilibrio por un segundo. Pero descartó la idea; estaba imaginándose cosas.

—Hábleme un poco acerca de su trabajo, Janie —Aileen se le había acercado, con un sincero interés reflejado en sus bondadosos ojos, y al describirle Janie su trabajo, regresó Kane y oyó con atención lo que ella decía.

Pasó una hora, y mientras Janie se concentraba en no mirar los ojos azules que la atraían tan irremisiblemente, daba la impresión de estar muy serena y a gusto, cuando por dentro era todo lo contrario.

—¿Se va a quedar para la fiesta, Janie? —preguntó Aileen, cuando terminaban de tomar el café en la sala, con el ambiente más tranquilo, al haber desaparecido Tina.

—Claro que sí —dijo Kane claramente, quitándoles las tazas a las dos mujeres para colocarlas en la bandeja—, aunque Janie todavía no lo sabe. Vamos a dar un paseo en coche, si te apetece, y te lo explicaré —agregó, volviéndose hacia Janie—. Estarás bastante calentita en el coche.

—Ah, pero no puedes dejar a todos así —dijo ella rápidamente.

—Tonterías —dijo Aileen de todo corazón—. He oído que George planea estar en la piscina con los niños esta tarde, y yo tengo intenciones de echarme una siesta. Un bonito y relajado paseo en coche le hará mucho bien, Janie, y no hay ninguna prisa por regresar. Todos comemos cuando se nos antoja en este día.

—¿Un bonito y relajado paseo? —Janie le sonrió a la señora, decidida a no encontrar los ojos de Kane. No habría nada de relajado en estar a solas con Kane en un espacio cerrado.

—¿Ves? —dijo Kane burlonamente, al alejarse su madre con una brillante sonrisa—. No tienes ninguna excusa.

—Podría decir que no tengo deseos de ir —dijo Janie, poniéndose tensa al quitarle él un mechón suelto de la mejilla.

—Podrías —él la miró irónicamente—, pero no lo harás. Una tarde en compañía de Tina es más de lo que cualquiera podría aguantar, así que te llevaré al coche, aunque tenga que llevarte en brazos.

—Podríamos nadar —insistió ella con obstinación—. Todavía no he visto tu piscina y…

—La piscina tendrá que esperar —ella se encogió bruscamente cuando él le cogió una mano y se la llevó a la boca para besar largamente la suave piel, mientras la miraba con los ojos fulgurantes —. Vamos a dar un paseo, Janie. Ve por tu abrigo.

Los débiles rayos del sol no calentaban cuando caminaron hacia el garaje unos minutos más tarde, pero la blanca luz hacía que se viera el cielo de un azul muy claro, y el helado aire estaba increíblemente limpio, considerando el hecho de que estaban en las afueras de Londres.

—¿Tú conduces? —preguntó ella, sorprendida, al ver las llaves del coche en sus manos.

—¿Te sorprende eso? —la miró sardónicamente—. Me las arreglaba yo antes de contratar a Baines. Hasta tuve un par de motocicletas hasta que… —se detuvo bruscamente—. Hasta hace un par de años —terminó sin expresión.

—¿Decidiste que tus años de armar escándalo ya habían pasado?

—preguntó ella con ligereza, y él asintió lentamente.

—Algo así.

Sería tan fácil dejarse cautivar por él, pensó ella mientras Kane abría las puertas del garaje y desaparecía en el interior. La hacía sentirse llena de vida por primera vez, y la sensación era irresistible y aterradora. ¿Creía ella que él conocía las circunstancias que envolvían el traspaso del negocio de su padre? Movió la cabeza con desesperación, mientras en el fondo del garaje se oyó el rugido de un motor. «No lo sé», pensó con debilidad. Nunca se había sentido tan confundida y tan desconcertada en toda su vida.

Ella esperaba ver salir el Bentley del garaje, pero el brillante Jaguar rojo que emergió no era nada compatible con su acompañante.

—Qué coche tan precioso —al sentarse junto a Kane, le lanzó una rápida mirada—. Te debe de haber costado una fortuna.

—Es un capricho que me di —reconoció él con un semblante medio avergonzado que la conmovió—; pero cuando me deshice de las motocicletas, sentí la necesidad de más velocidad en cuatro ruedas. Es el coche comercial más rápido del mundo.

—Eso parece —ella sonrió ante el obvio orgullo en el semblante de Kane—. Estoy impresionada.

—Entonces, valió la pena —había una intensidad en su voz que le produjo un estremecimiento en la espina dorsal a Janie, y se volvió a mirar por la ventanilla, tensa. Si alguien le hubiera dicho que el solo sonido de la voz de un hombre podría provocar reacciones semejantes en su cuerpo, nunca lo habría creído, pensó con ironía, mientras el potente coche ronroneaba obedientemente por el largo y sinuoso camino particular. Con razón Kane se había sentido atraído por ese coche. Eran dos de la misma especie: arrogantes, peligrosos y con la habilidad de cautivar y exigir inmediato homenaje.

Una vez en el camino principal, Kane giró hacia la derecha, a una senda estrecha y sinuosa. El cielo empezaba a tener un tono dorado, con unas débiles manchas rosadas en el amplio espacio.

—Es más tarde de lo que yo creía —Kane la miró brevemente—. Ya está empezando a oscurecer. Conozco un pequeño bar-restaurante campestre a unos veinte minutos de aquí. ¿Te apetece tomar una copa?

—Está bien —Janie asintió sin mirarlo. Era cuestión de acostumbrarse a estar en un coche tan potente y tan caro. De hecho, toda esa experiencia era intimidadora. Le lanzó una mirada disimulada a Kane y el corazón empezó a palpitarle con fuerza, al registrar el moreno perfil. Llevaba puesta una chaqueta de cuero negro, forrada de piel, y unos guantes negros de automovilista, y la

imagen global del hombre y el coche se fundían en una sensualidad pura.

El sarcasmo de Tina le volvió a la mente: «Una pequeña huérfana rescatada por el héroe de sus sueños». Quizá no había estado tan equivocada, reflexionó Janie burlándose de sí misma. Ciertamente no encontraba uno a muchos hombres como él haciendo compras en el supermercado o visitando la lavandería automática un sábado por la noche. Sonrió ante el pensamiento.

—¿En qué piensas? —ella no se había dado cuenta de que él la miraba y se ruborizó.

—Ah, no era nada —mintió rápidamente.

—Janie, puedo contar con los dedos de una mano las veces que te he visto sonreír en mi compañía —dijo cáusticamente—. En esta ocasión, podrías por lo menos decirme por qué.

—¿Realmente quieres saberlo? —preguntó ella—. Tal vez no te guste.

—Eso no lo dudo. Vamos, dispara.

—Tan sólo me preguntaba cuántas veces en tu vida has ido a una lavandería automática —sintió un momento de satisfacción al ver la expresión de asombro del rostro de Kane—. Eso es todo. Probablemente, ni siquiera sabes lo que es —dijo con leve sarcasmo.

—Pues sucede que sí he ido varias veces —se detuvo bruscamente en una pequeña área para paradas de emergencia y apagó el motor—. Estuve tres años en la universidad y luego estuve vagabundeando un par de años por Europa.

—Pero tenías mucho dinero…

—No —la miró fijamente—. No quería ser diferente de mi grupo de amigos y ninguno de ellos tenía un centavo. Solíamos dormir en las playas, en pensiones de mala muerte, y cosas por el estilo —los ojos azules centellearon ante el asombro de Janie—. Uno de esos establecimientos hasta estaba infestado de pulgas. Asqueroso, por lo que recuerdo —agregó reflexivamente—. Pero fue un par de años fabuloso.

—¿Todavía ves a alguno de ellos? —preguntó ella con curiosidad, fascinada por esos inesperados recuerdos.

—Sí —la miró nuevamente—. Charlie y Ben son médicos ahora, los dos están casados. Mike todavía sigue vagando de un empleo a otro… muy inquieto… y Nathan es el auténtico hombre de familia, con seis hijos, hasta la fecha.

—¿Seis? —ella lo miró, sonriendo.

—Viven en una casa de campo, donde él es veterinario, y es una casa de locos —dijo Kane en voz baja, con una expresión en el rostro

que ella no pudo descifrar—Es también el hogar más feliz de la tierra.

—¿Lo es? —ella dejó de sonreír al asentir él lentamente, con la mirada fija en el rostro de Janie.

—Ellos se aman —dijo suavemente—. La clase de amor que llega una vez en la vida.

El aire se hizo pesado y ella buscó desesperadamente una forma de romper ese vínculo de intimidad.

—¿Y ésos son todos? —preguntó.

—No —la voz de él cambió y se apartó de ella, con el perfil tenso —. Mi mejor amigo, John, está en los Estados Unidos, luchando desesperadamente por todos los medios a su alcance para salvar el negocio de su padre. John Collins —la miró con fijeza—. Lo malo es que no quiere aceptar favores que no pueda reembolsar, y el muy tonto está atándome las manos, al mismo tiempo que su padre me pide ayuda. Vaya situación, ¿no? De un modo o de otro, todos pierden. Bien, ¿podemos dejar esto ahora? —su semblante era casi hostil cuando encendió el motor—. Te contaré esto en otra ocasión, no ahora.

—Desde luego, lo siento. No era mi intención entrometerme.

—No lo has hecho —la miró y sus ojos se ablandaron—. Es que no soy muy bueno para hacer confidencias; no es algo que haga normalmente —la sonrisa que le dirigió hizo que Janie se derritiera—. Vamos a buscar ese bar, ¿no?

«No quiero esto. No quiero esto». Ella repetía las palabras en su mente mientras atravesaban lentamente el pueblo, luego un área más poblada y después nuevamente una senda campestre. Algo le estaba sucediendo a Janie que la tenía aterrorizada. ¿Cuándo podría escapar decorosamente? Como si él hubiera adivinado su mente, habló con calma.

—La fiesta que mencionó mi madre es tan sólo una fiesta pequeña para completar la Navidad. ¿Te quedarás, desde luego?

Con una enorme fuerza de voluntad, ella mantuvo su voz serena al replicar, sin ninguna expresión en el rostro.

—No lo creo, gracias. Debo irme a casa. Ha sido muy amable por tu parte...

—No empieces con eso nuevamente —el rostro de Janie se encendió ante el tono cortante de Kane.

—¿Que no empiece con qué nuevamente? —preguntó con indignación.

—La rutina de «escapar del cubil del lobo». La fiesta es el domingo. ¿Te esperan para trabajar el lunes?

—Sí —ella no estaba segura de si Joe la esperaba entonces o no,

pero eso no importaba.

—Entonces te llevaré a tu casa después de la fiesta —dijo él con frialdad.

—Pero no quiero…

—¡Maldita sea, Janie! —el grito fue tan súbito, que ella se sobresaltó—. ¿Qué diablos te pasa? Te estoy pidiendo que te quedes a una fiesta, no a una sesión en el potro de tormento. Por lo menos, ten la cortesía de fingir que todo esto no es tan repugnante.

—No es repugnante —dijo ella débilmente—. Es sólo que… —se detuvo, sin poder seguir.

—¿Sí? —preguntó él, cortante.

Ella aspiró hondo y, después de un rato, dijo con tristeza:

—Es que simplemente no sé qué es lo que esperas de mí. Tú sabes lo que siento, por lo de mi padre y todo lo demás. Sólo se me hace difícil… —no encontraba la palabra adecuada.

—¿Confiar en mí? —terminó él.

—Supongo que eso es —ella no se atrevía a mirarlo.

—Yo no tuve conocimiento de ese asunto en el momento en que sucedió, Janie. Puedes creerlo —dijo él suavemente, entrando en el aparcamiento de cemento del bar—. No te mentiría sobre algo así —después de apagar el motor, él se relajó en el asiento y extendió un brazo sobre el respaldo detrás de Janie, con los ojos fijos en los de ella—. Tarde o temprano tendrás que correr algunos riesgos en la vida —dijo con suavidad—. ¿Por qué no empezar conmigo ahora? No te estoy pidiendo que me declares una eterna devoción, Janie, tan sólo que trates de abrir tu mente un poco y tomes cada día como venga. ¿Es eso demasiado pedir?

—¿Qué papeles me llevaste en Nochebuena? —preguntó de pronto. Le pareció que eran importantes para esa conversación, aunque no estaba segura de por qué.

Los penetrantes ojos azules no abandonaron su rostro, al replicar él lenta y firmemente:

—La mayor parte eran el resultado de mis investigaciones. Sí hubo una injusticia, pero yo no advertí en un principio lo serio que era eso. Los papeles son documentos que lo prueban y también detallan la cantidad que se le debía haber pagado a tu padre. Quiero que ahora tú recibas ese dinero, Janie —se detuvo cuando ella hizo un movimiento de protesta—. No, déjame continuar. Cuando se te pague esa cantidad, puedes hacer lo que quieras con ella… regalarlo a la beneficencia, si crees que es dinero obtenido a costa de la vida ajena… pero quiero que lo aceptes.

—¿Te remuerde la conciencia? —preguntó ella en voz baja.

—Así es. Como dijiste cuando nos conocimos, hasta aquí llega la responsabilidad. Cualesquiera que sean las circunstancias, las transacciones se hicieron en nombre lo Empresas Steel y eso significa que yo soy el responsable. Hasta ahora, nunca he estafado a nadie y no quisiera sentar un precedente con tu padre. No puedo deshacer el daño hecho, sólo puedo repetir que no tuve nada que ver con eso. Tienes que decidir si me crees o no y también si eso es suficiente para encender la vela.

—¿La vela? —ella se lo quedó mirando, hipnotizada, en la penumbra. El temblor que le causaba siempre su presencia estaba en la boca de su estómago, el sensual aroma masculino llenaba su nariz, la dinámica potencia del hombre parecía intensificada cien veces en el recinto cerrado del coche.

—La luz que disipe la oscuridad —dijo él suavemente.

—¿Pero por qué...? —Janie se detuvo. Lo que iba a decir era muy torpe.

—¿Por qué?

«Ah, dilo ya», pensó con una súbita oleada de fuerza. Tenía que preguntarlo, por más que sonara torpe.

—¿Por qué estás interesado en mí? Si lo estás... Quiero decir, después de todo, podrías elegir a tantas mujeres...

—Pues por lo que he visto, podría jurar que tú eres una mujer —dijo él, con una sonrisa burlona—. Entonces, ¿por qué no tú?

—No soy precisamente tu tipo de mujer, ¿no? —murmuró ella, con las mejillas sonrojadas—. Quiero decir...

—¿Quién dice que no eres mi tipo de mujer? —preguntó él con voz grave, y Janie sintió que el estómago se le contraía.

—Kane...

—Acércate —al entreabrir ella la boca, él se la cubrió con la suya, y el poder explorador de su lengua hizo que Janie se estremeciera de la cabeza a los pies. «Podría besarlo eternamente», pensó ella, horrorizada. Nunca se había encontrado con un poder tan arrasador en un simple beso. Él tomo su rostro entre las manos

con ternura, sin separar la boca de la de ella; luego, sus labios empezaron a vagar sobre sus mejillas, sus párpados, sus orejas, hasta que ella pensó que iba a derretirse a sus pies.

—Ahora —él se volvió a enderezar en su asiento, mientras con una mano jugueteaba con el cuello de Janie, bajo el velo de sedoso pelo negro—. ¿Puedes decirme sinceramente que no sospechas que te encuentro más que aceptable? —el fulgor humorístico en los ojos azules le destruía los nervios a Janie—. Y por el momento, vas a hacer lo que te diga, Janie Gordon. Vamos a entrar en el bar a tomar una

copa antes de la cena, y luego, pasarás el resto de la velada dedicada exclusivamente a mi compañía. Y antes de que pase mucho tiempo, serás igual que el resto de mis mujeres, y caerás a mis pies en adoración —dijo él con humor, burlándose de sí mismo; pero al repetir él el comentario que ella le había lanzado antes con ira, Janie se sintió dominada por el pánico al reconocer que eso era exactamente lo que ella había estado temiendo todo el tiempo.

CAPÍTULO 8

EL sábado pasó en un estado de feliz inconsciencia, que ni siquiera los comentarios venenosos de Tina pudieron penetrar. «Estoy enamorándome de él», reconoció Janie esa noche, acurrucada en su cama, con Juniper y Cosmos a su lado. Iba contra razón y toda lógica y ella no quería, pero... abrazó el cojín con fuerza... no podía evitarlo. ¿Podía realmente amar a alguien en quien no confiaba?, se preguntó más tarde, al no poder dormirse. ¿Y confiaba en él? Se retorció en la cama, para disgusto de los gatos. No lo sabía. Ya no sabía nada de nada. Un segundo deseaba no haberlo conocido, y al siguiente...

Recordó la larga caminata que habían dado esa tarde en el limpio aire invernal. La facilidad con que charlaron y se rieron juntos, la forma en que él la enamoraba... De pronto, se estremeció y exhaló un angustiado sonido en la garganta. Probablemente era la mujer más tonta del mundo, pero, ¿cómo podía estar segura...?

June le subió una bandeja con el desayuno el domingo temprano, con el joven rostro preocupado y apurado.

—Abajo es un manicomio, señorita —dijo alegremente al correr las cortinas—. La señora Langton está levantada desde las cinco de la mañana, preparando todo para la fiesta. Podría uno pensar que nos va a visitar la Reina.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Ah, no, señorita —dijo June, horrorizada—. A la señora Langton le daría un ataque. Los proveedores de banquetes a domicilio están ahí haciendo de todo, pero nada está bien, en lo que a ella respecta. Sólo tendremos unas cuarenta personas. No sé por qué está tan ansiosa.

—¿Cuarenta personas? —preguntó Janie con el corazón en los pies —. Yo creí que era una fiesta pequeña.

—Lo es, señorita —dijo June, desconcertada—. Ha habido doscientas, cuando el señor Steel ha querido agasajar a la gente, especialmente en el verano, en los jardines. Cuarenta no es nada.

En cuanto terminó el desayuno, Janie se acercó al armario y examinó su ropa desconsoladamente. Ya se había puesto el vestido negro y uno de fiesta... ésos ya no servían. Recorrió con la vista los pocos vestidos de noche que le había guardado la señora Langton. ¿Tal vez los pantalones blancos de seda con la blusa escotada que se había comprado en París, en un viaje de un día, el año anterior? Los sacó del armario y los extendió en la cama. La blusa bordada con lentejuelas en blanco y negro, casi sin espalda, con unos delgados tirantitos y un escote pronunciado, llamaba la atención. Ese conjunto

le daría satisfacción a cualquiera, pensó con aprobación. No reflexionó exactamente a quién. Sin duda, habría bastantes mujeres despampanantes esa noche. Y se dejaría el pelo suelto. Recordó las manos de Kane jugueteando con su pelo la tarde anterior, con los ojos hambrientos, y se dejó caer en la cama bruscamente. Esto era una locura. ¡Ella estaba loca!

Para cuando empezaron a llegar los primeros invitados, Janie se había convencido de que no podía hacer nada. Probablemente todo saldría mal, pensó desvalidamente al ver que la primera persona que entró era la etérea rubia con quien había visto a Kane durante la conferencia de prensa. Estaba loca al considerar siquiera que él estaba interesado en ella.

—Ah, aquí estás —al deslizar Kane un brazo posesivo alrededor de su cintura, Janie alzó la vista con sorpresa—. Lo siento... una llamada —él estaba muy atractivo con pantalones informales y una camisa de seda que le sentaba de maravilla. No lo había visto en casi toda la tarde; se había encerrado en el estudio nuevamente y Janie supo por el padre de Kane que él seguía intentando la fusión con los Collins.

—¿Tuviste éxito con tus llamadas? —preguntó con ligereza, tratando de concentrarse en cualquier cosa, menos en el contacto del muslo de Kane con el de ella.

—Tal vez —dijo él lentamente—. Ya logré que lo discutieran el padre y el hijo, así que quizá lleguemos a algún compromiso... una sociedad comanditaria como Empresas Steel o algo así. John es tan terriblemente orgulloso —sonrió sardónicamente—. Y no hagas comentarios acerca del orgullo masculino.

—No soñaría con hacerlo —repuso ella, mientras pasaba junto a ellos la rubia, sin que Kane siquiera la mirara.

—Estás nerviosa. No lo estés —dijo con una cálida mirada en su rostro—. Estás hermosa, Janie. No hay una sola mujer en esta sala que pueda competir contigo.

—Qué poco galante para el resto de nosotras, ¿no, Kane? —dijo Tina, al pasar junto a ellos, en un remolino de satén negro y diamantes. Kane alzó unas cejas expresivas con cínica diversión, pero al ver a la alta rubia que se alejaba, Janie sintió un estremecimiento en la espina dorsal. Esa mujer era veneno; puro veneno. Y más cuando fingía refinamiento.

Cuando Janie estaba sirviéndose del magnífico buffet, se le acercó Tina, pero había sentido la venenosa mirada de la rubia siguiéndola toda la noche.

—Creo que Kane ha poseído a todas las mujeres que hay en esta habitación, en algún momento —dijo la refinada voz de la rubia, en el

oído de Janie—, o siquiera a las de menos de treinta años.

—¿Perdón? —Janie se había preparado mentalmente para algún tipo de ataque furioso, pero la absoluta vulgaridad de las palabras susurradas la tomó por sorpresa.

—Es realmente asombroso —continuó Tina, con la mirada en la comida, llenando su plato—, cómo conserva la amistad de todas después. Claro que es un hombre insólito. ¿No lo cree? —miró a Janie, con los malévolos ojos entornados.

—No creo que esta conversación...

—¿Sabía usted que salí con él un tiempo, antes de que nos conociéramos Keith y yo, desde luego? —la interrumpió Tina—. Así que yo hablo por experiencia —sonrió significativamente.

—¿Quiere decir que se acostó con él? —preguntó Janie con frialdad, mirando a la otra mujer de frente.

—Querida, qué directa es —dijo Tina maliciosamente.

—Porque si eso es lo que quiere decir, tendría que llamarla mentirosa —dijo Janie con tensión—. Tengo entendido que se conocieron casualmente, salieron tres veces y eso fue todo —al apartar Tina la mirada, ella dio un paso hacia adelante, con el semblante calmado—. ¿Quiere decirme algo diferente?

—Ah, eso ya es una historia vieja, ¿no es así, querida? —dijo Tina lentamente, después de un largo silencio—. No querrá saber todos los sórdidos detalles.

—Es usted patética, Tina —el rostro de Janie estaba sombrío y en sus ojos había una profunda aversión—; patética, morbosa y de mente retorcida.

—¿Cómo se atreve? —el bello rostro tenía una malevolencia que le revolvió el estómago a Janie—. ¿Cómo se atreve a hablarme así? Eso no lo tolero...

—Y yo no voy a escuchar sus mentiras y sus insinuaciones —dijo Janie con claridad—, ni ahora ni en el futuro.

—¿Futuro? —la voz le temblaba a Tina de rabia—. ¿Realmente cree que tendrá un futuro con Kane? ¡Y tiene el descaro de llamarme a mí patética! Él no permanecerá con usted; él no se quedará con nadie, ¿no lo ve? Él es un verdadero hombre, el único que he conocido, y no puede dejarse enjaular por nadie. Yo lo veo y sé cómo piensa; puedo ver lo que él necesita... —fue la mirada de horror en los ojos de Janie lo que detuvo a Tina un segundo antes de que la profunda y fría voz de Kane hablara detrás de ella.

—Vete a tus habitaciones, Tina —al volverse Tina, Janie no pudo ver la expresión de su rostro, pero la de Kane era terrible—, y haz la maleta. Baines te llevará a tu casa.

—Kane…

—Ahora —la interrumpió él—, o no seré responsable de mis acciones.

—No puedes hacerme esto, Kane —había un extraño tono en la voz de Tina que hizo que Janie se estremeciera y se diera cuenta, por primera vez, de la enormidad que debió de significar para el hermano de Kane vivir con esa mujer tanto tiempo. Con razón eso lo había matado—. Soy parte de tu familia, te guste o no. No puedes tratarme como lo haces con los demás.

—Ven conmigo, Tina —la tomó de un brazo, sacándola de la sala, sin expresión en el rostro, y Janie se estremeció de alivio al ver que se había ido calladamente, aunque la larga mirada que le dirigió Tina estaba llena de maligno desprecio.

Pasó un largo rato hasta que regresó Kane, y ya algunos invitados se habían ido. En las siguientes efusivas despedidas, Janie no tuvo oportunidad de hablar a solas con él. Cuando estaban él y sus padres diciéndole adiós al último invitado, dijo Kane:

—Tina ya se ha ido, mamá —se volvió hacia Aileen, al entrar de nuevo en el vestíbulo y cerrar la puerta.

—¿Se ha ido? —su madre lo miró, atónita—. ¿Esta noche? ¿Con quién? ¿Y dónde están los niños?

—Están arriba, profundamente dormidos —dijo él—. El padre de Tina la ha recogido. Tengo entendido que están planeando un crucero por todo el mundo y él sugirió que sería bueno para ella acompañarlos el próximo par de meses. Su padre piensa que ella necesita descansar de los niños y sabe que estarán felices y seguros contigo. Telefoneará mañana para discutir los detalles y atar los cabos sueltos.

—Esto es muy repentino —su madre se lo quedó mirando—; pero, por otra parte, nunca he comprendido bien a Tina y no es muy maternal. ¿Crees que este último año la habrá afectado más de lo que aparenta? —le preguntó a su marido, con una expresión de culpabilidad.

—Lo dudo —dijo George con sequedad—; pero Tina no se comunica mucho con nadie, ¿no? Creo que esto es precisamente lo que todos necesitamos. Nos dará una oportunidad de aclarar las cosas —agregó, después de una larga mirada al sombrío rostro de Kane.

Al conducir a su mujer hacia la puerta, echó una mirada interrogativa a Kane sobre su hombro, pero Kane negó con la cabeza rápidamente, con un dedo sobre los labios.

—Te veré mañana, papá —el tono era imperturbable, pero su padre asintió lentamente, habiendo recibido y entendido el silencioso mensaje—. ¿Janie? —al desaparecer sus padres, Kane puso una mano

sobre el brazo de Janie—. Necesito hablar contigo, estar con alguien normal. ¿Te molesta?

—Claro que no —el obvio dolor en los ojos de Kane era angustioso, y, guiada por el instinto más que por su mente, alzó las manos y bajó la cabeza de Kane hacia sus labios, besándolo por su propia voluntad por primera vez, antes de apoyar la cabeza en el duro pecho.

—Por aquí —él la condujo al estudio, donde se veía el rojo fulgor del fuego de la chimenea en la oscuridad. Cerró la puerta con el pie y la tomó inmediatamente en sus brazos, con la hambrienta boca sobre la de ella. Ella sabía lo que estaba provocando al corresponder a su beso, pero en ese momento nada importaba, más que darle consuelo a Kane—. Te necesito, Janie, muchísimo… —y al hablar él, cada nervio sensible del cuerpo de Janie respondió al ronco gemido. Las manos de Kane apretaron su cuerpo más íntimamente, con la respiración jadeante y el beso más intenso, y ella supo que estaba perdida… perdida en un creciente torbellino que se llevaba todo su razonamiento, donde nada importaba más que Kane.

Cayeron juntos sobre el sofá, entrelazando instintivamente las piernas, mientras sus manos y sus bocas buscaban un mayor contacto; y al deslizar ella los dedos dentro de la camisa entreabierta de Kane, él se puso tenso por un segundo antes de volver a capturar su boca. El cuerpo de él estaba duro, musculoso y tibio, el grueso y rizado vello que cubría el amplio pecho era maravillosamente erótico bajo los dedos exploradores de Janie.

Las manos de Kane bajaron lentamente por la espalda de Janie, antes de deslizarse dentro de la delgada blusa y sentir su sedosa piel. Sus labios eran excitantes y provocativos cuando él bajó la cabeza al cuello de Janie y más abajo, a la suave protuberancia de sus firmes senos.

—Janie, me estás volviendo loco… —al alcanzar nuevas alturas sus caricias amorosas, el placer que invadía el cuerpo de Janie era casi intolerable. Luego, él se apartó un poco, apoyándose con las manos, tumbado sobre ella—. Te deseo, Janie, ahora, totalmente… —lo único que veía ella eran los fulgurantes ojos en la penumbra—. ¿Me entiendes?

Al comprender lo que él quería decir con esas palabras, Janie reconoció que él, conscientemente, le había dado la oportunidad de elegir. Kane era experimentado, versado en todas las reacciones; él sabía que ella podía ser suya en ese momento, pero se había retirado y deliberadamente le había dado una opción. ¿Por qué? ¿Por qué? De pronto, sin motivo alguno, ella sintió pánico.

—Kane, esto está sucediendo demasiado rápido… —al tratar de

sentarse ella, él se quedó quieto un largo rato, antes de deslizarse del sofá y acercarse a la chimenea, dándole la espalda a Janie—. Lo lamento, de veras… —ella respiró hondo—. Ya no sé qué es lo que siento, qué es lo que quiero —terminó con un sollozo.

—Pues yo sí sé lo que quiero —al volverse él, ella no pudo ver su rostro en la oscuridad, sólo el negro contorno, grande y amenazador—; más que nunca en mi vida.

Hubo un largo y profundo silencio, antes de que ella se pasara una mano por los ojos, a punto de llorar.

—Lo siento —susurró de nuevo, con voz temblorosa—. No fue mi intención que las cosas se salieran fuera de control así.

—Tampoco fue la mía —dijo él con voz baja y suave—; pero cuando estoy junto a ti, suceden cosas, ¿no? —el burlón humor la hirió un poco, al advertir que quería que él se sintiera tan desesperado como ella, que él barriera con sus objeciones, que él consumara sus relaciones del modo tradicional. Su propia inconsistencia hizo que un rubor de humillación coloreara sus mejillas.

—¿Me llevarás a mi apartamento? —preguntó ella en un susurro.

—Si me prometes cenar conmigo mañana por la noche —dijo él de inmediato, con la voz cálida y firme.

—¿Estaría bien el martes? —preguntó ella, con el corazón repicando contra su pecho—. Necesito arreglar mi apartamento, lavarme la cabeza, las cosas usuales…

—Está bien —la profunda voz le produjo cosquilleos en la espina dorsal y un sudor en las manos. ¿Cómo podía desearlo tanto? ¿Cuándo la había invadido ese sentimiento tan completamente? ¿Dónde se habían ido toda la fría lógica y el razonamiento?

Baines ya había colocado su equipaje en la parte posterior del Bentley, aparcado frente a la puerta, esperando pacientemente bajo la luna llena. Kane entró en el asiento delantero, después de acomodar a Janie junto a él.

—No tan seductor como el Jaguar —murmuró con burla al arrancar el potente motor—, pero quizá eso sea mejor esta noche.

Ella quería tratar todo ese asunto con tanta ligereza como él, pero tenía una bola en la garganta que lo hacía imposible. Si él no se hubiera detenido, ella se habría sentido ahora muy diferente. Cerró los ojos por un segundo. Si habría sido peor o mejor, no lo podía saber en ese momento; él estaba demasiado cerca para poder pensar coherentemente.

El gran coche se movía rápidamente por los caminos casi desiertos

a las dos de la mañana y, al recordar ella ese mismo recorrido cuatro días antes, no podía creer lo completamente que se había él apoderado de sus pensamientos y de sus emociones, lo absolutamente que había aniquilado sus defensas. Y ella todavía estaba lejos de entender la clase de persona que era él. ¿Confiaba ella en su mente o en su corazón? Las vacías calles no la ayudaban a resolver su problema.

—Aquí estamos —cuando se detuvieron delante del edificio, ella se lo quedó mirando, como si nunca fuera a volver a verlo. Ese hombre había vuelto su vida del revés en unos cuantos días, pero lo peor de todo era que ella no podía imaginarse la posibilidad de no volver a verlo—. Me alegro de que esta noche sí lo lleves puesto —puso un dedo en el colgante de su cuello—. Su poder no ha disminuido.

—No comprendo —ella se lo quedó mirando, antes de asentir—. Ah, te refieres a Tina.

—No exactamente —dijo él con sequedad.

—¿Ella se va? —le pareció a Janie más seguro concentrarse en su cuñada—. ¿Y deja a los niños?

—Sí —él suspiró con fuerza—. Su padre fue más comprensivo de lo que yo esperaba. Parece que la quiere, a pesar de ella misma. Él apreciaba a Keith y creo que tenía una buena idea de cómo estaban las cosas. Está planeando un viaje de un año, tal vez más, y haremos los trámites oficiales a su tiempo con respecto a los niños. Tina nunca ha tenido tiempo para ellos; a veces no los soporta cerca. Mi madre es la madre que ellos deberían haber tenido.

—¿Y Tina estará de acuerdo con eso? —preguntó Janie con asombro—. ¿Sus propios hijos?

—Cuando un tiburón hembra da a luz a su prole, están perfectamente formados en su pequeño saco, igual que los hijos humanos —dijo Kane con una voz dura y dolorosa—. Pero en el instante en que están fuera, en el mar, son independientes, realmente independientes... Su madre no tiene ya nada que ver con ellos. A veces, la naturaleza hace una broma macabra y diseña un tiburón en dos pies: Tina —miró a Janie con seriedad—. No hay nada natural en esa mujer, Janie. Los ha descuidado, los ha ignorado, desde que nacieron. Keith casi se volvía loco con eso, hasta que lo aceptó, como todo lo demás. Él se volvió padre y madre para los niños, y, desde luego, mi madre ayudó.

—¿Cómo murió, Kane? —Janie nunca había sentido que podía hacer esa pregunta, pero ahí, en la oscuridad, el tiempo parecía suspendido e irreal.

—Un accidente de coche. Las circunstancias fueron muy extrañas. Aparentemente, él condujo directamente hacia un muro de ladrillos y

no había huellas de neumáticos que indicaran que giró por algún motivo, pero era medianoche en un camino desierto y no hubo testigos. Fue más fácil convencer a mi madre de que fue un accidente.

—¿Crees que fue suicidio? —preguntó ella, horrorizada.

—Sí. Tina lo había vuelto el tipo de hombre que él odiaba, Janie. Él había hecho cosas, dicho cosas que le habían quemado el alma, y ella todavía no estaba satisfecha. Él era débil, lo sabía, y pagó el precio final —se volvió hacia ella de pronto y le dio un duro y fiero beso, que la dejó sin aliento—. ¿Estás segura de que puedes esperar dos días enteros antes de volver a verme? —preguntó él suavemente, tomando su rostro entre sus manos. Ella aceptó el cambio de conversación sin comentarios. A veces, cuando hablaba de su padre, le resultaba muy doloroso, especialmente al principio. No era de extrañar que Kane odiara a Tina con tal intensidad.

—Lo intentaré —dijo con ligereza, abriendo la puerta del coche y saliendo a la helada noche. Si se quedaba allí un minuto más, le pediría a Kane que diera la vuelta y la llevara a su casa con él nuevamente, a la cama de él.

—Tontuela... —la siguió hasta la puerta de entrada y la tomó en sus brazos nuevamente antes de que ella pudiera protestar, besándola hasta que la dejó sin aliento—. Abre la puerta —dijo cuando por fin la soltó, dejándola acalorada y temblorosa. Lo miró, furiosa. ¿Cómo podía él estar tan irritantemente imperturbable?

—No necesitas subir —protestó ella cuando él la siguió al pequeño vestíbulo—. No hay necesidad...

—Has estado ausente durante cuatro días y el edificio está vacío —dijo él con calma—. Sólo verificaré que todo está bien y desapareceré, a menos que quieras que te caliente la cama —añadió con malicia.

Para cuando él se fue, los nervios de Janie estaban tensos como cuerdas de violín y nunca había estado tan confundida en su vida. El alivio que sintió al oír sus pisadas al bajar la escalera sólo se igualaba al doloroso pesar de su partida.

El apartamento parecía una nevera, y cuando estuvo acostada temblando en su cama, unos minutos después, echando de menos los cuerpos de Juniper y de Cosmos más de lo que habría creído posible, supo que iba a ponerse a llorar hasta quedarse dormida.

CAPÍTULO 9

EL trabajo, al día siguiente, resultó ser un desastre de grandes proporciones, al cometer Janie los errores más elementales constantemente. Cuando acabó el día, ella sabía que sólo porque Joe creía que ella todavía sufría los efectos de la gripe, no había estallado.

—Yo diría que debes tomarte otro par de días, Janie —le dijo al ponerse ella el abrigo—. Todavía no eres la misma.

«Nunca seré la misma», pensó, asintiendo y levantando su bolso del suelo. «Ni siquiera sé lo que soy ahora».

—Gracias, Joe —se despidió en la puerta—. Lamento mucho las barbaridades que he cometido hoy.

Una vez en su apartamento, encendió la pequeña estufa de gas, se preparó un té y pan tostado y se sentó calentándose los pies frente al calor rojo, mientras comía. Se lavó el pelo, limpió el apartamento de punta a punta, pero la inquieta energía que le tuvo el estómago revuelto y las manos temblorosas todo el día, no desaparecía. Y no vería a Kane hasta el día siguiente.

«Tengo que hacer algo», pensó con irritación, después de pasar por varios canales de su pequeño televisor sin objeto.

Los papeles de su padre. Se aferró a la idea rápidamente. La intención de Kane de reembolsar el dinero que consideraba que le correspondía a ella, exigía una cuidadosa revisión del lado financiero de la transacción. Se sentía muy incómoda ante la idea de aceptar dinero, y con los sentimientos que parecían haberse desarrollado entre ellos, él podría mostrarse demasiado generoso y ella no podía tolerarlo.

¿Se sentía con bastantes fuerzas como para sacar esa caja con todos los dolorosos recuerdos de la angustia de su padre y de su propia desesperación? Se puso en cuclillas frente a la televisión. Asombrosamente, sí se sentía con fuerzas. Se quedó sentada allí varios minutos al sentir, por primera vez en dos años, una especie de paz en el corazón, acallando el dolor y las penas con la lenta aceptación de lo que ella no podía cambiar. Tenía que liberarlo, que soltarlo, tenía que confiar en lo que le decía su corazón. La amargura que había sentido durante tantos meses estaba dirigida contra un gigante lejano, un poderoso dictador con la capacidad de actuar con brutal crueldad; pero ahora... ahora conocía a Kane... y lo amaba.

No supo cuánto tiempo estuvo sentada allí, asimilando el conocimiento por el que había estado luchando, pero cuando

finalmente se puso de pie y sacó la caja con los papeles, la revelación se volvió un hecho. No sabía lo que le deparaba el futuro… él no había pronunciado palabras de amor y el mundo de él no era el de ella… pero de todos modos ella quería estar con él durante todo el tiempo que él la quisiera. El dolor angustioso por la muerte de su hermano, su compasión y su comprensión en el asunto de Collins, su preocupación por su madre, su amor por los niños de Keith… Ése no era un hombre que pudiera estafar implacablemente a un hombre de edad madura por el trabajo de toda su vida y luego irse sin mirar para atrás. Eso creía ella; tenía que creerlo.

Pensó en los acontecimientos de los últimos días. La asombrosa ternura que le había mostrado cuando estaban solos era todo lo que ella habría deseado en un hombre, así como su fuerza, no la brutal de muchos hombres que se creían superiores, sino la que la acompañaría en cualquier situación o circunstancia que se le presentara con él, sabiendo que él la protegería incluso a costa de su propia seguridad. Ya no podía dudar de su integridad; ya no lo dudaría.

Sus pensamientos retrocedieron a la noche anterior y a las demostraciones amorosas que habían sucedido en un plano muy diferente a lo que ella jamás había soñado. Habría sido lo más fácil del mundo para él poseerla en ese momento; ella estaba indefensa y dispuesta debajo de su cuerpo, cediendo a su dominación masculina. Pero él se detuvo.

Respiró con fuerza. Él no quería sólo su cuerpo, la quería a ella entera, eso lo sabía Janie. ¿Pero dónde la dejaría eso a ella cuando terminara, si es que terminaba? ¿Cómo se las arreglaría ella con las consecuencias el resto de su vida?

Las palabras de Kane le vinieron a la mente con tanta claridad como si él estuviera en esa habitación. «Tarde o temprano tendrás que correr algunos riesgos en la vida. ¿Por qué no comenzar ahora, conmigo?»

«Sí, ¿por qué no, Kane?», le dijo silenciosamente. Ya no iba a temer a lo desconocido, sino a afrontarlo directamente, con él, y tal vez… ¿tal vez él realmente llegaría a amarla?

Después de quitar una gran araña muerta y toda una red de telarañas, Janie vació los papeles sobre la alfombra y empezó a clasificarlos metódicamente por orden de fechas. El montón era impresionante, pero ella tenía toda la noche, y una vez que ordenó la pila, se sentó y empezó a leer cada papel, haciendo anotaciones al mismo tiempo.

Su padre había ofrecido una gran resistencia. Varios de los papeles estuvieron manchados de lágrimas, antes de llegar a la mitad de su

lectura. Él no había implorado, no había amenazado, se había mostrado cortés todo el tiempo, pero no logró que se apiadaran de él.

Después de varias tazas de café, sólo le quedaban unos cuantos papeles por revisar. Echó un vistazo a sus anotaciones y suspiró. El reembolso financiero sería considerable. ¿Lo sabía Kane? Movió la cabeza lentamente. De algún modo, eso le parecía injusto, aunque iba contra toda lógica.

Era la una de la mañana. Al mirar su reloj, decidió revisar rápidamente los papeles que le faltaban antes de ir a acostarse. Sintió que ahora sí podría dormir. La carta que le causó un torbellino en la mente fue la tercera desde abajo y era una que no había visto antes. La leyó rápidamente, luego otra vez más despacio, con unas palpitaciones tan fuertes en el pecho que pensó que iba a morir; luego la leyó por tercera vez, al quedarle las letras de la página grabadas en la mente como con un hierro candente. La máquina de escribir que se utilizó imprimía bellas letras cursivas que hablaban a gritos de riqueza y poder.

Querido señor Gordon:

Siempre es doloroso poner un límite de tiempo a negociaciones de índole tan delicada como las nuestras, pero creo que las Empresas Steel no pueden aceptar más dilaciones. Su retraso ya le ha hecho perder una compensación financiera considerable, y me parece que nuestra oferta es muy generosa, dadas las circunstancias algo desesperadas en que se encuentra usted actualmente. Si no acepta nuestras condiciones para la adquisición de su compañía dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, las Empresas Steel se retirarán de las negociaciones, y nuestro conocimiento de sus problemas financieros sugiere que su posición se volvería insostenible. Siempre es una experiencia triste y humillante que el nombre de una familia sufra el oprobio de un proceso judicial, y quisiera que tuviera eso en consideración al tomar su decisión.

Seguía la usual conclusión final a esa carta, pero fue la firma en la parte inferior lo que le produjo a Janie un agudo dolor en el pecho. Una firma fluida y vigorosa:

K. Steel y abajo: Presidente y Director Ejecutivo.

Así que eso era. Alzó la cabeza y se quedó mirando ciegamente la

pared de enfrente. Él sí lo supo. ¡Él sí lo supo! Aunque no hubiera tomado parte en la sutil presión que había rebajado el precio a una tercera parte de la oferta original en unos meses, al resistirse su padre, y que había sobornado o forzado a los bancos y a otras instituciones a retirarle su apoyo; aun cuando él no hubiera instigado todo eso, esa carta demostraba, en el análisis final, que él había aprobado los métodos de sus empleados. Y no habría firmado una carta como ésa sin saber toda la historia de la transacción. No él, no Kane Steel.

Janie no lloró. Se quedó acostada en la cama con los ojos bien abiertos hasta que empezó el nuevo día. Se sentía entumecida, muerta; su mera esencia había muerto, se había consumido... ahora ella no era nada. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpida? ¿Cómo pudo?

No fue a trabajar... no habría funcionado en absoluto... y el día pasó lentamente, minuto a minuto. El día siguiente era la víspera del Año Nuevo. Y ella había tenido tantas esperanzas para ese Año Nuevo. Cerró los ojos con fuerza al sentir por un segundo un dolor candente que le atravesó el hielo que rodeaba su corazón e hizo que se abrazara el pecho con fuerza y se balanceara para adelante y para atrás lentamente. No debía pensar ahora. Él estaría allí dentro de una hora y después de eso... El estremecimiento de su cuerpo le heló el alma.

Cuando él llamó a la puerta, ella fue y la abrió lentamente, como una mujer vieja, y al ver él su pálido rostro, se desvaneció su sonrisa de saludo.

—¿Qué pasa? —dejó caer el enorme ramo de rosas que traía y la siguió al interior del apartamento—. ¿Qué ha sucedido?

—Encontré una carta —la voz de Janie, cuando la obligó a pasar por la obstrucción de su garganta, sonó bastante normal, pensó ella con una extraña despreocupación. En cuanto lo vio, sintió una sacudida tal que pensó que iba a desmayarse, pero ahora, por primera vez desde que encontró la carta, sintió que hervía dentro de ella una ira feroz, que fortalecía sus extremidades y le permitía mirarlo sin desmoronarse.

—¿Una carta? —él la miró sin expresión—. ¿Qué clase de carta? —al tenderla él un brazo, Janie retrocedió bruscamente.

—¿Quieres leerla? —preguntó ella con la voz mordazmente clara —. Creo que deberías —él se quedó inmóvil mientras ella iba a la caja que había puesto en un rincón y sacaba la carta que estaba encima de las demás—. Aquí está —él la tomó, cuidándose de no tocar su mano, y leyó rápidamente la hoja. Su rostro se puso tenso al hacerlo—. ¿Y bien? —preguntó ella con la voz demasiado aguda y tuvo que respirar profundamente para seguir—. ¿Es ésa tu firma?

—Puedo explicar esto, Janie —al encontrarse sus ojos, ella vio una

expresión de tristeza en los de él.

—¿Cómo pudiste mentirme así, Kane? —ella tuvo un súbito impulso de echarse sobre él y arañarle el rostro—. ¿Cómo pudiste fingir que eras tan inocente cuando todo este tiempo...?

—Lo era —él dio un paso hacia ella, pero ella retrocedió, con las mejillas ardiendo—. Escúchame, por favor.

—¡No quiero escucharte más! —gritó ella, y su furia era tan intensa que veía una bruma roja ante sus ojos—. ¡No quiero oír más mentiras! ¿Me oyes?

—Creo que todo el edificio puede oírte —dijo él con cólera— Comprendo que veas las cosas así, pero hay un buen motivo detrás. Si dejaras de gritar un momento...

—¡Te odio! ¡Te odio! —cuando ella se abalanzó sobre él, él necesitó todas sus fuerzas para mantenerla a una distancia prudente, al atacarlo con las manos y los pies, con la fuerza sobrehumana que le daba la amarga rabia que invadía su cuerpo. Después de unos minutos, ella se desplomó lentamente en la alfombra, agitando todavía los brazos y las piernas, pero exhausta.

—¿Me escucharás ahora? —él bajó la mirada hacia ella, con el rostro tenso y sombrío—. ¿Me darás oportunidad de explicártelo?

—Ya te he escuchado bastante —dijo ella lentamente—. Con razón querías darme dinero... Ahora lo veo claro... Y pensar que me sentía culpable al considerar aceptar cualquier cosa de ti. Pues no quiero tu dinero, Kane Steel. ¡No quiero nada de ti! —había alzado la voz de nuevo y él movió la cabeza lentamente, con el semblante sombrío.

—No puedo hablar contigo cuando estás así —dijo con voz baja—. Cálmate.

—¿Calmarme? ¿Cómo te atreves a decir eso? Eres un mentiroso y un timador, y ahora comprendo por qué Tina tiene la mente tan desequilibrada al tener que vérselas con tu familia tanto tiempo —era un golpe bajo y ella lo sabía. Se arrepintió de las crueles palabras en el momento en que salieron de su boca, pero lo miró con desafío, decidida a no aflojar.

—Esto no nos hace ningún bien ni a ti ni a mí —dijo él con frialdad, al volverse y dirigirse hacia la puerta—. Regresaré cuando te hayas controlado.

—¡No te molestes en regresar!

Él se detuvo al oír esas palabras y luego continuó caminando hacia la puerta.

—Tal vez no lo haga, pensándolo bien —su voz era glacial cuando se cerró la puerta.

¿Ya se había ido? Ella se incorporó y se arrastró a la mecedora que

había frente a la estufa, con la cabeza dándole de vueltas. ¿Realmente se había ido? ¡Pues qué bien! ¡Ella se alegraba de eso! No quería volver a verlo en toda su vida.

El torrente de lágrimas la tomó completamente por sorpresa, pero una vez que empezó, no pudo detenerlo. Cada vez que pensaba que ya lo tenía controlado, un nuevo diluvio la empapaba el rostro, y finalmente se metió en la cama, con una taza de cacao y una bolsa de agua caliente, y se quedó acostada en la oscuridad, sintiéndose completamente exhausta.

No esperaba dormir, pero las pocas horas de sueño de la noche anterior y el trauma y las impresiones de las últimas veinticuatro horas cobraron su tributo, así que cuando Janie abrió los ojos, un frío y brillante rayo de sol entraba por una abertura de las cortinas. Se quedó acostada un momento, preguntándose qué sería la gran sombra negra que había cubierto su mente… y luego lo recordó.

El espejo del cuarto de baño reveló un rostro pálido y unos ojos tan hinchados que ella sentía que veía a través de unas diminutas rendijas. Se sintió un poco mejor después de una larga ducha caliente, pero sólo un poco, y después, cuando preparaba su desayuno, volvieron las lágrimas.

—Contrólate, Janie —dijo en voz alta—. No puedes seguir así… Estás hecha un desastre…

El día fue peor que el anterior; por lo menos, antes estaba congelada en una especie de vacío, esperando que llegara él, con la mente entumecida, cubierta de hielo. Ahora, las lágrimas brotaban cada cinco minutos y le daba pánico no poder controlarlas. Nunca se había sentido así en su vida, ni siquiera cuando murió su padre, y ella creía entonces que había llegado al fondo.

«Lo odio lo detesto», pensó más tarde, al salir a caminar un poco bajo la fría llovizna que caía, mirando los escaparates sin ver, mientras el resto del mundo pasaba junto a ella, sin advertir que uno de sus semejantes sufría. Entonces, ¿por qué, si ella se sentía así, también amaba tanto a Kane? Ese pensamiento hizo que se quedara parada en seco en mitad de la calle y se le encogiera el estómago. No era verdad, no lo amaba; pero incluso al luchar contra ese pensamiento, sabía que era verdad. Lo amaba, impotentemente, sin esperanzas, y estaba más allá de su poder ahogar ese sentimiento.

Llegó a un pequeño parque y se sentó en un mojado banco de madera. No lo había escuchado, no lo había dejado disculparse… ¿Podría haber una explicación a todo eso? Movió la cabeza lentamente. Sólo una, concluyó. No podía vivir con la esperanza de algo más. Tal vez él lo lamentaba amargamente; quizá había sepultado

esa malvada acción tan hondo que no podía sacarla a la superficie... «Deja de engañarte», pensó, furiosa, después de un buen rato. Él sabía lo que estaba haciendo. Pero ella no quiso escucharlo. Si él regresaba, ella lo escucharía, aunque sólo fuera para conjurar al fantasma. Pero ella lo había perdido y, de pronto, supo que con esa pérdida se iban mil otras cosas que había anticipado para el futuro: matrimonio, hijos, su propio hogar con el hombre al que amaba. Pero él había arruinado todo eso desde un principio, porque el matrimonio no podía entrar en sus planes, aunque no hubiera explotado esa bomba entre ellos. Y, después de conocerlo a él, ningún otro hombre serviría.

Acababa de echar al cubo de la basura la comida que se había preparado, sin tocarla, cuando se oyó el timbre de la puerta. Ella sabía que era él. Abrió la puerta lentamente y alzó la mirada para encontrarse con sus ojos, que la observaban con una expresión fatigada y tensa.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Ella se apartó para dejarlo pasar, sin hablar, y regresó a la sala, oyendo que él cerraba la puerta, antes de seguirla.

—Si empiezo a hablar, a explicarte, ¿me prometes no decir ni una palabra hasta que haya terminado? —preguntó él suavemente, al sentarse ella en un sillón, con los ojos fijos en él.

—Está bien —le indicó el otro sillón con la mano, pero él negó con la cabeza lentamente, haciendo que los toques plateados de sus sienes brillaran bajo la luz artificial, causándole un intenso dolor en el pecho a Janie. No debía llorar ahora, se dijo con fiereza; tenía que controlarse. Ésta era probablemente la última vez que lo viera y debía terminar con algo de dignidad. —La firma de la carta es K. Steel —dijo Kane, empezando a caminar de un lado al otro del pequeño cuarto—, y sí está bien —la miró un segundo—; pero era Keith Steel, no Kane, Janie —él se detuvo un instante, pero luego empezó a caminar nuevamente—. Hace dos años, mi hermano tomó mi lugar para dirigir el negocio durante casi doce meses, y yo le di absoluta autoridad para hacerlo. Sabía que podía confiar en él y que él me quería igual que yo a él. Además, él era la única persona de confianza que conocía todos los detalles del negocio. En ese tiempo, tenía muchos problemas con Tina y, probablemente, era el peor momento para hacerlo, pero era necesario y él insistió —se detuvo nuevamente y miró a Janie de frente—. Cuando yo volví a tomar el mando, había otros asuntos que atender y la compañía de tu padre era solamente un nombre en una lista de adquisiciones que me dieron. ¿Puedes creer

esto? —ella asintió, pero acalló el alivio y la oleada de júbilo que la invadió, al ver la expresión del rostro de Kane—. Cuando te conocí, aquella primera noche, no sabía qué pensar, si eras parte de un ardid publicitario de uno de mis competidores menos nobles o actuabas por algún otro propósito más sombrío tuyo, aunque había una parte de verdad en tus asombrosas acusaciones. Y estaba furioso. Quería vengarme. Pero, desde el momento en que te tuve en mis brazos cuando llorabas, supe que por lo menos tú creías que tu historia era verdadera, y eso fue lo que sembró la primera semilla de sospecha en mi mente. Mis investigaciones confirmaron mis peores temores. Yo quería a mi hermano, Janie —había una especie de perplejidad en su voz y, al querer levantarse Janie para acercarse a él, él le hizo un ademán con la mano de que siguiera sentada, con la expresión súbitamente tensa—. No, tengo que terminar esto. No quería que supieras que fue Keith el que destruyó el negocio y la vida de tu padre… en parte porque era mi hermano y yo lo quería, en parte porque él nunca habría actuado así, si no fuera porque Tina lo había enloquecido hasta tal punto que toda su vida estaba dirigida a probar que era despiadado, duro, dinámico, como quieras llamarlo, y en parte porque… —se detuvo bruscamente, se dio la vuelta y se dirigió hacia la pequeña ventana que daba a la calle, dándole la espalda a Janie— porque me había enamorado de ti aquella primera noche y pensé que si tú sabías que mi familia era la responsable de haber destruido a la tuya, nunca tendríamos una oportunidad nosotros dos. Cuando te conté cómo se mató Keith, pensaba concluir la historia, contándote todos los errores que él cometió, como el de tu padre, pero no pude hacerlo —la gran figura se encorvó—. Sería como si matara lo que me quedaba de mi hermano menor, traicionándolo. No puedo explicarlo, pero también fue en parte culpa mía.

—¿Culpa tuya? —finalmente, ella se acercó a él, dándole la vuelta y mirándolo a los ojos; entonces notó que los ojos azules brillaban con lágrimas no vertidas— Kane… —lo abrazó con fuerza y quiso tomar su rostro para bajarlo, pero él la apartó con suavidad y se alejó al otro extremo de la habitación.

—No he terminado, Janie —su tono de voz congeló el impulso instintivo de Janie de echarse en sus brazos y se lo quedó mirando con aprensión— Sí fue culpa mía, en parte —dijo lentamente—. Yo los había presentado y yo sabía que ella se había casado con él aunque creía, de un modo enfermizo, retorcido, que me amaba a mí, pero eso yo no podía decírselo a Keith —había angustia en sus ojos—. Simplemente no pude. Pensé que con el tiempo ella llegaría a amarlo, a apreciar el tipo de hombre que era él. Si yo hubiera sabido la

desdicha que ella iba a causar, habría actuado de un modo diferente, pero después ya fue demasiado tarde. No se lo dije porque no quería perder su cariño, y eso estuvo muy mal… Tendré que vivir con eso.

—Pero, ¿cómo podías saberlo? —preguntó ella suavemente—. ¿Cómo podría cualquier persona normal imaginar una mente como la de Tina? Ella está enferma, Kane, realmente enferma.

—Janie, ¿estoy equivocado respecto a nosotros? —preguntó él de pronto—. Tengo que saber la verdad. ¿Empezabas a interesarte por mí?

—Sí, me interesabas, Kane. Más de lo que…

—Hay algo más que debes saber —la interrumpió él bruscamente, con un gesto que hizo que ella se apartara de él—. El motivo por el que Keith se encargó del negocio fue por ayudarme —la miró dolorosamente—. Su propia carrera había fracasado porque había sido demasiado bondadoso, y Tina siempre se lo recordaba. Debí saber que él se excedería, pero tenía que correr el riesgo y todos perdimos. La única excusa que tengo es que por aquel entonces yo estaba demasiado enfermo para evaluar las cosas correctamente.

—¿Enfermo? —ella se lo quedó mirando, estupefacta. ¿Kane enfermo? Tan grande, tan fuerte, tan formidable.

—Tuve un accidente de esquí, hace dos años, que me dejó paralizado —dijo sin ninguna expresión en el rostro, pero los ojos reflejaban el horror del recuerdo—. Podían hacerme una operación que tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de tener éxito. Si no resultaba, moriría. Y si resultaba, implicaba recibir fisioterapia durante años y cierto grado de dolor para toda la vida.

—Kane… —las piernas le temblaban tan violentamente, que Janie tuvo que hundirse en el sillón. Esos toques plateados en las sienes, las profundas arrugas de su rostro, la pérdida de equilibrio que ella había notado varias veces… todo encajaba.

—Tengo una enorme cicatriz a lo largo de la columna vertebral, Janie, así que si eres delicada en ese aspecto, ahora es el momento de decírmelo. Pero antes de que lo hagas, déjame decirte algo. ¿Ese loco carrusel en el que me movía yo? Todo se aclaró al estar inmóvil en una cama durante semanas y tuve que reconocer el hecho de que había estropeado mi vida personal en ese aspecto. Era rico, tenía éxito, y todo lo que tocaba se convertía en oro, pero no tenía nada que significara algo personal. Recordé a todas las mujeres que había conocido y no había ninguna con quien quisiera pasar una semana, mucho menos toda la vida. Entonces me di cuenta de que necesitaba a una mujer que fuera totalmente mía, que la había necesitado desde hacía mucho tiempo, sin saberlo. Pero no la había encontrado… hasta

una noche, hace cuatro semanas, en que una joven morena con ojos de fuego me acusó de ser un criminal y me abofeteó frente a medio mundo.

—Kane… —ella no podía moverse. Eso era demasiado. Le estaban dando el paraíso en la tierra y era demasiado.

—Lo irónico fue que la chica de la que me enamoré esa noche odiaba hasta el suelo que pisaba yo y había más obstáculos de los que yo podía salvar. No sé lo que sientes realmente, Janie, pero si tengo una oportunidad, aunque sea débil, dímelo —las últimas palabras fueron un gemido y entonces ella se echó en sus brazos—. Lo quiero todo, Janie —la apartó un poco para mirarle el rostro y ella vio que todavía había duda en sus ojos—. Quiero casarme contigo. He de ser yo y nadie más, siempre. ¿Está claro? Y nunca podré volver a bailar toda la noche…

—Puedo pensar en cosas mejores que hacer que eso para pasar la noche —dijo ella suavemente, con el rostro iluminado por la fuerza de su amor, al pasar una mano por el contorno de su boca.

Un largo y tembloroso suspiro, que pareció salirle de lo más hondo de su ser, estremeció a Kane, y entonces le plantó en la boca un beso ardiente que hablaba de su anhelo más que las palabras.

—Te amo, Janie —la miró con ojos fulgurantes de pasión—. Te he amado desde aquella primera noche; eso era lo que trataba de decirte cuando te regalé el colgante de mi abuela. Te amo, te adoro; eres todo lo que he deseado y más. No voy a poder evitar tocarte todo el tiempo. ¿Te importaría?

—No estoy segura —ella lo miró con ojos soñadores y una sonrisa en los labios—. Tal vez debas demostrarme lo que quieres decir y entonces, te contestaré.

Y eso hizo él.